

**LA VIDA ANECDÓTICA Y PINTORESCA DE LOS
GRANDES ESCRITORES**

MAUPASSANT

GEORGES NORMANDY

Traducción de José M. Ramos González

VALD. RASMUSSEN

EDITOR

168 BOULEVARD SAINT – GERMAIN

PARIS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO 1: LA ASCENDENCIA	7
CAPÍTULO 2: EL NACIMIENTO.....	19
CAPÍTULO 3: LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA.....	31
CAPÍTULO 4: LA JUVENTUD Y LOS INICIOS.....	43
CAPÍTULO 5: LA GLORIA Y EL MUNDO.....	59
CAPÍTULO 6: LA ENFERMEDAD	89
CAPÍTULO 7: EL ESCRITOR.....	119
CAPÍTULO 8: LA LOCURA Y LA MUERTE.....	127

INTRODUCCIÓN

El libro que tienen ante ustedes es la traducción de la obra original en francés de George Normandy escrita en 1925 y publicada por Vald. Rasmunssen en 1926.

Después de varios años leyendo a Maupassant, buscando información sobre este autor, tan poco conocido en España, y por último elaborando un sitio web dedicado íntegramente a él, puesto que en castellano no había una sola página específica dedicada a su vida y a su obra, me atreví, aún a riesgo de ser merecidamente criticado por ello, a traducir esta biografía, sin ser francófono ni lingüista y sin tener los conocimientos mínimos para abordar este trabajo con un mínimo de garantía. Este hecho capital ha de producir necesariamente una merma considerable en la calidad de la presente obra, pero he de reconocer que el caudal de información que contiene es ingente, merito obviamente del señor Normandy. Otra cosa es que esté más o menos adornado, mejor o peor redactado o que la palabra elegida en su momento sea o no la más adecuada. ¡Poco me importa!. Acometí este trabajo con la intención de divulgar, no de ser creativo (nunca tuve talento para la escritura) y sobre todo y por encima de todo para divertirme. Pueden creerme si les digo que las largas horas que dediqué a esta tarea, diccionario en mano y con el recuerdo vago del poco francés estudiado en el bachillerato, no fueron en vano. Me produjo gran satisfacción esta tarea, pues cada línea que avanzaba era un progresivo viaje en el tiempo, concretamente al siglo XIX, en la búsqueda del hombre admirable que fue Guy de Maupassant.

El segundo motivo fue la carencia de biografías de este autor escritas en español. Tan solo conozco la de Henri Troyat publicada en Venezuela.

Por todo ello espero que el lector de este libro sea tolerante con los errores que pueda contener ya que no fueron producto de la falta de interés o la desidia.

Maupassant.

4

Georges Normandy

Solamente me queda agradecer a mis compañeras del Departamento de Francés del I.E.S. A Xunqueira I de Pontevedra, su ayuda en la traducción de algunos (bastantes) párrafos que se resistían a mi pobre conocimiento de la lengua de Moliere.

José Manuel Ramos González

Pontevedra, 23 de enero de 2005

LA ASCENDENCIA

Si nos interesa conocer los orígenes loreneses de Guy de Maupassant¹, no podemos sortear esta cuestión superficialmente.

Hace treinta años, Paul Mathiex conoció, en Nancy, una familia apellidada Maupassant, pero resultó ser de una línea genealógica bastante lejana por lo que no merece la pena considerarla ni un solo instante.

Los antepasados de Guy de Maupassant ostentaban el título de marqués. Los documentos familiares tenían el sello del Emperador de Austria. Debían su nobleza a François, esposo de Marie-Thérèse. En el sitio de Rodees, un Maupassant se cubrió de gloria.

Es en la época de Stanilao Leczinski cuando la familia se estableció en Lorena, vinculándose con posterioridad a la casa de Condé: Jean-Baptiste de Maupassant fue el máximo responsable de la tutela de los príncipes de Condé y de Conti. El doctor Balestre cuenta, por boca de Laure de Maupassant, madre de Guy, que una Maupassant había sido la amante del famoso Lauzun al que siguió a la guerra durante la conquista de Córcega. Se puede leer en las memorias de Lauzun la siguiente anécdota: Un día en la que esta bella mujer se exponía imprudentemente al fuego enemigo, su ilustre

¹ En materia de genealogía, es prudente guardarse tanto de los sistemas como de las normas científicas. Siempre habrá en este campo algún misterio. Los médicos más especializados pueden incluso equivocarse muchas veces sobre la persona.

Yo no trataré de discutir, ni concluir, en esta pequeña obra anecdótica, pero no tendría ningún significado que no me ocupase de la genealogía del autor de *Yvette*. Aunque las leyes de la herencia sean todavía desconocidas, no tenemos una base inexistente con respecto a la de Guy de Maupassant. Ella nos proporciona, a la vez, casi todas las componentes de esta fuerza magnífica, intelectual y corporal, que fue el gran escritor y todos los gérmenes de destrucción que llevaba en sí misma, desde el origen.

amante la obligó a resguardarse. Cuando él se aproximó, ella le dijo: «¿Os creéis acaso que, nosotras las mujeres, no sabemos arriesgar la vida de otro modo que en los partos?».

Pol Neveux afirma con razón que el autor de *Une vie* «parece heredar de sus antepasados de Lorena la férrea disciplina y la fría lucidez.», a lo que Paul Mathiex añade: «La reflexiva gravedad, la frialdad distante que aparece en él una vez que hubo pasado la edad de la exhuberancia juvenil»

Los Maupassant se establecieron en Normandía hacia el año 1750. El abuelo paterno de Guy explotaba una hacienda agrícola entre los Andelys y Rouen, en La Neuville-Champ-d'Oisel. Destacó por sus sentimientos hostiles hacia el Emperador.

La gran figura de la madre de nuestro autor, ha eclipsado la figura del padre que, pese a esta sombra, no podría ser ignorado en este trabajo.

Gustave de Maupassant era un perfecto gentil-hombre y un caballero. Dedicado profesionalmente a agente de bolsa (Stolz en Paris), seductor pero de carácter voluptuoso y débil a la vez, fue a su manera un don Juan demasiado blando. Heredó de su abuela, de apellido Murray, esposa de Louis de Maupassant, criolla de la isla Bourbon, una belleza extraordinaria, unos ojos magníficos que transmitió a su célebre hijo. Este temperamento ardiente, estos instintos aristocráticos de un caballero de espíritu galante y desinteresado, fueron transmitidos a Guy.

No obstante fueron los Le Poittevin quiénes predominaron en él..

El abuelo materno de Guy, Paul Le Poittevin², pertenecía a una rancia familia de burgueses normandos.

Una abuela, Madame Bérigny, contemporánea de Madame Deshoulières, tuvo correspondencia con gente insigne de su época y llegó a escribir elegantes y profundos versos. (En Fécamp todavía existe en nuestros días una calle Bérigny)

Paul Le Poittevin dirigía una hilandería en Rouen y en Saint-Léger du-Bourg-Denis, a dos kilómetros de Darnétal. Huérfano muy

² Exactamente, en el registro civil, figura como Jean *Paul* François Le Poittevin

temprano, había sido educado por uno de sus tíos y gran erudito, el abad de Perques. Producto de una educación religiosa, el fabricante de tejidos, aunque libre pensador, siempre tuvo un gran respeto por la religión católica – de hecho llamó a un sacerdote en su lecho de muerte – de lo que puede inferirse también que mantenía deseos de formar parte de la aristocracia.

Una amiga y compañera de Niza muy añorada, Reneé d’Ulmes (de soltera Ray), que frecuentaba a Laure de Maupassant en sus últimos años de vida, contaba una curiosa leyenda que habría influido en el destino de Paul Le Poittevin.:

Hay , cerca de Valognes, un castillo medieval en el caserío de Gonneville, donde se encuentra una “habitación encantada”. A todos los que se arriesgaban a dormir en ella se les aparecía un carnero negro. Esta habitación inspiraba a todos un terror tal que, el más miserable de los caminantes prefería dormir bajo las estrellas y sobre los guijarros del camino, antes que tener que cobijarse en esta temible habitación.

Conocedor de esta leyenda y, quizás atraído por ella, Paul quiso dormir en esa sala. El carnero negro se le apareció y con voz terrible le profetizo que tanto él como sus sucesores conservarían esas tierras y la suerte les sería favorable.

El joven no necesito más que esta profecía para adquirir, en el caserío de Gonneville, lo que su fortuna le permitía.

Bastante sorprendente resulta esta resolución por parte de un hombre de formación casi científica. (Guy, que no será en absoluto supersticioso durante su infancia, debió de heredar de su abuelo materno esta curiosidad por lo oculto, así como su tío Alfred Le Poittevin que buscaba lo sobrenatural a partir del mundo real)

Paul Le Poittevin se casó en 1815 con la señorita Turín, hija de un armador de Fécamp, de donde era natural, y cuya belleza era célebre en cinco leguas a la redonda. De esta unión nacieron Paul Alfred Le Poittevin (nacido en Rouen, el 29 de setiembre de 1816) y Laure (nacida el 28 de setiembre de 1821).

Cuando yo era niño, se decía que el apellido Le Poittevin, en su origen se escribía Lepoittevin (en 1885, Félicien Champsaur, que fue

anfitrión de Jean Lorrain en Fécamp, no lo escribía de otro modo), incluso Poidevin³. Sea como sea, los Le Poittevin, aspiraban a una nobleza aristocrática.

Fue de este modo que los hijos del hilandero burgués de Rouen y Saint-Leger, se unieron a los de ese otro noble agricultor de La Neuville-Champ-d'Oisel: Alfred Le Poittevin, desesperado por un desengaño amoroso por parte de una misteriosa muchacha llamada Flora, se casó con la señorita Aglaé de Maupassant al mismo tiempo que su hermana Laure se convertía en la esposa de Gustave de Maupassant (1846)

Ambos uniones fueron efímeras: Al cabo casi de dos años, Alfred Le Poittevin moría tras una larga agonía. Después de diez años de penoso matrimonio, durante los que nacieron dos hijos, Laure y Gustave de Maupassant se separaron amistosamente «tramitado por un juez de paz», escribe Edouard Maynial. La señora de Maupassant conservó su fortuna, la custodia de sus hijos y, según Lumbroso, recibía por ellos de su marido, una pensión anual de 1600 francos. Gustave de Maupassant se condujo al parecer como un verdadero caballero.

Veremos más adelante cual fue la infancia de estos dos muchachos, cuyos nombres poseen una patina de tinte aristocrático, Guy y Hervé.

Lo que trataremos a continuación es la vida de Alfred Le Poittevin y de su hermana hasta el momento de sus matrimonios.

La señorita Thurin de Fécamp, madre de Alfred y de Laure, y La señorita Anne-Justin-Caroline Fleuriot, de Pont-Lévêque, madre de Gustave Flaubert, habían sido compañeras de estudios en un

³ Otras referencias. En las *Lettres* [de Flaubert] à sa niece Caroline (Fasquelle, 1909, pag. 211), podemos leer la reseña siguiente, que es de la señora Caroline Franklin-Grout: «Alfred Lepoittevin (sic). Mi tío dedica *Saint-Antoine* a su memoria» En la misma obra, pag. 313, vemos a Gustave Flaubert escribir: «Estoy muy contento de que Laure Lepoittevin (sic) te haya recibido tan bien.» Después: «... en casa de la señora Enault y en casa de la tía Legras para acabar por la señora Lepoittevin » (pag. 398). Y la señora Caroline Franklin-Grout explica, en una despedida: «Madre de su amigo Alfred Lepoittevin y abuela de Guy de Maupassant.»

pensionado de Honfleur, dirigido, según Commanville, «por dos viejas maestras de Sain Cyr». Ya casadas, volvieron a encontrarse en Rouen, en el mismo círculo de amistades. Una estrecha relación se estableció entre la familia del hilandero de Saint-Leger y la del cirujano jefe del Hospital Dieu de Rouen. La llegada de los hijos, fortalecería más la amistad de las dos parejas. El doctor Flaubert fue el padrino de Alfred Le Poittevin, mientras que Paul Le Poittevin apadrinó a Gustave Flaubert. No existe ningún otro lazo de parentesco que ligase a ambas familias. Es del todo inexacto considerar, como algunos autores, por otra parte serios (Por ejemplo Georges Grappe) han hecho, que Guy de Maupassant fue el sobrino y ahijado de Flaubert. Como también resulta odioso y estúpido admitir, con una gran dosis de fantasía malintencionada, que pudo ser su hijo; tal hipótesis es una locura. La más sencilla y fehaciente demostración de la falsedad de esta última afirmación ha sido hecha por León Treich. Es la siguiente:

«Flaubert había partido para Oriente, acompañado por Maxime du Camp, el 29 de Octubre de 1849; por otra parte, después del 12 de septiembre hasta el 29 de octubre de ese mismo año, no puso sus pies ni en Croisset y ni su madre ni él recibieron la visita de Laure de Maupassant, según lo atestiguan numerosos documentos. Guy nació el 5 de agosto de 1850»

La verdad es más bella y elocuente que estos dislates.

La amistad entre Gustave Flaubert, su hermana Carolina, Alfred Le Poittevin y su hermana Laure, fue una relación pura y encantadora. El líder del grupo, Alfred, lleno de elocuencia, pletórico de inteligencia y espíritu, ejercía en sus compañeros una considerable influencia. En particular Flaubert recibió de Alfred una impronta inefable – y es gracias a él que Laure, de la que fue su primer maestro, (como Gustave lo fue de Caroline) se aficionó a las letras, se familiarizó con los clásicos y aprendió inglés – pues Alfred, que leía correctamente el latín, leía con igual facilidad las obras de Shakespeare, su autor preferido.

La decoración severa y sombría del Hospital Dieu, en la que residía el doctor Flaubert, los siniestros pasillos de ese viejo edificio,

el constante espectáculo de la enfermedad y del dolor humano, produjeron en el espíritu y en los nervios de los niños, unos efectos idénticos y los inclinarían hacia un manifiesto pesimismo. Alfred, sobre todo, con toda seguridad, a este contacto con las peores tristezas de la humanidad, y este aspecto del espíritu filosófico y crítico, le hizo esbozar *Une promenade de Belial*, con menos de 32 años, y preparó a Flaubert para escribir *La Tentation de Saint Antoine*.

Debería esto ser suficiente para proteger su figura del olvido y demostrar cuan excesivo fue a la severidad de algunos críticos que, cuando René Descharmes publicó los manuscritos dejados por Alfred e ignorando la edad en que los había escrito, los juzgaron como si se tratase de obras compuestas por un hombre adulto.

Todas las inquietudes y preocupaciones de Alfred Le Poittevin – y de Gustave Flaubert que, entre los 15 y 20 años, escribió *Les memoires d'un fou* – se transmitieron a su sobrino, del mismo modo que heredó un inmenso orgullo, defecto espléndido que sería también propio de Flaubert, de Laure y de toda sus descendencia.

Entre cientos de ejemplos, he aquí que Alfred escribía a Flaubert, en una carta inédita fechada el 6 de agosto de 1942: «... Leo la *Correspóndance* de Jean Jacques Rousseau...¡que genial!: *Yo jamás podría despedir una carta: vuestro servidor – no siendo el criado de nadie ... ¡panegírico del orgullo bien entendido!*»

Después de su desengaño amoroso con la misteriosa Flora, trato de evitar el amor, considerándolo en sus aspectos más materiales y groseros. Siempre estaría en guardia contra la mentira de la voluptuosidad; es cuando se produce una sustancial presencia de cinismo en sus cartas y acabará finalmente (carta a Flaubert del 15 de septiembre de 1845) por destruir su salud, ya deteriorada por los excesos, las orgías y las francachelas de todo tipo. Y, a pesar de todo, en él cohabitarán siempre dos hombres: uno siempre impasible, de sangre fría, estaría sin cesar observando, con malicia o con piedad, todas las sensaciones del otro. En el autor de *Le Horla*, nos volvemos a encontrar con esta dualidad agravada por una *autoscopia externa* (1889) o como una alucinación. No es imposible, por otra parte, que

Alfred Le Poittevin – al que sabemos nervioso e impresionable en exceso, bajo un aspecto exterior impenetrable, haya padecido (al igual que Maupassant) alucinaciones y, aunque no sabemos en que grado, Flaubert también estuvo sometido a estas patologías. Nada nos permite concluir con certidumbre sobre este punto excepto seguir observando al hermano de Laure. Aquí seguimos topándonos con el misterio -¿Deberíamos calificarlo como sistemáticamente organizado?- que planea sobre los sucesos más simples concernientes a la familia Le Poittevin – Maupassant. Se cree poder discernir en todo esto un gusto natural por la leyenda, por lo irreal y, contrariamente en otras ocasiones, una inquietud muy lúcida de algunas realidades. Gusto natural por lo irreal: Yo he contado la historia del condado de Gouneville. Contaré más adelante la leyenda de los Verquies.

Preocupación por algunas realidades: Cuando Laure de Maupassant pretende – e incluso mantenía esa opinión hasta su último suspiro— o cuando declara — haciéndolo hasta el fin, negando todos los hechos en contra de toda evidencia — que la locura de Guy fue un hecho repentino y que hasta entonces el había gozado de un juicio «tanto físico como moral de un admirable equilibrio» (sic), demostraba su preocupación muy lúcida y respetable, por otra parte, de crear dos leyendas, entre otras, para paliar la dramática realidad de los hechos.

Con Laure de Maupassant hemos de significar las taras hereditarias que influirían directamente en Guy. Es un objetivo doloroso que no se puede tocar mas que con manos brutales, tan brutales como la verdad.

Consideramos que hemos estudiado con rigor médico, — y como siempre, en la opinión de los médicos, hay una certidumbre bastante relativa — la enfermedad de Maupassant, sin frases superfluas, sin explicaciones altivas, sin pudor exagerado, sin ideales preconcebidos, sin ánimo de panegírico — pese a mi gran admiración por el autor de *Fort comme la mort* — y sobre todo sin sistema.

Estudiamos su caso científicamente, como si estudiáramos cualquier otro. Hemos expuesto la formación intelectual de Laure de Maupassant, mujer superior, madre ejemplar, que merece participar de la gloria del hijo que ha concebido, debido a la educación y formación intelectual que a éste le dio, como a su vez hiciera su hermano Alfred con ella. Vamos por tanto a ocuparnos ahora del estado físico y mental de esta ilustre dama.

En 1878 unas cartas de Guy y Flaubert constatan que la señora Maupassant está muy enferma y su estado se agrava progresivamente. El 11 de septiembre Maupassant le escribe: «Querida madre: He recibido, ayer noche, noticias tuyas por mediación de León Fontaine que regresó de Étretat. Me ha dicho que no te encontrabas mejor y que, si bien tus ojos te hacían sufrir menos, tu corazón todavía estaba mal. No entiendo que sufras esos síncope tan violentos con una enfermedad tan poco avanzada como la tienes; Hace falta que la afección nerviosa se combine con los trastornos orgánicos. Tengo unos amigos, jóvenes médicos, a los que he consultado; encuentran tu caso extraordinario». ¡Qué terrible significación toma esta carta cuando asistamos a la larga agonía del escritor!

Flaubert, su fiel compañero de infancia, escribía a Laure el 12 de diciembre de 1873: «Me preocupa esa anemia de la que me hablas ¿Es cierto? ¿No habrás hecho demasiado ejercicio? ¿Demasiadas caminatas?». Cinco años más tarde se ve obligado a escribir a Guy (15 de julio de 1878) «¡Demasiado remo, demasiado ejercicio! ¡Sí, señor...!»

Consideramos aquí parejas las grandes sesiones de canotaje que Flaubert y Le Poittevin hacían a escondidas de sus padres después de las clases en el Sena hacia Oissel o Bonsecours...y las excursiones de Maupassant a Bezons, Chatou, Maison-Laffite y Sartrouville.

El 28 de noviembre de 1878, Flaubert escribe a Guy: «... Estoy triste por esto que me cuenta de su pobre madre. ¿No sería más sencillo internarla en un hospital?»

Pues el año anterior (1877), Laure de Maupassant sufría dolorosamente una afección que la postraba mucho tiempo y en la

que las manifestaciones eran tan diversas que desconcertaban a los médicos. Ciertos facultativos, amigos de la familia, aventuraban que «esto podría ser la tenia». Es mucho más probable que se tratase de una enfermedad de naturaleza orgánica. Apenas lo dudamos cuando leemos lo que Gustave Flaubert escribía a su sobrina Caroline: «... Lo que es cierto es que Guy sufre mucho. *Tiene probablemente la misma neurosis que su madre...*»

Otra carta, muy posterior, adquiere una importancia capital. Fue escrita quince años más tarde (29 de marzo de 1892), — aunque el estado de salud de nuestra enferma no se había restablecido jamás — por su marido, Gustave de Maupassant, a Jacob⁴, (abogado, amigo de la familia y administrados de los bienes de Maupassant). Éste estaba seguro de que el padre de Guy no estaba dispuesto a la compasión y es evidente que el no asistió a lo que cuenta. No hablaba más que con su nuera. A pesar de todo porfía con detalle sobre la naturaleza de los hechos:

«... La señora de Maupassant, ha llegado a tal paroxismo de furor que al menor contratiempo, tiene unos ataques terribles, imposibles de ocultar a la niña (Simone, hija de Hervé de Maupassant) y que le hacen un mal enorme. Al cabo de ocho horas, la señora de Maupassant estaba sin noticias de Guy — desvariaba y era inabordable— trataba a mi nuera como a la última de las mujeres, e insultaba a su familia; finalmente, el sábado, durante uno de esos ataques, ¡echó a Marie-Thérèse de su habitación y le ordenó que se marchase a vivir con su familia!... Mi hija salió de la habitación para hacer las maletas. Cuando se fue, descendió a decirle adiós.

« En este intervalo de tiempo, la señora de Maupassant había ingerido dos frascos de laudano. ¡¡¡ Estaba destrozada !!! Se apresuraron a llamar al médico que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando volvió en sí, su ira no tenía límite. Se levantó, atropelló a mi nuera y se lanzó a la calle. Ésta se precipitó tras ella, la trajo de nuevo y la acostó. Mi nuera tuvo entonces que ocuparse de *la niña que tenía una crisis espantosa*. La llevó a su habitación y la confió a unos amigos mientras regresaba al lado de su

⁴ Abogado, amigo de la familia y administrador de los bienes de Maupassant.

suegra. La señora de Maupassant aprovechó esos minutos para estrangularse con sus cabellos!... Fue necesario cortárselos para salvarla. Luego tuvo unos sofocos y unas convulsiones terribles... Esta carta es, naturalmente, confidencial, pues ante todo hay que salvaguardar el porvenir de la chiquilla. Estos hechos le resultan abominables. — Permitidme que os pregunte lo siguiente: ¿No se puede hacer algo por esta niña? Me parece urgente alejarla. Habría que buscar una enfermera para la señora Maupassant o internarla en un hospital tal y como ella solicita.»

¡Veremos internado a Guy de Maupassant en Cannes y en Passy!

¿Repentina la locura de Guy de Maupassant?. Nos adentraremos a fondo en esta cuestión en el capítulo dedicado a la enfermedad de este gran escritor.

He querido indicar que el autor de *Bel Ami* tenía una *tara hereditaria*. En detrimento de algunas fábulas, hemos estudiado el nacimiento y la vida personal, tanto en su aspecto triunfante como en el más mórbido, del gran novelista que, con una solemnidad angustiosa pero en una frase propia de su genio decía, en el momento en el que sentía perder su identidad, a José María de Heredia:

— He entrado en la literatura como un meteoro y saldré como un rayo.

EL NACIMIENTO

OFICIALMENTE, Guy de Maupassant nació el 5 de agosto de 1850 en el castillo de Miromesnil, Comunidad de Tourville – Sur – Arqués, cantón de Offranville, distrito de Dieppe, departamento del Sena – Inferior.

He escrito *oficialmente*. El acta de nacimiento, archivada en el Registro Civil de Tourville-sur-Arques en el año 1850, con el número treinta, es totalmente precisa:

«El quinto día del mes de agosto, del año mil ochocientos cincuenta, a las seis de la tarde, acta de un niño que nos ha sido presentado y que ha sido comprobado ser del sexo masculino, nacido en esta comunidad, en el domicilio de su padre y madre, este día cinco de agosto de mil ochocientos cincuenta, a las ocho de la mañana, hijo de Maupassant, Gustave- François- Albert, de veintiocho años de edad y de Le Poittevin, Laure- Marie- Geneviève, de veintiocho años de edad, ambos domiciliados en el castillo de Miromesnil, sección de esta comunidad, alcaldía de Rouen, de este departamento, el 9 de noviembre de 1846, el cual ha recibido los nombres Henry-René-Albert-Guy. Hecho por nosotros a requerimiento del padre del niño, en presencia de Pierre Bimont, de 68 años de edad, de profesión vendedor de tabaco, domiciliado en esta comunidad, primer testigo y de Isidore Latouque, de 43 años de edad, de profesión maestro, domiciliado también en esta comunidad, segundo testigo. El declarante y los testigos han firmado, después de hecha la lectura, la presente acta, que ha sido duplicada en su presencia, y constatada por mí, Martín Lacoïnte, alcalde de la comunidad susodicha, asumiendo las funciones del Registro Civil. Han firmado: MM. Gustave de Maupassant, Latouque, Bimont, A. Lacoïnte Martin »

Si siete ciudades se disputaban la gloria de haber visto nacer a Homero, al menos dos, a pesar de este documento en principio correcto, reivindican el honor de haber sido la cuna de Guy de Maupassant.

¿Y el Registro Civil?... Tanto los documentos del Registro Civil en general, y los diligenciados sobre todo en provincias (hace setenta y cinco años) no me merecen excesiva confianza acerca de su credibilidad, como debieran haberlo sido sin duda legalmente. Aún así, ignorando el hecho de que los documentos del Registro Civil no hayan sido tenido en cuenta en Francia poco tiempo después — aún abstrayéndome de los discretos favores bajo cuerda de ciertos alcaldes y algunos secretarios de alcaldía a amigos o personas influyentes (no quiero recordar aquel alcalde bretón, cesado en 1923, que, después de un cuarto de siglo, todavía casaba a sus conciudadanos en una posada y no llevaba ningún registro), incluso olvidándome de los muertos que viven entre nosotros porque alguna sentencia legal los ha resucitado (caso Marie-Madeleine Dort, Compiègne, 19 de febrero de 1925); no teniendo en cuenta que en octubre de 1925, el alcalde de Halluin (Nord) fue detenido por haber expedido a su sobrino y a su cuñado, actas falsas de nacimiento, bajo pretexto de que «...obrero sin instrucción, había creído su deber concederles ese favor a sus parientes», es necesario decir que la Corte Suprema comparte mi escepticismo después de un juicio (21 de enero de 1925; asunto Flobert-Dufour de Attichy (Oisé)), por una demanda en ella presentada, que debió ser rechazada «las actas del Registro Civil, una vez más, no demostraban otra cosa que lo contrario». Lo que se desprende de esto, no lo juzgaré; tan solo me limitaré a permanecer en el ámbito literario.

Vamos a ver que el caso Maupassant, justifica mejor que otros nuestro escepticismo con respecto al Registro Civil — y es que poco después evidenciaremos aquí, una vez más en la biografía de nuestro gran autor, que la leyenda se mezcla con la realidad.

Tras mis recuerdos de juventud, fuertemente vívidos en 1908, en el transcurso de una conversación con una personalidad en mejor posición que cualquier otra para saber, yo afirmaba, en una obra dedicada al segundo gran escritor de Fécamp, Jean Lorrain, dos líneas, recordando que ambos escritores nacieron en la misma calle. Paul Mathieux descubrió este envite y enseguida surgió una cortés

polémica sin haber conseguido más que algunas precisiones útiles a mi tesis. Resumamos el debate.

Guy de Maupassant nació *legalmente* en el castillo de Miromesnil. Sin embargo, durante mi infancia, yo lo he oído repetir varias veces — y mi memoria guarda a este respecto, al menos un nombre, el de Vasselín — que había nacido en Fécamp, calle Sous-le-Bois (hoy, calle Guy de Maupassant)⁵ y que fue llevado, poco tiempo después de su nacimiento, al castillo de Miromesnil, pues parece que Laure no quería que su noble hijo naciese oficialmente en una casa burguesa ni, sobre todo, «en un pueblo de comerciantes y saladores», entre los que su hermano, Alfred Le Poittevin, había consumido tan estéril y trágicamente, sus dotes excepcionales, antes de morir dos años antes (la noche del 3 al 4 de abril de 1848).

¡Invención! ¡Chisme!... Esperen.

Su ustedes acuden al *Petit Larousse illustré* de 1906, pueden leer:

«MAUPASSANT (Guy de), escritor francés *nacido en Fécamp*»

El editor de las *Oeuvres complètes* de Maupassant, escribía en la *Presse*, el 1 de marzo de 1908: «Comprendo que la afirmación del señor Normandy, haciendo nacer al escritor en Fécamp, haya desconcertado a los lectores, ya que la *Revue Encyclopédique* NOS DICE QUE NACIÓ EN YVETOT.»

Si tomamos el acta de defunción, la confusión aumenta y ni a propósito se podría haber hecho mejor.

Si Guy de Maupassant, tenía su domicilio en la calle Boccador de París, número 24, en el distrito octavo, debería por tanto dicha acta, encontrarse en la alcaldía del octavo distrito.

Pues bien, fue en el distrito decimosexto donde el acta fue levantada — y se menciona bien el domicilio de la calle Boccador, lo cual es suficiente para que esta alcaldía del decimosexto distrito, rechazara un deceso producido en la alcaldía del octavo.

⁵ La casa tiene el número 86. Está actualmente habitada por Joseph de Chanteloup, salador.

Para que estos trámites fuesen regulares, era necesario que el acta en cuestión consignase que Maupassant había muerto en Passy (distrito decimosexto), calle Bretón, 17 — dirección del hospital del doctor Blanché. Y no fue así.

Pásemos página. Según este extraordinario documento del Registro Civil, se dice que Guy de Maupassant ¡NACIO EN SOTTEVILLE!.

¿No se lo creen?. Es así. Vean el texto de esta acta, página 188.

Este documento lleva la firma de los señores Henry y George.

No sé nada del señor George, tan solo que, después de la venta tras el fallecimiento, de los muebles y objetos que habían quedado en el apartamento del autor de *Mouche*, el 20 y 21 de diciembre de 1893, en el Hotel Drouot, un tal señor Gustave George fue el comprador de un alfiler de corbata — el que aparecía en los documentos de las Pompas Fúnebres era el señor Edouard Henry. En 1914 conseguí entrevistarme con él. Ocupaba entonces, con autoridad, el puesto de jefe de personal de la casa Roblot, en Paris, calle del Louvre. Se puso a mi disposición con una gran amabilidad. Después de ser informado de las irregularidades del acta de defunción firmada por él, el señor Henry, me resumió así lo que pensaba:

—En lo concerniente al lugar de nacimiento, no tendríamos porque inventárnoslo. De hecho, nuestra costumbre era tan solo consignarlo según las manifestaciones de los parientes próximos del difunto, no obstante dándose el caso frecuente del desconcierto de los allegados, nuestra declaración se basaba en pruebas documentales. Mis recuerdos, después de veintiún años, son lamentablemente muy vagos, pero no recuerdo nada anormal. Las diligencias debieron, por consiguiente, realizarse normalmente y no comprendo, al igual que usted, estas irregularidades y confusiones tan extrañas.

Así pues tenemos cuatro lugares de nacimiento para Guy de Maupassant, a saber: Miromesnil (oficial), Fécamp, Yvetot y Sotteville. Descartando sin duda a Yvetot y Sotteville que son inverosímiles, pero señalando el carácter misterioso de la aparición de todos estos nombres — sin intentar profundizar en ello.

En lo que concierne a Miromesnil y Fécamp, seguiremos la cuestión más de cerca.

¿Qué sabemos de las circunstancias que rodearon el nacimiento de Maupassant?

Tenemos el acta de nacimiento de la que nada tenemos que decir.

Tenemos una carta de Laure de Maupassant al señor Gadeau de Kerville, que fue publicada por el *Journal de Rouen*.

Los términos de la misma confirman punto por punto lo que hemos dicho del carácter de esta madre admirable «un poco imbuida de aires aristocráticos.» (Felicien Champsaur) y de celebridad. «De buen grado le envió los detalles que usted me solicita: Guy de Maupassant nació en el castillo de Miromesnil, el 5 de agosto de 1850, en la torre que se encuentra a la izquierda del observador que esté colocado en el pequeño parque y mire al castillo desde ese lado, de cara al mediodía... Eran las ocho de la mañana cuando nació bajo un sol radiante de verano que parecía darle la bienvenida al que debía morir joven... ¡pero no sin alguna gloria!»

No hace falta más que leer el primer capítulo de esta obra para constatar que este documento, destinado al público, *es el último argumento que tenemos para persuadirnos*.

Abordemos la cuestión más estrechamente todavía.

El señor Langlet, actualmente maestro en Tourville-sur-Arques⁶ (Guy de Maupassant fue bautizado en la iglesia de Tourville-sur-Arques por el abad Sury) y secretario de la alcaldía, conoció a una excelente dama de Tourville, la viuda Feutry, de soltera Dumet, que le contó lo siguiente:

— «Un día — yo tenía cinco años — vinieron a buscar con urgencia, desde el castillo de Mirosmenil, a mi madre que era nodriza, la viuda Saunier (Catherine), que acudía a todos los partos en la comunidad y que tenía cierta autoridad en estos lides. Muy honrada de prodigar sus servicios a la señora de Maupassant (pues era sabido que esta dama, estaba a punto de dar a luz a su hijo Guy).

⁶ Guy de Maupassant fue bautizado en la iglesia de Tourville-sur-Arques por el abad Sury.

Mi madre me tomó en brazos y se dirigió con rapidez hacia el castillo. Pero he aquí que parecía que la señora Maupassant, a la vista de la pequeña vieja, toda arrugada, encorvada, rehusó enérgicamente sus servicios pese a que sus dolores eran muy vivos. »

Seamos cautos. No pongamos en duda la buena fe de la viuda Feutry, pese a ser un testimonio de una niña de cinco años... sobre unos hechos acaecidos setenta y cinco años antes.... Pero, en fin, pesar de todo, el interés suscitado por este testimonio, al que quiero dar crédito, no tiene nada de irrefutable. ¡Al contrario! Constató, sobre todo, que, después de llamar ella misma a la viuda Feutry, La señora Maupassant rehúsa enérgicamente el concurso de la nodriza de Tourville — y por motivos inverosímiles. — tras haberla llamado con tanta urgencia.

He de señalar que el señor Langlet, hombre de sentido común, dándose cuenta de esta contradicción, añade: «Felizmente, unos médicos de Dieppe [¿cuántos y quiénes eran?] fueron llamados en aquel momento y asistieron, se dice, sin demasiado esfuerzo, a la distinguida paciente. »

«Sin demasiado esfuerzo... ». ¡Es concebible!

Ah¡ se dice del señor Langlet que poseé mucha elocuencia bajo su pluma de hombre concienzudo y positivo.

Por otra parte el crítico de Rouen, Georges Dubosc y también el poeta Edmond Spalikowski, afirman que el médico que atendió a la señora Maupassant, fue el doctor Guiton.

¡Todo esto no es sencillo!

Sería interesante conocer la fecha exacta en la que el castillo de Miromesnil fue alquilado por la familia de Maupassant y cuanto tiempo dura este alquiler. Parecería en principio que ambas cuestiones fuesen fáciles de resolver. Pero no hay otra respuesta que la que sigue: (es el señor Langlet quien habla):

«El propietario del castillo de Miromesnil, el señor André Le Breton (con documentos) no ha podido fijar la fecha del alquiler de su residencia de verano a la familia de Maupassant, pero pudo recordar que la joven madre no vivió en el castillo más de dieciocho

meses, *habiéndole tomado ojeriza por los gritos de las numerosas cornejas.*»

Y el señor Langlet prosigue, sin significar que esto que lo que añade, contradice lo que el señor Breton le declaró:

« ... He tenido la idea de dirigirme al señor Glin, el amable notario de Offranville, depositario de los títulos del castillo... He podido también que el edificio había sido alquilado en una época anterior al 9 de febrero de 1848»

Este no es el lenguaje preciso al que nos tienen acostumbrados nuestros excelentes notarios. ¿Qué es esto? «En una época anterior al 9 de febrero de 1848...» ¿Qué quiere decir?. Me he dirigido personalmente yo también, al señor Maurice Glin. Este notario amable y distinguido, depositario de los títulos del castillo, establecido en Offranville, después de veintiún años de que los abuelos estaban muy ligados con el señor Ozene, anterior propietario de Miromesnil⁷ (detalle bastante ignorado: en abril de 1866, la sobrina de Flaubert y su marido fueron a comprar el castillo de Miromesnil), ha tenido a bien responderme el 23 de octubre de 1925, que el no tenía *«ni arriendo, ni información, en relación con el alquiler del catillo de Miromesnil por la familia de Maupassant»*, hecho cuando menos... curioso, que podría proporcionarme un argumento más y me hacen comprender porque mis preguntas publicas se demoran tanto tiempo sin respuesta y porque las respuestas finalmente obtenidas son vagas cuando no contradictorias.

Independientemente de esto, debemos al señor Glin datos interesantes sobre la historia contemporánea de Miromesnil. Sabemos que la hacienda debe su nombre a Huc de Moromesnil, ministro de justicia de Luis XVI, y cuyos restos descansan en el corazón de la iglesia de Tourville-sur-Arques. Sabemos que la casa solariega fue construida en el siglo XVII por Jacques Dyel y pertenecía al marqués de Flers antes de ser de los Miromesnil y que los dos encantadores alas coronados de altos tejados que la rodean datan de 1868. Lo que desconocíamos — nos cuenta el señor Glin —

⁷ Detalle bastante ignorado: en abril de 1866, la sobrina de Flaubert y su marido pensaron seriamente en comprar el castillo de Miromesnil.

que la hacienda había pasado desde 1820 a la familia de Corday de Orbigny. Fue heredada por una hija del señor de Corday de Orbigny que era baronesa de Marescot y deja el país definitivamente a principios del año 1848.

Aquí comienza el misterio. El señor Glin no puede más que manifestarme lo siguiente: «Sé que la fecha del 9 de febrero de 1848, la señora de Marescot había abandonado Miromesnil. No sé exactamente en que época el señor Ozenne se convirtió en propietario de Miromesnil, pero se que poseía el lugar en 1865 y que él, creo, se lo había comprado a la familia Marescot» (carta de 27 de octubre de 1925)

Es indudable que Guy, adulto, no había conservado ningún recuerdo de Miromesnil — él, en el que la memoria era tan nítida. «Pese a que él vuelve más tarde acompañado de su amigo Robert Pinchon, el gran bibliotecario de Rouden, según recuerda Edouard Spalikowski, *él confesó que todo esto no le decía absolutamente nada*». Jamás mencionará la salida de Étretat donde sus familiares tenían su domicilio, Étretat que Laure de Maupassant no tarda en preferir, después de sus huidas, a la aristocrática Tourville-sur-Arques.

En su gran libro sobre los escritores de Médan, los señores Deffoux y Zavie, siempre bien documentados, abundan en mi tesis.

«... El traslado del recién nacido a Miromesnil, proclaman ellos, es menos inverosímil que, en el momento del nacimiento, se encuentre Laure de Maupassant viviendo en Fécamp, de donde ella viene para la ceremonia del bautizo que tiene lugar dieciocho días más tarde, en la capilla del castillo.»

Las cosas están en este punto, hasta que una carta circunspecta que Edouard Maynial, especialista eminente en Maupassant y autor de una obra maestra: *La Vie et l'oeuvre de Maupassant (Mercure de France, ed.)*, me escribió espontáneamente: «Le diré francamente que estoy muy conmovido por su argumentación y que encuentro hoy que el problema se debe plantar como usted lo ha hecho», y que, entre otros autores, un crítico de talla universal como es G. de Lacaze-Duthiers, es partidario de mi opinión.

Esperaba poder reseñar aquí, en fin, la opinión de una persona a la que mi veneración reconocida me impedía desobedecer — y respetando su temor de que lo nombre, después de 17 años, entiendo que rechace intervenir públicamente. Comprendo demasiado bien sus razones para no encontrar el coraje — ¡es necesario! — para continuar una debate sobre este punto.

Al mismo tiempo que Descharmes, quién ve el origen de las leyendas más audaces en la duda reinante acerca del lugar de nacimiento de Maupassant, Leon Treich, se hace eco de algunos rumores. Escribe:

«Hay además en la obra de Maupassant una turbulenta obsesión por el hijo ilegítimo, unas cartas encontradas, tiempo después, de la madre culpable, del marido ignorante que acepta con beatitud paternidades ajenas, etc. *Pierre et Jean*, con especial intensidad, denotan en Maupassant una angustia, una obsesión que no tendría esa fuerza si él no hubiese puesto en duda su propio caso.»

Nada me permite a mí ir tan lejos pese a todo lo que acabo de escribir.

Sea donde sea, Tourville o Fécamp — creo que la tesis de Fécamp no es dudosa — Guy de Maupassant es normando — normando de nuestra región de Caux.

No podemos preguntarle sobre los primeros años de su vida. Nosotros no recordamos nuestros primeros años y solo sabemos lo que nuestra madre nos ha contado. No trataré de acercarme a este corto periodo excepto para recoger una afirmación que el autor de *Boule de Suif* hizo, incidentalmente, en 1889, a François Tassart, su mayordomo, hoy en día retirado en Cannes, ciudad a la que su señor le enseñó a amar. Había tenido lugar en Fécamp — creo haber oído hablar de esta vieja práctica durante mi infancia donde todavía se llevaba a cabo como, entre otras, la superstición del « Mal Saint-Main »⁸ — donde en Miromesnil poco nos importa. Pero el interés

⁸ Es decir, el impétigo. La curación del « mal Saint-Main » se obtenía así: la madre del niño cargada de impétigo, debía ir a mendigar por las puertas el dinero

trágico del hecho señalado es considerable. Maupassant parece estar en plena forma —a pesar de estar muerto cuatro años más tarde— Él había oído anteriormente a Hervé, su hermano, que morirá en ese mismo año 1889 (el 13 de noviembre), maldecirlo ante los enfermeros que iban a encerrarlo a él.

François cuenta:

«Mi señor está a punto de salir a una gran velada. Manosea una y otra vez su sombrero. Mirándolo, acaba por decir:

«... está muy usado y anticuado. Será necesario que encargue uno, pues exceptuando mis sombreros de campo, estoy siempre obligado a encargarlos a medida. Tengo la cabeza tan redonda que no encuentro nunca uno que me vaya bien. Esta cabeza absolutamente redonda que tenemos mi hermano y yo es debido, me ha dicho mi madre, a que el viejo médico que estuvo presente en nuestra llegada a este mundo, nos había aprisionado entre sus rodillas, nos había amasado con fuerza la cabeza, finalizando con el ademán del alfarero que redondea su jarrón de un golpe con el extremo del dedo pulgar. Luego dijo a mi madre:

«—Vea usted, señora, le he hecho una cabeza redonda como una manzana que, con toda seguridad, albergará más tarde un cerebro muy activo y, casi seguramente, una inteligencia de primera magnitud.

«Hizo lo mismo a mi pobre hermano, pero, tal vez los seis años que nos separan, estropearon las manos del doctor, o bien estaba menos dispuesto, pues no llegó a darle la forma que quería. Mi madre acariciaba siempre esa pequeña cabeza y él se contrariaba tanto que dejaba escapar un juramento normando... Me pregunto a veces si el masaje de este viejo doctor sobre mi joven cerebro, amasándolo de una manera especial, me permite tener tan fácilmente hoy un trabajo por encima de la media.»⁹

necesario para hacer decir un cierto número de misas por el pequeño enfermo. ¡La curación se producía!

⁹ *Souvenirs sur Guy de Maupassant* (Plou, editor)

LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

La infancia de Guy de Maupassant se desarrolla sobre todo en Étretat, donde su familia poseía la villa de la Verguies, y en Fécamp en la casa de sus abuelos Le Poittevin.

Étretat comenzaba por aquel entonces a estar de moda. Viejo pueblo de pescadores, descubierto por los pintores Isabey y Louis Le Poittevin¹⁰, tío abuelo de Guy de Maupassant, había sido promocionado en 1833, por Alphonse Karr que había parado en el Hotel Blanquet, con Eateyes, y que se encontraba tan a gusto, que se hizo literalmente adoptar por la población, donde todos llamaban siempre a este célebre escritor “Señor Alphonse”. La región estaba convirtiéndose en lugar de cita de personas de alto rango, de gourmets amantes de la vieja y honesta cocina, gentes de letras y artistas. Se había visto a E. Bérat en 1844. Al joven Dantau en 1850, Vidal, Alexandre Vida y muchos más. La playa, encantadora, entre su Puerta de Aval y su Puerta d’Amont, su inmenso arco flotante y formidable ojiva de la que brotan las olas, estaba entonces abarrotada de barcos de pescadores remolcados por rodillos mediante unos cabrestantes accionados por las mujeres; las viudas que habían esperado en vano el regreso de sus maridos, acomodaban las redes al lado de las barcazas. ¡Las barcazas! especialidad de Étretat; viejos barcos ventrudos, demasiado desvencijados para poder navegar mar adentro, fondeados en el Perley, con la quilla escondida en su base y la cubierta de techo de planchas o de cañas que servía de almacén para los aparejos de pescar. (En el jardín de su propiedad de la Gillette, Guy de Maupassant, hizo más tarde convertir en cuarto de baño una de esas barcazas)

¹⁰ Louis Le Poittevin, nacido en La Neuville-Champ-d’Oisel. Obras: *Le Val d’Antifer* (museo de Havre), *Le petit Val* (museo de Cette), *La montée de Bénouville* *Lever de lune* (museo de Rouen), *Les Toiles d’Araignée* (museo de Reims), *La Prairie* (museo de Fécamp), *Aux Champs* (museo de Gand), *Berge fleurie* (museo de Saint-Brieuc), etc.

La villa de los Verguier (*pequeño huerto* en latín decadente) estaba situado muy cerca del mar, bajo el camino de Fécamp. Rodeado de un jardín de treinta áreas y diseñado por la señora de Maupassant, “la querida casa”, como Guy la llamaría siempre, estaba rodeada de numerosos árboles, de muchos matorrales y de macizos de flores. La casa, alargada, bastante baja, pintada de blanco, con las nueve ventanas de su fachada abriéndose sobre un balcón sostenido por dos pilares que desaparecían bajo las enredaderas, la viña virgen y el jazmín, tenía un aspecto sumamente rústico. La planta baja se abría al nivel del jardín por tres puertas con ventana. El segundo piso estaba cortado en chaflán.

Laure de Maupassant contaba siempre alegremente la leyenda de los Verguies.

Una de las particularidades de la playa de Étretat es que, por el lado de la Manneporte (Magne porte), recibe hermosas cascadas (los lugareños les llaman *Les Pisseuses*), es el lugar más popular conocido bajo el nombre de la Fontaine. Se trata de un arroyo que viene del gran valle y que emergió hace tres siglos procedente de una mina acuífera subterránea, dejaba su agua en el mar bajo los cantos rodados que arrastraba. Es donde hacen su colada todas las lavanderas de la región. Un hueco formado en la roca forma un estanque natural donde el agua es abundante, pura y cristalina. En en la Fontaine donde, cuando la marea esta baja, la brisa se carga con un ruido de susurros y voces.

Antaño, una dama de un castillo de Étretat, Olive —noble y virtuosa, rubia, esbelta y robusta, natural de Caux — tenía por costumbre ayudar a sus criados a lavar la ropa en la fuente. Ahora bien, un pirata que arribó a las costas, divisó a lo lejos la silueta de la muchacha y codiciando el oro de su cabellera resplandeciendo al sol, había decidido secuestrarla. Un día en el que Olive estaba dedicada a sus quehaceres, una barca surgió detrás de los acantilados; era larga y avanzaba con rapidez inaudita. Enloquecidas, las lavanderas gritaban... Cercada por los piratas, la muchacha se encontraba perdida. En ese momento prometió construir una iglesia si escapaba

de ese trance. En el mismo instante unas alas la elevaron del suelo. Se alejó de los bárbaros y pudo regresar a su castillo.

Para cumplir su promesa eligió un emplazamiento adecuado para construir la iglesia. El lugar era frecuentado por un demonio célebre en el valle: el diablo de los Verguies. Con las cimentaciones preparadas, los albañiles dispusieron las primeras piedras. Cual no fue la sorpresa de todos cuando al día siguiente observaron que todas las piedras habían sido transportadas durante la noche a la entrada del pequeño valle. Comenzaron la tarea de nuevo, pero al cabo de tres jornadas, el suceso volvió a producirse.

—Puesto que el Dios del cielo es más fuerte que el diablo de los Verguies —pensó Olive— quizás el otro emplazamiento le conviene más.

Y fue así como en este segundo lugar fue construida la iglesia románica que todavía existe hoy.

Por esto Laure de Maupassant bautizó a su propiedad: La Villa de los Verguies.

Se puede afirmar que Guy fue un niño feliz, fogoso e inteligente, con excepción quizás en el momento en que comienza a ser consciente del desacuerdo profundo entre sus padres. No fue menos feliz en todas las ocasiones que viajaba a Fécamp, calle Sous-le-Bois, a casa de sus abuelos maternos donde los “asuntos de familia” llamaban con frecuencia a su madre.

Uno de sus más grandes placeres, que todos sus biógrafos parecen ignorar, era, en esta época, la de estar, en compañía de su vieja aya, Josèphe, viuda de un gendarme de Fécamp, en Bornaubus, pequeño pueblo del cantón de Goderville, en casa de su tía materna la señora d’Harnois de Blanques, que poseía en este municipio un modesto pabellón.

Laure de Maupassant acomete ella misma la educación de su hijo del mismo modo que Alfred Le Poittevin había comenzado la suya. Se hizo ayudar en Aritmética, Gramática y en los rudimentos del Latín, por el abad Aubourg, vicario de Étretat que acabaría siendo cura de Saint Jouin. Por las tardes, el colegial entraba en su casa, en

el segundo piso de la villa donde tenía su habitación y un gabinete de trabajo.

Muy juguetón, muy turbulento, de una actividad desbordante y por tanto gran lector, le gustaba la compañía de los pescadores y sucumbía a la eterna seducción del mar.

Para tenerlo más a su alcance y controlar sus impresiones, la señora de Maupassant, muy, demasiado activa también, lo acompañaba en esos paseos, observar sus escapadas menos prudentes. Recordaba de buen grado la siguiente aventura:

Un día, de marea baja, se había aventurado muy lejos, bajo los acantilados, en compañía de Guy. La Mancha no avisa. Cuando los dos caminantes decidieron regresar a Étretat, se percataron con terror de que la marea subía muy rápido. Se apresuraron pero las primeras olas se acercaban ya cerrándoles el paso. ¿Qué hacer? El acantilado blanco, negro y rosa a cien metros de alto y, para colmo de males, la cuerda de nudos que normalmente colgaba sobre él, había sido retirada... No había otra solución que escalar. El mar avanzaba, se estrellaban las olas en la misma base del acantilado... Escalaron. Unas enormes rocas de sílex y cuarzo se destacaban bajo sus pies. Muy nerviosos, perdidos, excitados, escalaron... Y, sin saber como, la madre a la vez que su hijo, llegaron al buen sol, despeinados, ella con la falda empapada... Abajo, al fondo del abismo, unas grandes olas, encrespadas, batían contra la roca.

Dos anécdotas quedaron grabadas en el corazón y espíritu de Guy durante este periodo.

Toda su ternura y consideración era para los humildes y bravos marinos, con los que él adquiriría un insólito vigor y con lo que amaba la vida por la aventura y los placeres náuticos. Tratado por éstos como un camarada, quería ser su igual, sin mostrar ningún tipo de orgullo superior.

Habiendo proyectado una excursión con su compañero Charles, hijo de un pescador y de un joven muchacho de una familia burguesa de Étretat, la madre de este último recibió a Guy con gran amabilidad, pero trataba al hijo del marino con altivez. Hizo a los niños las recomendaciones de rigor y luego decidió:

—Naturalmente, Charles os llevará el fardo con las provisiones.

Charles, tratado como un sirviente, no dijo palabra pero se sonrojó. Guy que había sentido la afrenta inmerecida hecha a su amigo, intervino:

—Sí, señora. Llevaremos el fardo por turnos. Démelo, yo comenaré.

Inútil es añadir que “el señorito de los Verguies” era adorado por los pescadores con los que él hablaba su dialecto y embarcaba con ellos incluso con tiempo desfavorable. Su madre, lo autorizaba siempre, aunque dudaba ante esta tolerancia durante las horas de terrible ansiedad. Tal fue el suplicio de esperar a su hijo, en la playa, una noche de tempestad donde el gris de las olas y el cielo se confundían en un mismo vaho cargado de golpes de viento, cuyos silbidos ocultaban el fragor de los truenos y de los guijarros revueltos y proyectados en masa, mientras la esposa del señor de la barca en la que estaba Guy sollozaba:

— Seguro, señora, que están perdidos. ¡Mi pobre marido! ¡Mi pobre chiquillo!

Más tarde la barca pudo atracar en el muelle sin averías demasiado graves.

Hemos visto como era el estado de espíritu de Guy hacia los Verguies. Veamos la segunda anécdota comentada que demuestra como se comportaba en familia.

Gustave de Maupassant era esclavo de sus pasiones. En la época en la que estamos sus regalos eran agradecidos por la señora... que, ofreciendo una fiesta infantil, había invitado a Guy y Hervé. Este último estaba enfermo, debía guardar cama y su madre, inquieta, decidió quedarse a su lado. Gustave de Maupassant se ofreció entonces solícito y con gran insistencia, a acompañar a su hijo mayor.

En el momento de marchar, Guy permaneció preparándose todavía, de modo que su padre, impaciente, le amenazó con no llevarlo a la fiesta.

Con mucha calma el niño replicó:

—¡Oh! ¡Estoy tranquilo! ¡Eres tu quién tiene más ganas de ir que yo!

El padre, un poco desconcertado, intentó una excusa:

—Veamos, se razonable. Átate los cordones de los zapatos.

—No. Ven tu a atármelos.

Y mientras Gustave, estupefacto, buscaba una respuesta:

—Vamos —añade el niño— porque tú vas a venir a atármelos.

¡Decídete ya!

Y el padre le anudó los cordones de los zapatos.

Esto ocurrió algún tiempo antes de que el señor y la señora de Maupassant se decidieran por fin por una separación discreta, como ya he dicho, resultando una situación dolorosa para éstos y funesta para la educación de sus hijos.

Guy, que había cumplido trece años¹¹, y a la que su madre había transmitido gran admiración por Shakespeare, al igual que a ella le había ocurrido con su hermano Alfred, entró como interno en el pequeño seminario de Yvetot, «esa fortaleza del espíritu de la comarca», donde casi todos los niños católicos de la región venían entonces a estudiar latín, los más por vocación eclesiástica precoz, los otros para librar del servicio militar.

¡En el pequeño seminario! ¡Interno!. Acostumbrado al viento y a los vastos horizontes, violento como un barril de pólvora y franco como un trancazo, Guy no podía más que padecer este brusco cambio en su vida.

Realizó en Yvetot unos estudios primarios, brillante en latín, nulo en griego, no comprendiendo « nada de esta desafortunada lengua¹² », ingeniándose las para caer enfermo cada dos por tres para regresar a Étretat (donde, recién llegado, recobraba la salud), no gozando de la simpatía de sus compañeros ni de los profesores que, empoltronados en sus cargos, hacían crujir las mentes de los muchachos a base de doctrina y hábitos eclesiásticos, mientras Guy

¹¹ Había pasado ya en 1859-1860 al Instituto Imperial Napoleón, — pero esta estancia, sobre la que hemos reseñado poco y mal, debió ser relativamente corta.

¹² Carta a su madre, el 2 de mayo de 1864

hacía poemas a escondidas y en exceso, tanto y tan bien que, descubiertos, sino encontrados tras registrar sus pertenencias, sus maestros hallaron una epístola (donde se expresaba un precoz sentimentalismo y algunas ocurrencias en contra del régimen del internado). Esto fue un pretexto para los próceres de hacerlo regresar a su casa.

Es posible que esta epístola fuese la gota que colmó el vaso de una serie de travesuras tal y como fueron contadas a François Tassart por su señor personalmente.

«Tenía catorce años y estaba en el colegio de Yvetot. Nos daban de beber un horroroso brebaje al que llamaban *abundancia*. Para vengarnos de este malvado trato, una noche uno de nosotros accedió al armario de llaves del director. Cuando éste y los vigilantes se durmieron, nos dirigimos a la despensa donde nos encontramos los más exquisitos manjares, vinos finos, aguardientes y, con mil precauciones, todo fue subido al tejado del edificio, donde nos dimos un atracón de mil diablos... Yo fui uno de los instigadores»

No había finalizado todavía la enseñanza secundaria cuando fue expulsado. Él, por otra parte, estaba encantado. Laure de Maupassant le permite regresar con sus amigos, sus hábitos, su independencia. Termina el año escolar en sus riveras, sus paseos, sus jornadas acostumbradas de pesca.

Al curso siguiente, su madre le matriculó como interno, en el Instituto de Rouen. ¡El internado! ¡Otra vez!... Sí, pero en Rouen, donde vivía Louis Bouilhet con el que tenía correspondencia y que corregía tan bien sus versos. El autor de *Melones* había sido, junto con Flaubert, un amigo de infancia de Alfred y de Laure Le Poittevin. Es aquí cuando la señora de Maupassant sigue siendo admirable: no solo no contrarió la vocación literaria de su hijo, sino que intercambiaba correspondencia con un poeta de valor, el confidente de Flaubert, el hombre más adecuado para ejercer sobre el joven una influencia saludable, y que habría sido decisivo si Bouilhet no hubiese muerto demasiado temprano (el 18 de julio de 1869). El chico mientras realizaba sus estudios en el Instituto, se granjeaba la amistad del gran “Flau” que hizo de él el escritor que fue.

La influencia de estos dos artistas sobre Guy fue excelente. Fue muy bien llevada, evitando distraerle de sus estudios en el Instituto, donde se encerraba a estudiar y donde tampoco tenía mucha prisa por obtener el título de bachillerato, objetivo que logró el 27 de julio de 1869.

Pero que desquite durante las vacaciones, bien en Étretat o en Fécamp, a pesar de las lecciones que le impartía en su domicilio, como él le impartiría luego a Hervé, el amable profesor Louis-Philippe Duhomelet, tío abuelo paterno de Genoveva Duhomelet, la aplaudida autora y dos veces laureada por la Academia francesa, de *Los Inépousées* y de *La rue du chien que pêche* (posteriormente Philippe Duhomelet tendría como alumno a Pual Duval, más conocido por Jean Lorrain)

¡Qué vagabundeos por tierra y mar! ¡Qué lecturas! ¡Cuántas bromas, en fin...! pues Guy tenía un gusto pronunciado por las burlas y también por el terror.

Un día de carnaval en Étretat, se disfrazó con unas ropas de su madre y, con algunas amigas, « visitó »¹³ a una vieja dama inglesa que vivía en Étretat y cuya virtud era legendaria.

Él se hizo presentar a esta damisela — en la que se inspiraría más tarde cuando escribió su cuento *Miss Harriet* — bajo el nombre de Renée de Valmont (Valmont es un adorable pueblecito de los alrededores de Yvetot que iba a servir de seudónimo a Guy en sus comienzos literarios)

— ¡La señorita Renée de Valmont!

Apareció una joven de piel muy blanca (para disimular un bigote incipiente, nuestro bromista había hecho una máscara de polvos de arroz) de aspecto tímido y la mirada baja, se presentó ante la *lady*.

La vieja inglesa, que era muy miope, le indicó que se aproximase y, tras los saludos de rigor, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Habéis viajado entonces, señorita?

— ¡Oh!, mucho. Aún acabo de llegar de Nouvéa.

¹³ *Mystifia*, en el dialecto de Caux.

- ¡Ah! De Nouvéa.
- Sí. Tengo amigos allá.
- ¡Ah! ¿Y habéis hecho ese largo viaje sola?
- ¡No, no!...Con mis dos asistentas.
- ¡Aún con dos asistentas, es un largo viaje para una jovencita.
- No os preocupéis: No puedo temer nada. Tengo un dragón a mi servicio.
- ¡Ah!
- ... ¡y un coracero!
- ¡Ah! ¡shocking!

Las carcajadas de sus amigas, obligaron a Guy a presentar serias disculpas a la vieja dama.

En ocasiones se divertía, con una impasibilidad perfecta, de la ignorancia de los turistas. Unas barcazas habían sido subidas a la costa para la comodidad de algunas viviendas de pescadores. Cuando llegaban los parisinos boquiabiertos preguntando:

—¿Cómo diablos esas barcas han venido a parar aquí?

A lo que Guy respondía muy serio:

—Durante el invierno, el mar está tan embravecido que rebasa el acantilado. El mar sube estas barcas que quedan encalladas cuando el agua se retira.

En Fécamp continuaba sus bromas y sus allegados nunca estaban al abrigo de sus malicias.

La propiedad de sus abuelos Le Poittevin colindaba con la casa del armador Martín Duval, padre de Jean Lorrain (seudónimo de Paul Duval). Este último, que tenía dos años menos que Hervé de Maupassant, iba a jugar con él en el jardín terraza de la villa Le Poittevin. Éste esperaba que Guy se uniera a sus juegos pero era invariablemente para hacer sus «bromas abominables», «los dejaba en mansiones o en habitaciones deshabitadas y apenas amuebladas que se encontraban cerradas — allí se envolvía con ropas de cama» en la sombra, «se divertía, contaba Jean Lorrain, de nuestras crisis de

angustia y de nuestras huidas ante sus bruscas apariciones fantasmagóricas — poseía un gusto por el terror y la perversidad del espanto, donde se esbozaba quizás el germen de *Le Horla*»

Esta predilección por las bromas era puesta de manifiesto en su casa. Louis Le Poittevin, hijo de Alfred (nacido en la Neuville-Champ-d'Oisel, el 22 de mayo de 1847), contó a René Descharmes su primera visita a Croisset, resultando elocuente al respecto.

La señora de Maupassant y su hermana, la señora de Alfred Le Poittevin, habían ido de visita a casa de Flaubert, llevando a Louis y a Guy. El pequeño Le Poittevin había quedado muy impresionado viendo «al gran Flaubert, vestido con una bata de color pardo, realzando su alta silueta ante las ventanas de su despacho totalmente cubierto de libros». Por el contrario el pequeño Maupassant estaba impasible.

Enviaron a los dos niños a jugar en el pabellón, al borde de la terraza. Guy, curioso, quería hacer una travesura con la pipa preferida del maestro. La tomó y la dejó caer con muy mala idea. La pipa se rompió. Acudió Flaubert rápido y al ver el semblante de congojo del pobre Louis y, considerando al inocente como el culpable de la gamberrada, le propinó una enorme bofetada — mientras tanto el ladino Guy «reía para sus adentros».

Louis Bouilhet, antes de morir, había dedicado parte de su tiempo, como ya vimos, en enseñar a su alumno más respetuoso, mientras que éste aprendía su oficio en casa de Flaubert y dejándose amar paternalmente por el buen gigante de Croisset. El tres de octubre de 1867, Caroline Flaubert escribía a la señora de Maupassant: «No puedo expresar todo el placer que me ha hecho la visita de vuestro hijo. Es un muchacho encantador del que usted debe estar orgullosa; me recuerda tanto a usted...y también a nuestro pobre Alfred. Su aspecto alegre y espiritual es extremadamente simpático... Vuestro viejo amigo Gustave está encantado me encarga que os felicite por tener semejante hijo.»

Bouilhet le había enseñado que «cien poemas, quizás menos, eran suficientes para la reputación de un artista, siempre y cuando

sean irreprochables y si continene la esencia misma del talento y de la originalidad de un hombre incluso de segundo orden». Le había hecho comprender que el trabajo continuo y el conocimiento completo de la materia pueden, un día de inspiración, por el encuentro afortunado de un sujeto, hacer concordar a la perfección todas las tendencias de nuestro espíritu, provocando la eclosión de una obra corta, única y también perfecta.

Estos eran los principios de Bouilhet y en cuanto a Flaubert, por entonces no veía todavía en Maupassant, más que un muchacho encantador, instruido y simpático, pero que no revelaba ningún talento superior. A pesar de que Guy se enardecía al mostrarle algunos de sus composiciones al ermitaño de Croisset, éste los leía con atención emitiendo el siguiente veredicto:

—No sé si usted tendrá talento. Es cierto que me ha dado pruebas de una cierta inteligencia, pero no olvide, muchacho, que el talento, según palabras de Bufón, no es más que una larga espera. ¡Trabaje!

Maupassant siguió este consejo. Durante siete años compuso versos, cuentos y relatos, un drama «*ya no queda más*» declaró. Prosigue: «... el maestro leía todo, después, el domingo siguiente, almorzando, emitía sus juicios y críticas y me enunciaba dos o tres principios que eran el resumen de sus largas y pacientes enseñanzas»

Y fue de este modo que un joven bachiller se convirtió en uno de los mejores artistas de esta lengua francesa de la cual el mismo escribió: «Ella es agua pura que los escritores amanerados no han podido jamás, ni nunca podrán, enturbiar.»

LA JUVENTUD Y LOS INICIOS

La guerra fue declarada.

Rouen había sido invadida.

Maupassant tenía 20 años. Comenzaba sus estudios de derecho, cuando fue llamado a filas como soldado del reemplazo de 1870 (no se presentó voluntario como escriben la mayoría de sus biógrafos). Cuando las tropas fueron derrotadas, se comportó bravamente, haciendo un día 15 leguas a pie «después de marchar y correr toda la noche anterior atendiendo órdenes», «escondido sobre la piedra de una glacial cueva», a punto de caer prisionero, se salvó gracias a sus «buenas piernas».

Allí estaba cuando «los prusianos se echaron sobre nosotros a marchas forzadas». Las comunicaciones entre la capital y el resto de Francia quedaron interrumpidas. Él estaba muy seguro de sí mismo y se reía de la preocupación de su padre. «Si lo escuchara, escribe, pediría el puesto de pocero de alcantarillas para que no me alcanzasen las bombas»

Gustave de Maupassant, por el contrario, pensaba en los peligros que acechaban a su hijo, y se dedicó febrilmente a convencerlo para que entrase en los servicios de la Intendencia militar de París, a lo que finalmente accedió. Guy no experimentó ninguna satisfacción. Los riesgos y las aventuras del campo le convencían más — obtendrá, de sus recuerdos de la invasión, numerosos personajes para sus cuentos. — La intendencia le recordaba el internado, la inacción, el tedio... «me aburro soberanamente, cuenta a su madre. ¡ Cuando abandone la Intendencia los tiempos serán mejores!»

Llega la paz y algunos reveses de fortuna sobrevienen a su familia, viéndose en la necesidad de buscar empleo.

A instancias de su padre, el 7 de enero de 1872, ofreció sus servicios al Ministro de Marina, el almirante Pothuan.

«... Tengo el bachillerato en letras, escribe, y durante la guerra he trabajado en las oficinas de la Intendencia militar hasta noviembre de 1871, momento en el que fui licenciado.» El 18 de enero la petición fue rechazada.

Gustave de Maupassant no se desanimó. Acudió a M. Faure, jefe de la oficina de los movimientos de tropa de la Marina, al almirante Saisset, a Madame de Comberty, etc. Hizo mediar a su amigo Charles Duplessis, jefe del negociado del personal. Desde Étretat, Guy escribió, dócilmente al ministro, una segunda solicitud el 20 de febrero de 1872 y, esta vez, por intervención del almirante Saisset, la petición llegó a buen término. El 20 de mayo de 1872 el jefe del Estado Mayor comunicó al almirante que su protegido había sido «autorizado a trabajar en las oficinas de la administración central». Inicio demasiado modesto. ¡Nada especial!

La plaza a ocupar en el Ministerio, un puesto de más categoría, seguía vacante.

Mientras tanto le asignaron la biblioteca. Allí permanecería hasta el 17 de octubre. En esta fecha, un funcionario de más alto rango, habiendo sido destinado comisionado de cuarta clase en las colonias, dejó su puesto vacante y Guy ocuparía su plaza, siendo destinado a la Dirección de Personal. Siempre sin sueldo.

El almirante Saisset continuó mediando y el almirante Fourichon se le unió. Se informó al Ministro que la familia del joven funcionario había informado que «esta mejora en su situación laboral le es necesaria». En el negociado de los Equipajes había una vacante y Guy fue aceptado por su director, el contra-almirante Matineau des Chenetz. También acordó con él un salario de 1.500 francos anuales más una gratificación de 150 francos y, por fin, el 25 de enero de 1873, fue propuesto para el puesto de «delegado del jefe del negociado del servicio interior en el almacén de los impresos». No era una fortuna, pero la situación de su familia estaba siendo en ese momento bastante delicada y no tenía elección — y eso que «el pie en el estribo» constituía una seguridad para el porvenir.

Como buen normando, Maupassant vivía esta necesidad profundamente, incluso, cuando ya era renombrado y con fortuna, no

dimitió. Pidió una excedencia alegando mala salud. Muchos años después de haberse retirado del Ministerio no se decidió, a ruego de Xavier Charmes, a firmar su dimisión.— De 1.800 francos anuales pasó a cobrar 2.100 francos en 1876. Es ese el momento de su debut literario.

Después de su llegada a París, diversificaba su tiempo entre el Ministerio, interminables sesiones remando, que eran para él la alegría y la razón de vivir, y su trabajo literario que realizaba sobre impresos oficiales, sometiéndolo los domingos a las críticas de Flaubert, quién tenía un pequeño apartamento en la calle Murillo del octavo distrito.

En sus excursiones náuticas a Asnières, a Chatou, a Maisons-Laffite, a Sartrouville, sobre todo a casa de la mamá Levaneur, incluso en sus bromas en Paris o en otras lugares, volvemos a encontrar intacto su gusto por la agitación, el tumulto, lo imprevisto, reforzado con un odio al burgués, sentimiento inculcado por Flaubert.

Nadie más, que este temerario bromista, profesaba profundamente un desdén por la creencia absoluta, por los «principios inmortales» y por «todo el arsenal de opiniones comunes o de moda» — esto no duró.— Este bromista que, en su juventud, alborotaba la playa de Étretat, donde paseaba su exhuberancia y vigor apasionado y recolectaba todas aquellas sensaciones e imágenes que luego recrearía en su obra.

Que bellas páginas nos ha legado su loca existencia de remero que describía así a su madre el 19 de julio de 1875:

«... Por fin ha llegado el buen tiempo y espero que esto te permita alquilar la casa.

Hoy hace un calor tremendo y los últimos parisinos ya se están marchando.— En cuanto a mí, remo y me baño, me baño y remo. Las ratas y las ranas, acostumbradas a verme pasar a todas horas de la noche con mi linterna en la proa de mi canoa, vienen a saludarme. Maniobro mi gran barca como otro maneja una yola, y mis amigos remeros que viven en Bougival (a dos leguas y media de Bezous),

quedan muy asombrados cuando yo llego en pocos minutos solicitando un vaso de ron. Trabajo todos los días en mis estampas de remo de las que ya te he hablado y creo que podré escribir un pequeño libro bastante divertido y auténtico...»

¡Qué sólidos cimientos, absolutamente indispensables en la imaginación de todo verdadero normando, le proporcionaría esta vida!

En mayo de 1889 confió a su mayordomo François:

«¡Ah! ¡Yo conozco este río tanto por encima como por debajo! ¡Cuántas zambullidas he hecho! Hace algunos años dejé Sartrouville para vivir en Croissy, a fin de no tener que pasar la esclusa de Port-Marly donde, cuando había que esperar demasiado, tomaba mi yola sobre la espalada y la llevaba de ese modo al otro lado. Por esto es por lo que tengo la espalda un poco hundida. Alquilé una modesta casa en Croissy. Allí tenía algunos vecinos, entre otros un distinguido ingeniero que, para complacer a su esposa, había ido a las afueras a pasar una temporada.

«Una noche oí que alguien me llamaba desde el exterior. Abrí la ventana.

«Era mi amigo que venía a decirme que creía que su esposa se había arrojado al Sena. Me preguntaba si podía ir con él y ayudarle a buscarla. Su voz angustiada me decía que tenía el corazón destrozado. No olvidaré nunca la impresión que me produjo la voz de aquel hombre rogándome acompañarle. Lo veía desesperado; no vacilé. Puse mi traje de baño y, cinco minutos después, me sumergí donde mi amigo creía que su mujer había desaparecido. Durante más de una hora registre en todas direcciones, el fondo del río alrededor del lugar indicado pero no descubrí nada.

Le dije entonces que su esposa no debía estar en el Sena; él pareció dudar....¿Quizás lo había amenazado? No quise ser indiscreto, pero traté de levantarle el ánimo diciéndole que el pájaro había simplemente salido volando de la jaula y no tardaría en regresar finalizando su huida.

Algunos días después vi a mi amigo. Me tendió las dos manos, radiante de felicidad y me dijo:

«—¡Mi mujer ha regresado!... La amo todavía más que antes si es posible. Durante su ausencia, ella se desembarazó de todos esos perfumes exagerados que a mi no me gustan. Ahora, creedme mi querido amigo, todo su cuerpo y sus trajes, exhala una cierta fragancia fresca como la que yo respiraba la noche, en la que usted nadaba con tanto fragor bajo el agua.»

«Hoy, según me han dicho, viven muy felices. Los veo muy raras veces.»

Su existencia de funcionario le alejaba bastante de sus hazañas náuticas, de nadador o de hombre fuerte seduciendo.

Disfrutó mucho el día en que estando en el café al borde del agua, en las mesas en las que sus compañeros de remos y él cenaban «uniformados»: pantalón corto y camisa dejando los brazos desnudos, un luchador entró. Al principio un poco perturbado por esta reunión inesperada, más no tardó en percibir el torso hercúleo de Guy y sus brazos de músculos prominentes. Avanzó torpemente hacia el escritor, con su larga mano tendida: «Permitidme, dijo, estrechar la mano de un colega»

Otros dos hechos, entre cien, mostraron que nunca, incluso en la época de su gloria literaria, dejó de estar orgulloso de su fuerza física y de su destreza:

«... Hablando con sinceridad, escribe La señora X***. Yo recuerdo un Guy de Maupassant, divertido, levantándose con sus brazos por la cintura, o incluso paseándose a través de la habitación, con un pesado sillón en cada una de sus manos. Creo que estaba más orgulloso de su habilidad con los ejercicios físicos que de su talento.»

Otras anécdotas contadas por Tassart:

Ocurrió el 2 de junio de 1885

«... Disparó veinte veces sobre dos cartones. Anoté quince dianas y cinco balas en el blanco.

Le dije:

«— Es una serie brillante.

«—Sí, está bien, brillante si usted quiere. Y, riendo añadió: «Usted conoce a mi amigo M. E... tiene cuarenta años, esta fuerte

como un derribador de bueyes de la Villete, ¡pues bien!, ¡últimamente, con de la señora X..., no ha sido demasiado brillante!...»

Septiembre del mismo año. — «Un día de caza, el cochero olvidó ir a recogernos. Hacía aquel día más calor que de ordinario. Cuando mi señor vio el sol ocultarse, decidió regresar a pie a Étretat... Nos pusimos en marcha a paso gimnástico y, en veinticinco minutos, habíamos recorrido cinco kilómetros. Mi señor, al que divertía esta caminata, me dijo:

«—Usted ve, François, si un general pudiese obtener tal marcha de sus hombres, sería suficiente en ciertos casos para obtener una victoria enteramente inesperada.

«Sí, pero estábamos más mojados que saliendo de un baño...»

Fue en el Negociado de los aprovisionamientos de la flota, donde permaneció hasta el 7 de noviembre de 1878, fecha en la cual dejó la Marina y compuso algunos de sus mejores cuentos dedicados al mundo de los funcionarios. Tenía modelos en profusión bajo su mirada y dejaba caer sobre estos inocentes «eslabones de cadena» su mal humor por estar encerrado «siete horas al día, dijo Olivier, Guithéneuc, en una habitación sin aire y sin luz que daba a un muro sórdido.» El hecho de escribir estos cuentos, no significaba nada, aunque todos figurasen en ellos, desde el jefe y el subjefe del negociado, hasta los más modestos funcionarios. ¡Escribirlos, sea... pero publicarlos!... Pues, desde 1876, Maupassant se afirmaba ya en la pléyade de los escritores que se agrupaban en la *Republique des Lettres*, alrededor de Catulle Méndes al que, una leyenda, desmentida por la fotografía, representaba como a un hermoso dios de esa época.

En la *Republique des Lettres*; Maupassant había publicado algunos poemas: *Au bord de l'eau*, *La dernière escapade*. Se atreve incluso a emprender un estudio sobre Flaubert, que llena de alegría al bueno y arisco solitario de Croisset, su maestro venerado. Este último le facilita la entrada en algunos periódicos.

Desde el punto de vista de su trabajo en la Administración, esto resultó una catástrofe. Por aquel entonces Guy de Maupassant estaba

muy bien considerado: «*Empleado inteligente que se pone al corriente de los servicios... Motivado por el deseo de hacerlo bien... se siente util...se hace destacar por su celo, su inteligencia, su intachable vestimenta...*» En 1877, cuenta Monzie en sus deliciosa obra: *Aux confins de la Politique* (1913), que Maupassant compatibilizaba cada vez menos sus tareas como funcionario con su trabajo literario y sus placeres. Sus referencias de 1877 y 1878 indican que «su salud era bastante mala». Benévolo y solícito, el Director, bajo las órdenes a las que él trabajaba, dirigió al ministro un informe al objeto de que se concediera un permiso de dos meses al funcionario de tercera clase Guy de Maupassant. «*Según el certificado del Inspector general del servicio de salud, el señor de Maupassant, funcionario de 3ª clase en la administración central, tendría necesidad de hacer una cura de salud en las aguas de Louèche.*» — «*El director de material, Señor Sabattier, ruega al ministro, conceda al señor de Maupassant, un permiso del doble de tiempo pasado en las aguas con el límite de dos meses, conforme al artículo 74, § 10, del reglamento del 14 de enero de 1869*» Todo va mejorando y he aquí a Guy libre por dos meses. Viajó a Suiza.

No obstante, después de estas sesenta jornadas de trabajo, de cura, de remo, de visitas útiles y agradables, tuvo que regresar. ¡Con qué pena!... Obsérvese que, ahora, bajo el seudónimo «Guy de Valmont», había accedido en varias revistas y periódicos, al primer puesto, entre los que cabe mencionar a *Le Gaulois*, — que preparaba una novela al mismo tiempo que escribía su *Histoire du Vieux temps* y que el círculo de sus relaciones literarias útiles se estaba ampliando; ahora podía empezar a tener una menor preocupación por el día de mañana.

Y *L'Heritage* aparece donde todo el mundo, jefe, subjeses, funcionarios, se pueden reconocer. Recordad *la Pendule (En famille)*, *Au printemps*: nadie se salva. Uno solo de estos... héroes del sillón de cuero, Hector de Gribelin, de *A cheval*, parece salvarse de esta persecución puesto que Gribelin, educado en la casa paterna y que de los reveses de la fortuna le han obligado a entrar en el Ministerio de la Marina donde «sus tres primeros años de oficina fueron horribles»,

— este tal Gribelin, que frecuenta las casas de viejas personas arruinadas del suburbio de Saint-Germain en una de las cuales encuentra una muchacha encantadora con la que se casa, es Guy de Maupassant, el mismo. Tal matrimonio por su parte no se sería una sorpresa para sus compañeros de oficina que no tenían mucha simpatía por este robusto muchacho, silencioso, distante, de una diplomacia excesiva, no criticando jamás a nadie, en público, y proclive a una «sonrisa complaciente, constata Félicien Champsaur, que era, según él, la expresión del más profundo desprecio». Cuando estos excelentes funcionarios supieron que su colega «abusaba de su talento para calumniar» a sus compañeros, comenzaron a marginarlo. Todavía fue peor, tras la publicación de *L'Heritage*; sus jefes no le dirigieron más la palabra excepto por las necesidades del servicio. ¡Y sus informes cambiaron rápidamente! En lugar de las apreciaciones benevolentes del principio, se puede leer que este empleado es «flojo, sin energía... Temo, escribe alevosamente su jefe, el 1 de enero de 1877, que sus aptitudes lo alejan del trabajo administrativo» E irá más allá este jefe, el 19 de octubre de 1878 escribiendo: *capacidad: ordinaria* — e incluso esto que resulta inolvidable: *¡redacta mal!*

Maupassant ignoraba estos informes, pero no se confundía sobre los sentimientos de su jefe con respecto a él. Le confió a su viejo maestro Flaubert, que tenía por amigo al señor Bardoux, entonces ministro de la Instrucción Pública, que le habían retirado un servicio relativamente interesante para confiarle una actividad inferior conjuntamente con un viejo empleado que era el hazmerreír del negociado.. Tenía paciencia, pero el estallido era inevitable. En efecto, el 6 de noviembre de 1878, una nueva orden de servicio destinaba a Maupassant al Negociado de la Contabilidad y del Presupuesto.

¡Contabilidad! ¡Presupuesto! ¡Cifras!... A este «literato» siempre le habían horrorizado los números que le parecían al mismo tiempo herméticos y monstruosos. De súbito, desapareció. Durante quince días no apareció por el Ministerio. Su jefe preparaba ya una venganza *administrativa* contra este «muchacho» que se permitía tomarlo como modelo en una novela que todo el mundo podía leer —

sin embargo el «muchacho» hizo una entrada sensacional: venía a anunciar a su jefe que iba a «cambiar de Ministerio».

Ante estas palabras, el digno funcionario protestó:

— Señor... Señor, articuló indignado, su proceder es incalificable. ¡Como! ¿Usted quiere dejar esta Casa sin hacer pasar su petición por la vía jerárquica? Eso es inadmisibile y yo no permitiré que...

— Señor Jefe de Negociado, interrumpió Maupassant con una voz fuerte y fijando su mirada sombría, usted no tiene nada que permitir. Todo esto está por encima de su cabeza y de la mía. Esta cuestión se trata entre ministros... Sí, Señor Jefe de Negociado, entiéndalo bien: ¡en-tre-mi-nis-tros!

Y salió, dejando al honorable burócrata literalmente aplanado.

Flaubert había trabajado bien; Henry Roujon nos ha dejado el testimonio siguiente:

«Una tarde de 1878, vi entrar en mi oficina de la dirección de enseñanza primaria, ¿a quién? Maupassant en persona, el gesto radiante.

«—¿Usted?

«—Yo mismo. He abandonado la Marina. Seré ahora su compañero. Bardoux me ha asignado a su gabinete

«Y concluyó con esta fórmula que resumía para él una idea de la alegría:

«—Es bastante gracioso ¿eh?

« Comenzamos por bailar un paso desordenado alrededor de un pupitre elevado a la dignidad de altar de la amistad. Después de esto nos presentamos, como procedía, ante Bardoux, protector de las Letras. Según parece Maupassant creyó en su deber terminar con una serie de injurias, enviadas a modo de despedida, a sus antiguos jefes de la Marina. » (*La Grande Revue*, 15 de febrero de 1904).

En la Instrucción Pública, el ambiente difería notablemente del que reinaba en la Marina. Según palabras de Pol Nevoux, «el servilismo burocrático era menos amargo» para Maupassant. Recibido con los brazos abierto por Henry Roujon, se convierte en su colaborador; después el secretario de Xavier Charmes le encargaría

unos difíciles informes sobre unos importantes asuntos. Ante esto, Guy se excusó siempre bajo el mismo pretexto: se declaraba incapaz de escribir otra cosa que o fueran las banalidades propias de un trámite oficial.

— Es culpa de la Marina — afirmaba—Desde que en una tarea, hay un mínimo de trabajo oficial, el estilo se me resiste y no puedo desempeñarla.

Así, dedicado a trabajos banales, podía dedicarse mejor a su obra... y a sus remos. Su colega, Léon Dierx, gran poeta que yo he tenido el honor de conocer, rehusaba siempre dejar su escritorio.— por un motivo análogo.

—Diferente, correcto, discreto, Guy fue en la Instrucción Pública un funcionario irreprochable. — lo que no significa que él dedicara todo su tiempo a la administración — ¡afortunadamente para las Letras! « De noche, de día, cuenta Monzie, escribía, componiendo y finalizando su primera obra maestra (*Boule de suif*) en el húmedo reducto de su domicilio administrativo. Se ausentaba, a menudo, tres días en medio de la semana; su mala salud, que no era un pretexto falso, justificaba estas ausencias frecuentes. Pero tenía, por otra parte, a medida que la notoriedad comenzaba a llegarle, obligaciones mundanas más numerosas. El salón de la Princesa Matilde estaba abierto a *L'Histoire du Vieux Temps*. Las tentaciones de la gloria iban a comenzar con la publicación de las *Soirées de Médan*.»

Tiempo después, frecuentaba la casa de Zola, en París y en Médan. Había sido introducido por Paul Alexis, que lo había conocido en casa de Flaubert y que había hecho la presentación de Léon Hennique, de Henry Céard y de J. K. Huysmans, en la *Republique des Lettres*. ¿Como nació la primera idea de la antología titulada las *Soirées de Médan*, entre estos jóvenes genios a los que unía una sincera amistad y unas tendencias literarias comunes? Maupassan contó, en una carta-artículo al director del *Gaulois*, en el momento en el que el volumen había sido publicado:

«Nos encontrábamos reunidos, en el verano, en la casa de Zola, en su propiedad de Médan. Durante las largas digestiones de las

comilonas (pues somos todos golosos y sibaritas y Zola come el sólo como tres vulgares novelistas), conversábamos. Zola nos contaba sus futuras novelas, sus ideas literarias, sus opiniones sobre cualquier cosa. En alguna ocasión tomaba su fusil que manejaba como un miope, y, todavía hablando, disparaba sobre unos hierbajos que nosotros le afirmábamos que se trataba de pájaros, sorprendiéndose considerablemente cuando no encontraba ningún cadáver.

«Algunos días se pescaba con sedal. Hennique destacaba, con gran desesperación por parte de Zola que no pescaba más que «zapatos». Yo me quedaba tendido en la barca *Naná* o bien me bañaba durante horas en las que Paul Alexis rondaba con unas ideas picantes, Huysmans fumaba unos cigarrillos y Cèard se aburría, encontrando estúpido el campo.

«De este modo se pasaban las tardes, pero las como las noches eran magníficas, calurosas, llenas de olores de hojas, íbamos cada noche, a pasear por la Gran Isla, enfrente. — Yo «paseaba» a todos en la *Nana*.

«Entonces, durante una noche de luna llena, hablamos de Merimée, del que las mujeres dicen: —«¡Que encantador autor de cuentos!» Huysmans pronuncia poco después estas palabras:

«— Un escritor de cuentos es una persona que no sabe escribir, vende pretenciosamente pamplinas.

«Se puso a recorrer todos los escritores de cuentos célebres y a alabar a los narradores a viva voz entre los que se encontraba uno de los más maravillosos que nosotros conocíamos, el gran ruso Turguéneff, ese maestro casi francés; Paul Alexis sostenía que escribir un cuento es muy difícil. — Cèard, un escéptico, mirando la luna, murmuró:

«He aquí un bonito decorado romántico; se debería utilizar ...

«Huysmans añadió:

«— Contemos historias sentimentales.

«A Zola le pareció una buena idea, que se contaran unas historias.

«La sugerencia nos hizo reír y, se convino, para aumentar la dificultad, que la temática elegida por el primero se mantendría por los otros desarrollando, eso sí, aventuras diferentes. — Nos sentamos y, en la gran calma del campo, adormecidos bajo la brillante luz de la luna, Zola nos contó esta terrible página de la historia siniestra de las guerras que se llama *L'Ataque du Moulin*. Cuando hubo acabado, cada uno escribía:

«—Es necesario escribir esto rápido.

«Él comenzó a reír:

«—Eso está hecho.

«Al día siguiente Huysmans nos divirtió mucho con la narración de las miserias de un soldado sin entusiasmo. — Cèard, nos describió el cerco de París, desarrollando una historia llena de filosofía, siempre verosímil sino verdadero, pero real después del viejo poema de Homero¹⁴. Pues si la mujer inspira eternamente tonterías en los hombres, los guerreros a los que ella brinda especialmente su interés, sufren necesariamente más que otros.

«Hennique nos demostró una vez más que los hombres, con frecuencia razonables e inteligentes, considerados aisladamente, se convierten infaliblemente en unos brutos cuando están en masa. Es lo que se podría denominar: la embriaguez de los locos. No conozco nada más gracioso y más horrible al mismo tiempo, que el cerco de esta casa pública y la matanza de las pobres muchachas.

«Pero Paul Alexis nos hizo esperar cuatro días, no encontrando tema. Quería contarnos una historia de Prusianos profanando cadáveres. Nuestra exasperación lo hizo callar y acabó por imaginar la divertida anécdota de una gran dama yendo a recoger a su marido muerto en el campo de batalla y dejándose «enternecer» por un pobre herido. Y este soldado ¡¡ era un sacerdote ¡!

«Zola encontró estos relatos curiosos y nos propuso hacer un libro. Va a publicarse»

Apareció y el éxito de las *Soirées de Médan* se debió sobre todo al cuento de Maupassant que contenía: *Boule de Suif*, — *Boule de Suif*, que Flaubert, severo con su alumno habitualmente, consideraba

¹⁴ Referencia a *La Iliada* (Nota del T.)

«una obra maestra», — *Boule de Suif*, el primer gran éxito de Maupassant, — un éxito decisivo que le decidió a dejar el ministerio para consagrarse por entero a la literatura.

Se ha escrito que fue Zola quién, eligiendo un tema entre sus recuerdos de guerra, dio a Maupassant la idea para escribir *Boule de Suif*. Es inexacto. La historia de *Boule de Suif*, era conocida por él tiempo atrás, después de un relato que le hizo Cord'homme, uno de los compañeros de Boule de Suif en su aventura de 1870. Cord'homme, una de las figuras políticas más destacadas de Rouen en esa época, había sido amigo de Blanqui y de Barbès. Es más que probable que Guy escribiera esta historia aún admitiendo que él no había comenzado a hacerlo. No es, quizás, demasiado audaz pensar que ya había escrito parte en el Hotel del Cygne de Tôtes, en el que era cliente como Flaubert. (Un croquis de la cocina de este hotel fue tomado por un decorador del Teatro Antoine, cuando fue necesario llevar a escena esta obra maestra)

Henri Bridoux ha conservado el recuerdo del único encuentro entre el novelista y su heroína, ya cuarentona entonces, (que él jamás había visto antes de la publicación de su relato) que frecuentaba asiduamente el Teatro La Fayette, hoy desaparecido, en el que el director, Dupoux-Hilarie, montaba unos espectáculos con los bailes coreografiados por Mariquita, — la célebre Mariquita que debía realizar más tarde las coreografías concebidas por Jean Lorrain, con arreglos musicales de Edmond Diet e interpretadas por Liane de Pougy y Rose Demay, — y murió siendo maestra de ballet de la Opera Comica. Una noche que Maupassant, ya célebre, había ido a Rouen para visitar a su amigo Robert Pinchon, bibliotecario de la ciudad, fue invitado al Teatro La Fayette por varios periodistas locales, entre los que se encontraba Henri Bridoux.

«Le mostramos a Boule de Suif —contó el periodista— que ocupaba un palco en soledad.

«La miró mucho rato, con curiosidad, con una atención prolongada, casi emocionado se podría decir; nos dejó y le vimos, un instante después, como entraba en el palco de la dama; la saludó

inclinándose profundamente, con una reverencia de mosquetero galante y tomó asiento a su lado.

«Fue ese mismo día, después del teatro, cuando Boule de Suif y Maupassant se fueron juntos al Hotel du Mans. ¿Qué se dijeron? ¿Qué palabras se pronunciaron entre este delicado, este refinado, este artista y esta mujer de espíritu ciertamente vulgar que, quizás conservaba un vago y etéreo recuerdo de la aventura de antaño, incidente olvidado de su vida amorosa?

Sabemos que el nombre legal de Boule de Suif era Adrienne Legay, nacida en Elétot, comuna del canton de Valmont, situado a siete kilómetros de Fécamp; murió en la miseria en 1897. Es probable que Adrienne Legay sirvió de modelo a Maupassant para la fogosa y morena Rachel de *Mademoiselle Fifi*.

En 1880, *Des Vers* ya llevaba tres ediciones en dos meses con la editorial Charpentier. Maupassant colaboraba en el *Gil Blas*, en el *Gaulois*, en el *Figaro*. Las *Soirées de Médan* iban por la octava edición.

El autor de *Boule de Suif* tenía treinta años. Como Bel-Ami, sentía «en los miembros un vigor sobrehumano, en el espíritu una resolución invencible y una esperanza infinita ». Estaba preparado para la lucha. Se lanzó.

LA GLORIA Y EL MUNDO

Hugues Le Roux supo, por boca del mismo Maupassant, que éste último había tenido la idea de escribir más por *razonamiento* que por vocación. — Es en esto en lo que se diferencia radicalmente de Flaubert. La literatura había sido para él un medio de liberarse. Después de que los reveses de la fortuna familiar le obligaron a trabajar, él tenía una noble tarea que le dejaría mucha libertad de movimientos. Trabajar frenéticamente no le asustaba en sus condiciones.

De esta indomable voluntad de independendencia, había dado una sólida prueba desde 1876. Un día se topó con Catulle Mèndes, el cual lo invitó a un aperitivo y, en el curso de la conversación, se extrañó de que Maupassant no fuese francmasón.

— ¿Por qué no, querido? Hay que ser francmasón. Es útil. Uno nunca sabe a lo que puede llegar... ¿Desea que me ocupe de su afiliación?

Maupassant, con su natural prudencia, temió disgustar a su amigo de la *República de las Letras*, entusiasmado, si se negaba. Respondió con una descuidada afirmación. Pero, de regreso en su casa de la calle Caluzel, reflexionó, se arrepintió y escribió a Mèndes esta hermosa carta que Octave Uzanne nos ha mostrado:

«... Estas son las razones que me hacen replantearme el convertirme en francmasón: 1° En el momento que se entra en cualquier sociedad, sobre todo en las que tienen la pretensión, aún pareciendo ser más inofensivas que otras, de ser sociedades secretas, se está sujeto a unas reglas, se prometen ciertas cosas, se pone un yugo sobre el cuello, y, por muy ligero que este sea, siempre es desagradable. Prefiero pagar a mi zapatero que ser su igual; 2° Si esto llegara a difundirse —y por desgracia ocurriría— no me convendría entrar en una reunión de personas honestas para ocultarme como si se tratase de algo vergonzoso, — me encontraría, de inmediato, en mayor o menor medida, señalado con el dedo por la

mayor parte de mi familia, lo que no me importaría demasiado si ello no fuese perjudicial para mis intereses. Por egoísmo, malicia o eclecticismo, no quiero estar afiliado nunca a ningún partido político, sea cual sea, a ninguna religión, a ninguna secta, a ninguna escuela; jamás entrar en ninguna asociación profesando ciertas doctrinas, no inclinarme ante ningún dogma, ante ningún principio y ningún príncipe, y todo esto únicamente para conservar el derecho a hablar mal. Quiero que me sea permitido atacar a todos los buenos dioses y grupos cerrados, sin que pueda reprochárseme el haber adulado a los unos o estar relacionado con los otros, y tener igualmente el derecho de batirme por todos mis amigos, sea cual sea la bandera que los cubra.

«Usted me dirá que esto es ir muy lejos, pero tengo miedo de la más mínima cadena, venga de una idea o de una mujer.

«Los hijos se convierten dulcemente en ataduras, y un día, creyéndose uno todavía libre, se quiere decir o hacer ciertas cosas o pasar la noche fuera, y se da cuenta que no puede hacerlo más. Temo pareceros un predicador enumerando estas causas y motivos.

« Todo esto parece ser más serio de lo que en realidad es, téngalo por seguro. Y después... he dejado la mejor razón para el final, y es esta:

«No soy todavía bastante serio ni estoy lo suficientemente seguro de mí mismo para comprometerme a hacer, sin reírme, una señal masónica a un acólito (por ejemplo a mi camarero) — él es y me lo ha dicho — (o incluso a mi Maestro) y mi hilaridad podría acarrearle algunas venganzas, tal vez hacerme «señalar» por el vendedor de anguilas que pasa por la calle Clauzel donde yo vivo.

«Sobre todo no os molestéis conmigo. Os he dicho sí demasiado rápido la otra noche, como algo consumado que usted me ofrecía. Pero no obstante, si le he ofendido en algo, estaría presto a hacerme masón, mormón, mahometano, matemático, materialista en literatura, o incluso admirador de *Rome vaincue*¹⁵ »

Una vez llegado el éxito, y tras reconquistar la libertad, consolidaría esta posición e iba a tentar de nuevo a la fortuna. Con su

¹⁵ Poema épico francés del siglo XVII

gran vigor de atleta, se centró en el trabajo a brazo partido, y a sus proezas físicas añadió unos destellos intelectuales tan considerables que hoy nos dejan estupefactos. Era un desafío lanzado contra las leyes ordinarias de la vida humana. Viviendo como todos sus colegas, producía cuatro o cinco volúmenes de trescientas páginas cada año. Evidentemente, para aguantar este ritmo, se impuso una disciplina. En París, su apartamento estaba generalmente cerrado a las cinco de la tarde. No admitía visitas inesperadas. Su portera tenía ordenes. Comenzaba a trabajar de mañana — Lo que no había hecho nunca en su etapa de funcionario, lo llevaba espontáneamente y a rajatabla en su casa: allí estaba con la regularidad de un empleado que se sienta ante su mesa, y, creo que en relación a ello, había meditado sobre el método de Zola. Pero la regularidad no lo es todo, — y cuando se sabe que en 1885, por ejemplo, escribió más de 1500 paginas de imprenta, no se puede olvidar que los tres escritores que han sido siempre citados por lo prolífico de su producción: Dumas, Dickens y Balzac, jamás alcanzaron este formidable record.

Tancrède Martel a hecho de él, en esta época, un esbozo fuera de lo normal, enérgica y completamente a gusto: «Maupassant, dice él, comía con un gran apetito y bebía como un normando. Era un magnífico mozo de talla media, solidamente constituido, de un físico agradable, con un espeso bigote negro, los ojos vivos, la figura redonda y rosada, la nariz pequeña y sensual. En definitiva, una espléndida salud. Tenía bíceps, espíritu y ánimo. Con certeza, tenía conciencia de su maravilloso talento, pero me parecía desprovisto de ambición literaria y sobre todo del entusiasmo característico de los grandes literatos que yo había conocido por aquel entonces. Taine que le admiraba, le llamaba amablemente «el toro triste».

Desde 1883, era más que célebre. *Des Vers*, *La Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi*, habían sido aclamadas. *Une vie* apareció como folletín en *Gil Blas*. La gloria y el dinero. Todos lo adulaban, «Bugueses y militares, apunta Pol Neveux, comerciantes y mundanos, hombres de leyes y finanzas, cada uno esperanado que un día u otro él describiría, en algún libro alegre o triste, el hogar o el cuartel, el almacén o el salón, el patio de butacas o el escenario». Se

le amó tanto más que se le creía feliz y fuerte. Pero lo que todos ignoraban es que, este mozo con el rostro bronceado, de largo cuello, con músculos marcados hacia las orejas en las que le susurraban las heroicas explosiones de amor, estaba enfermo y muy enfermo. En el mismo momento que el Éxito vino hacia él, también encontró la Enfermedad. Sufría terribles jaquecas seguidos de largos insomnios. Unos fenómenos nerviosos lo agitaban. Los mitigaba con estupefacientes y abusando de los anestésicos. Espaciadas, se le declararon unas perturbaciones en la vista...

«El lector está encantado por la salud de este arte nuevo y, por tanto, se sorprende al descubrir entre estas estampas de naturaleza llenas de savia, inquietantes desviaciones hacia lo sobrenatural, turbadoras evocaciones, empañadas en principio del más banal, del más vertiginoso de los escalofríos, y luego de un Miedo tan viejo como el mundo y tan eterno como desconocido. Pero lejos de alarmarse, piensa tan solo que el autor está dotado de una intuición infalible para seguir así las taras de sus personajes justamente en sus más inquietantes laberintos. Ignora el lector que, estas alucinaciones tan abundantemente detalladas, Maupassant las ha padecido; ignora que el Miedo es, en él, el Miedo angustioso «que no se produce ante el peligro, ni ante la muerte inevitable, pero en ciertas circunstancias anormales, bajo algunas influencias misteriosas, en el caso de riesgos vagos », el miedo al miedo, el miedo de esta horrible sensación del terror incomprensible.

«¿Cómo explicar estas miserias físicas y esa angustia mórbida que, durante mucho tiempo, solamente conocerán los íntimos? ¡La razón es muy simple: *toda su vida, consciente o inconscientemente, Maupassant luchó contra el mal, oculto todavía, pero que era ya su huésped* »

Es a estas fobias que padece, a las que hay que atribuir la atención apasionada que concedía a las experiencias y a la persona del famoso hipnotizador belga Pickmann, de barba color de llama, que había puesto de moda e introducido en París, sobre 1886, la capucha. Que terrible ironía del destino, ahora, en estas palabras que Maupassant le dijo una noche:

— Pickmann, amigo mío, ¡ acabaréis loco ;

Menos de seis años más tarde, era él, Maupassant quien habría perdido la razón.

No se puede olvidar que, a sus taras hereditarias, había añadido la más dudosa higiene tras su llegada a París. Las prostitutas profesionales no hacían más esfuerzos que él, — y descansan mientras que Guy reparte su tiempo entre la literatura, la administración... y la adoración por la belleza. Casanova también prodigaba su vigor, pero no se puso a escribir más que a la edad en la que se vio obligado a vivir prudentemente.

Maupassant renunció, casi completamente, al remo mientras fue célebre, cayendo muy rápidamente en un esnobismo feroz. Al respecto, Jules Huret ha dicho que no hay otra manera de explicarlo como el inicio de la locura de las grandezas — que es una etapa de la locura general.

Los antepasados de Maupassant habían renunciado a su legítimo título de marqués. Sin tomarlo al pie de la letra, Edmond de Goncourt, escribe en su Diario que, dos años antes de su demencia, el autor de *Yvette*, no tenía más que le *Gotha* sobre la mesa de su salón o que hacía bordar dos coronas en sus prendas íntimas. Quizás tenga poco interés pero, a pesar de todo, recordaremos, a continuación, un pasaje, cuando menos curioso, de una carta que escribió a su madre el 30 de octubre de 1874¹⁶ :

«Algunos detalles sobre nuestra familia, encontrados en los viejos documentos que leo en este momento. He aquí los títulos de J. B. de Maupassant: Escudero, Consejero secretario del Rey, del Gran Colegio, Residencia, Corona de Francia y de sus Finanzas, Noble del Santo Imperio. Decano del Anciano Consejo de fuego de Su Majestad Imperial en Francia, Decano del Consejo de fuego S.A. Mgr. El Príncipe de Condé y Consejero partícula de S. A. Serenísima Mgr. Luis de Bourbon, Conde de Clermont, Príncipe de sangre

«Su mujer, de la que tenemos el retrato, era Marie-Anne de la Marche. Su hijo Louis-Camille de Maupassant fue apadrinado por

¹⁶ En esta época, el papel de cartas de Guy de Maupassant, tenía estampado una corona.

Louis de Gand de Merodes de Montmorency, y su madrina fue Marguerite-Camille de Grimaldy de Mónaco. Su matrimonio con la señorita de Avignon, cuñada del Marqués de Alligre, se celebró en presencia y con el agrado, de muy altos, poderosos y excelentes Príncipe Mgr Louis de Bourbon, Conde de Clermont, Príncipe de sangre, y del muy alto y poderoso Seigneur Mgr el Margues de Alligre, Presidente del Parlamento. Unidos por matrimonio los de Bar, Claude-Denis Dorta de Chameubles, comendador de la Orden de San Lázaro, Texier de Montaiville de Briqueville, y Jacques-Gabriel Bezin, Marqués de Bessons, lugar teniente general de las armadas del Rey, el Marqués de Courtavel, etc.

«Tu hijo,
«GUY DE MAUPASSANT»

Tenía un bello nombre, tenía la gloria literaria, estaba precedido de un renombre de fuerza extraordinaria: fatalmente, iba a ser presa de la caza de celebridades de la época, organizada por todas aquellas personas que tenía un salón de tertulia. « No tengo casi relación con la alta sociedad ni con las mujeres de este mundo, afirma el mismo, que insisten en tener su artista o sus artistas; y los invitan a cenar, al objeto de hacer saber a la ciudad y a la provincia cuanta inteligencia hay en su casa. » (*Sur l'Eau*)

En poco tiempo, este gran mundo comenzó a horrorizarle y huía, realizando lejanos viajes, cuando le resultaba imposible vivir en paz, a sus horas, en el chalet La Guillette que se había hecho construir en Étretat. Allí permaneció a menudo hasta 1889, época en la que vivía sobre todo en su yate donde escribió, en el mar, ante el Golfo Juan, a nuestro compatriota Carolus d'Harrans:

«Voy a navegar todo el verano, abandonando para siempre La Guillette y las playas normandas donde no encuentro el sol y el reposo que necesito por encima de todo.» ¡Había experimentado muchos momentos felices en esta residencia de artista, tan próxima a su casa de la infancia!... Se había olvidado el Étretat de Alphonse Karr y de Villemessant. No se conocía más que al que Jean Lorrain

llamaba nuevo y más tarde, «el Étretat de Guy de Maupassant y de Pierre Decourcelle». «Este Étretat, escribía el autor de *Ellen*, es el de la señora Monge, de la señora Mottet, las alcaldesas, del castillo del Tilleul y de la señora Frébourg, el Étretat de la Passée, donde Maupassant conoce a Swinburne, el Étretat del Hotel Blanquet y de los primeros años del Hotel Hanneville. Donde se cruzaban Landelle, los Coquelin, los de Joncières; la señora Dorus Gras que arrastraba su vejez; Victor Desfossés, y allí ostentando su lujo, la señora Camille Bloch, el autor de *Au loin*, una belleza declarada al lado de la señora Gouthereau, etc... Pierre Decourcelle, el buen Pierre que hacía las delicias de la playa y desesperaba a su padre, el lector de los franceses, señor Decourcelle, siempre atacado de accesos de melancolía y de las necesidades de sestar de su hijo, parecido en esto, a todos los jóvenes de la misma generación, pero una necesidad de bienestar y de apatía desconocidas para la suya; luego estaba Marguerite Ugalde, la pequeña Ugalde, como se la conocía entonces, patrocinada allí por su madre, la señora Ugalde, la Galatea de la Opera Cómica, — Marguerite, ya consolidada su carrera por la influencia del medio artístico, escritores y periodistas, entonces habitual de Étretat.»

Pero la más grande atracción era sin duda Maupassant, el hijo predilecto de la región, «Maupassant, en el que la Gillette, la pequeña villa perdida a lo lejos en el valle, era objeto de peregrinaje de bellas mujeres de la costa e incluso de otras partes. Unos yates venían de Deauville anclando entre la puerta de Aval y la puerta de Amont, mientras que una princesa y un marqués auténticos, y del más lujoso tercer Imperio, descendían en bote, para rendir pleitesía al autor de *Bel-Ami*». ¡Este Bel-Ami, que turbaba tanto los cerebros de las mujeres! ¡La prosa sensual y vigorosa de Maupassant les tocaba justo en pleno centro de su estremecido organismo!» (Cf. Raitif de la Bretonne: *Pall-Mall Semaine*, 16 de agosto de 1898)

En 1889, el 18 de agosto, el magnífico yate a vapor *Bull-Dog*, con los colores franceses en el gran mástil y pabellón del Club de Francia, al retrasarse, se había detenido en la ensenada, descendiendo los botes llenos de numerosas damas con vestidos claros, sombreros

floridos y sombrillas armoniosas, y dirigiéndose con emoción hacia la playa donde los bañistas, amables, se apresuraron a ayudarlas a desembarcar. Se celebró una magnífica fiesta en la Guillette que, agolpados alrededor de los setos o ubicados en la costa, más de mil ciudadanos de Étretat o bañistas intentaron ver. La escena que allí se producía: *Le Drame de Montmartre* (de donde nacía quizás la estética del Grand Guñol), lotería, adivinatoras del futuro y la señora Lecomte du Nouy haciendo, con su gracia natural, los honores del *buffet*, —nada faltaba. En el fondo, todo esto no divertía tanto a Maupassant como otras veces.

En París su triunfo no era menor. Era, como se supone, imposible de seguir allí su vida caprichosa, agitada, y que disimulaba siempre que podía. Tanto es así que encontró unas relaciones útiles, unos nuevos placeres, unas satisfacciones de orgullo, el mundo le interesaba, le seducía, le poseía. Pero cuando fue un hombre de moda, cuando vio de cerca las realezas y los príncipes, fue demasiado aprisa.

Enseguida retomó, al menos aparentemente, una independencia activa, un poco desdeñosa, bajo la sombra de la cual estaban estos o aquellos que intentaron esclavizar esta alma magnífica. Ellos se lo hicieron ver bien. Jean Lorrain escribió sobre esto una página característica: «... Guy era entonces una de las celebridades de Chatou y del restaurante Contesenne. Ya en plena cumbre literaria, yo no lo vi más que en casa de la señora Commanville, la sobrina de Gustave Flaubert, y era entonces cuando comenzaba a abandonar este salón, atraído por las salas principescas y el lujo del caluroso invernadero del barrio Saint Honoré donde Paul Bourget y él frecuentaban entonces la alta sociedad judía. *Maupassant debió hallar la mujer, la caprichosa y la aburrida, en la que el feroz antojo, apresuró el desequilibrio del pobre gran escritor. Es a una cualquiera a quién la literatura debe la desaparición tan temprana y tan inesperada de Maupassant.* Es a golpes de alfiler como el bello mundo, en apariencia apasionado y subyugado, pincha la vanidad del escritor, que de por sí ya era grande. El esnobismo que este medio artificial, había generado en el autor de *Une Vie* le hacía sufrir

cruelmente algunos pequeños ardides de las damas; Maupassant fue víctima de algunas burlas feroces, — esta es una de ellas:

«Para una velada privada, en casa de una de las supuestas admiradoras del escritor, la propietaria de la casa, la señora C. D'A..., había exigido de los hombres que llevasen un traje de color. Los allegados de la dama querían ver al autor de *Boule de Suif*, vestido de malva, — pero todos los invitados varones acordaron que vendrían en traje negro. La noche de la famosa cena, Bourget y Maupassant tuvieron el desagrado y sinsabor de ser los únicos presentes casi disfrazados, con sus trajes piel de melocotón violetas, en medio de una multitud de fracs negros... Fueron también las bestias curiosas de esta fiesta, bella y bien organizada por estos mundanos contra dos hombres de letras, — los hombres de letras que el mundo soporta, estén ustedes seguros, por los cuales los clubs y los salones muestran su curiosidad, pero que, realmente, a los que la sociedad muestra respeto, desprecio e incluso odio... — el Mundo que arranca, un día, ese grito de cólera a uno de sus autores favoritos:

«—¡El Mundo! ¡Se nos recibe pero no se nos acoge!»

Los burladores sabían lo que hacían: Maupassant era un apasionado por los juegos, el teatro y los disfraces; Henry de Régnier le vió un día, en un baile disfrazado en casa del conde Cernuschi, travesti, íntegramente *de negro*. (No lejos de él estaba Zola disfrazado de monje)

Sería interesante para la pequeña historia — sin la cual la grande se explica generalmente mal — de bosquejar un cuadro de los salones literarios en esta época.

Maupassant frecuentaba el de la Señora Adam, que tanto hizo por su país y sus escritores; el de la señora Yung, mujer del antiguo director de la *Revue Bleu*; sobre todo el de la señora Cahen d'Anvers en el que el cuñado, Albert Cahen, tenía fama de compositor mundano (hizo representar, en 1888, un *Endimión* en el teatro de Nice), del mismo nivel que los principes Troubetskoi y de Polignac, el marqués de Harcourt y el conde de Kerveguen; — el de la señora Strauss, de soltera Geneviève Halévy, al que asistía también Louis Ganderax, asombroso crítico que desgraciadamente ha escrito tan

poco. Había otros: el, famoso, de la señora Aubernon, calle de Astorg; el de la señora Alphonse Daudet, calle de Bellechasse; el de la señora Furtado-Heine; el de la señora Armand Hayem donde se detenía Jean Lorrain, y en el que Barbey d'Aureville fue el ídolo; el de su hermano mayor Charles donde triunfaba, entre la mas bella colección de obras de Raffaelli y de Gustave Moreau, estos dos antitéticos autores, Augusto Dorchain, poeta de una absoluta probidad y gran corazón, a quien deberemos de conocer pues debería haber sido *l'Angelus*, como pronto veremos.

Dado que la vida mundana de Maupassant no puede ser seguida minuciosamente, fijémonos, por lo menos, en algunas anécdotas, que en ella parece haber tenido.

Maupassant se encuentra en Antíbes, entre los grandes de la tierra. Es François Tassart que nos lo cuenta con su acostumbrada minuciosidad:

«Mi señor ha ofrecido varios almuerzos a las Realezas de Cannes, y todos se avienen a decirle que los Alpes vistos desde aquí (desde el *Chalet de los Alpes*) son incomparablemente más hermosos que desde, no importa cual, cualquier otro lugar de la costa, lo que parece producirle gran placer. También se confunde entre agradecimientos y cortesías de todo tipo cerca de estas grandes damas, — al punto que alguna vez yo me preguntaba si no iría demasiado lejos, pues, para el que le conociese bien, su refinamiento dejaba entrever un ligero matiz de ironía que el sabía, ciertamente, disimular bajo una frase amable y apropiada.

«Al día siguiente de estos almuerzos, el señor de Maupassant hablaba siempre mucho, cosa que era contraria a sus hábitos domésticos. He aquí básicamente sus confidencias:

« — ... Vea usted, estas damas del mundo no tienen nada que me plazca; tienen el espíritu, en verdad, pero un espíritu hecho en un molde como un pastel relleno de crema. Su espíritu viene de su educación en el Sagrado Corazón; siempre las mismas frases, construidas con las mismas palabras: ¡Esto es el arroz!... Pues todas las banalidades que han podido recoger en sociedad luego: ¡Es la

crema! Y siempre os sirven el mismo plato. Usted sabe cuanto adoro el arroz, pero , aún así, rehusaría el comerlo a diario!

«No puedo establecer ninguna comparación entre estas mujeres del mundo y las mujeres artistas nacidas en un medio intelectual. Estas últimas os ofrecen una alegrías por lo imprevisto de todo lo que os dicen; su verbo no se queda corto. Ellas os hablan de museos, teatro, música, montañas, pueblos y todo esto dicho de un modo que os embruja... Se quedaría voluntariamente anonadado sobre los cojines del diván, creyéndose transportado en medio de alguna ciudad encantada.»

A veces debe traducir esta opinión mediante actos. Manifiesta François todavía:

«Una tarde que había salido, una pequeña carreta se detuvo ante la casa, descendiendo una joven dama enfundada en un traje de un bonito gris, el sombrero del mismo color. Le abrí. Me preguntó, con un tono breve, si el señor de Maupassant estaba en casa. Yo le respondí:

«— No, el señor ha salido.

«— ¡Bien!, entro — me dijo ella — Dadme algo con que escribir.

« Y sobre una hoja de papel escolar que se encontraba en el escritorio, ella escribió de arriba abajo esta sola palabra:

«CERDO»

«Cuando mi señor regresó, vio la hoja, la leyó y se rió a carcajadas.

«¡Que el diablo se las lleve a todas!, gritó de repente.

«Y añadió:

«— Esta marquesita, que escribe tan bien, es la hija de un antiguo ministro del Imperio... No quiero verla... Del resto, ya se lo dije, yo no quiero quedarme en Paris. Aquí no se me deja respirar, esto es agobiante!... Voy a alquilar en Chatou.»

Otra historia, siempre basada en el mismo precioso testimonio:

«Una noche, yo fui advertido de que, el 2 de junio, el señor de Maupassant daría una cena.

«—Seremos doce, me dijo, si alguna de estas damas no falta. Tan solo seremos tres hombres.

«Un momento después, añadió:

«— Sí, nueve ... Ellas son nueve invitadas, pero lo que es divertido es que todas son condesas exceptuando una o dos.

«Y se puso a contar con los dedos:

«— Esta bien: excepto La señora Z... y la pequeña Nina, todas llevan la corona condal. Seguramente todas estas damas ennoblecidas van a hacer feliz a mi amigo L... que, haciendo resonar muy fuerte sus títulos, no dejara de hacer sus mofas y chufletas. No obstante espero que sepa mantener la compostura de un hombre bien educado.

«En efecto, desde que se sentó en la mesa, el señor L... preguntaba a esas damas que habían hecho de sus maridos y, como si recitase una letanía, se puso a decir a cada una en particular donde estaba su cónyuge, lo que hacía y lo que pensaba y toda la felicidad que debían encontrar en sus lugares predilectos. Todo lo que decía este terrible señor L... parecía talmente verdadero, que, en el momento, se habría podido creerle adivino, o al menos, suponer el haber acompañado, más de una vez, a los maridos de las condesas a las casas que tan bien describía.

«Este modo de hablar podía parecer un poco rudo; pero las nobles damas no se descompusieron por tan poco, pues todas se limitaron a mostrar su indiferencia por los datos que el acababa de detallarles, pero que ellas sabían hacía tiempo. Argumentaron que sus maridos preferían las carnes en mal estado de algunos restaurantes que el buen asado fresco de su casa. Como conclusión dijeron:

«— Esté tranquilo al respecto, apuesto moreno de cabellos brillantes: no hemos hecho caso a sus revelaciones para reconocer todo el placer que podemos procurarnos usando libremente unos dones que debemos al Creador... ¡Nosotras dejamos a nuestros cónyuges sus preferencias que no calificaremos!...

«No pude oír la respuesta del adivino: había ido a buscar unos platos a la cocina.

En 1888 Maupassant estaba en el apogeo de su éxito. Todo el mundo lo admiraba y proclamaba su genio. Es la época en la que, explica Pol Neveux, Alejandro Dumas hijo le escribe tres veces:

«Es usted el único autor del que espero una obra con impaciencia», esto es muy significativo viniendo de un maestro generalmente duro y reservado. No lo fue jamás con el autor de *Mont-Oriol*. Relata, a continuación François, una muestra de ello:

«Una mañana, el señor de Maupassant parecía preocupado. Me anunció que iba a dar un aperitivo a varias damas de la alta sociedad y que no podría invitarlo a cenar a causa de su soltería. Irían también algunos caballeros.

«—Usted no está acostumbrado a este tipo de recepciones. En fin, usted hágalo lo mejor que pueda.

«El 22 de mayo, a las cuatro, todo el mundo había llegado al aperitivo. Yo quemé una verdadera combinación de perfumes. El samovar, con su pequeño ruido de vapor, llamaba a los invitados. Yo había retirado la gran portezuela separando el salón del comedor y los invitados se dispusieron alrededor de la mesa. Todas esas bellas damas reían ya a carcajadas y dos de ellas, en lugar de sentarse en la mesa, lo hicieron sobre un lujoso cofre renacentista que se encontraba al lado de la ventana. La que estaba más cerca del ventanal, se puso a jugar con el grueso tirador de las cortinas, haciéndolas ir y venir como si fuese un timbre. Su vecina la acompañaba con unos movimientos de piernas: marcaba el compás con sus talones sobre el lado anterior del cofre, y ambas reían descubriendo exageradamente sus dientes de marfil. Las damas que estaban en la mesa las acompañaban al unísono...

«Todas, palabra de honor, estaban poseídas por una alegría que no me explicaba. Después de todo, me dije, título aparte, son mujeres y, como vienen de pasar bajo una antigua puerta de harén del Gran Turco transformada en portezuela de comedor, puede que esto las haya electricado.

«En fin, la princesa *** y el señor Alexandre Dumas hijo, las dos personas más distinguidas de la reunión, impusieron silencio y fue convenido que no hablase más de una persona a la vez. El señor

Dumas contó entonces algunos chistes de su creación. Nuevamente todo el mundo estaba arrebatado. No se entendía nada. Hubo una nueva llamada al orden y entonces fue Su Realeza quién tomó la palabra. Estimulada sin duda por lo que acababa de decir el señor Dumas, ella habló de un caso un poco escabroso. Pero estaba en casa de un muchacho: ¡Había que divertirse!

«Varias de estas damas no tenían sitio. Pasaban revista a todos los objetos que adornaban el comedor. A una de ellas le llamó la atención la pose majestuosa de un gallo galo que ornamentaba un viejo plato típico de Rouen. Otra quería necesariamente saber el por qué y el significado de la puerta de harén que cerraba el comedor. Mi señor, a punto de responder, se detuvo sonriendo...

«Fue el colmo cuando descubrieron, sobre la chimenea, un elefante y sus pequeños de porcelana, así como un grueso cerdo con su compañera y su camada. Cada una de ellas tomaba un objeto, le daban la vuelta por todos lados, y lo blandían, con el brazo en alto; exigían que el señor de Maupassant les explicase la razón de la presencia de estos objetos en su casa... El señor intentaba explicarse, pero no podía hacerse comprender, pues todas hablaban al mismo tiempo y cada una deseaba una explicación particular; lo rodeaban, formando un racimo apretado; él estaba absolutamente tomado al asalto.

«Su Realeza y el señor Dumas no dejaban de reír. Pasaron al salón; el enjambre los siguió...

«Aparte, mi señor decía a Su Realeza lo halagado que estaba por el honor de su visita. Ella le respondió:

« — Sí, sí, querido, en mi casa todo lo que usted quiera, pero aquí, ¡oh! ¡no! ¡Creo que me pondría enferma!...

A pesar de todo, Maupassant fue *alistado*. Este mundo que él despreciaba le retenía. Era una mezcla de horror y de adoración juntas. «Estaba tan doblegado que cedió a las condiciones de la vida de salón.» Se aplicó en respetar las convenciones mundanas. Utilizó la terminología de los círculos. Él, el bello primitivo, cayó enervado en los flirteos a la usanza. Él, el gran macho, se ve forzado a argumentar sobre el amor. Él, el remero, que había preferido siempre

la camiseta a la chaqueta, se sumió en la tiranía de la elegancia y de las modas. Este hombre, instintivo por naturaleza, quedó envarado en las disciplinas y los refinamientos de una civilización rayando la decadencia.

Llevó esto hasta los extremos de un dogma. Mi primer editor y amigo, Eugène Fasquelle, cuya editorial, nos dio posibilidad de observar muy de cerca todas nuestras glorias, me contó, con su elocuente sonrisa, la siguiente anécdota:

Ocurrió algunos días antes de la inauguración, en Rouen, del monumento a Flaubert, a la cual asistieron Eugène Fasquelle, Goncourt, Zola, etc. En esta época, era una costumbre muy arraigada. Émile Zola escribió a Guy de Maupassant para preguntarle que indumentaria sería la más adecuada para asistir al evento: ¿Chaqueta, levita, traje?... ¡Traje! ¡Pobre Zola! La respuesta fue fulminante. Recibió la nota siguiente: «Todo el mundo sabe que se pone un traje antes de las seis de la tarde» - GUY DE MAUPASSANT.

Soportaba todo, incluso esperaba dos horas la visita, a su apartamento de soltero, de las mujeres curiosas de sensaciones nuevas y, después del delirio y los escalofríos que él les proporcionaba, les oía decir:

— Eres un amante sorprendente, en efecto... ¿Por qué, entonces, es necesario, amor mío, que vayas siempre vestido como un molinero?

¡Oía y se contenía!

No sin pena, dejaba puesta la brida sobre su cuello, reprimiendo sus hábitos de guasa, de burla y se rendía a esta élite que tantos «pinchazos» le propinaban tan a menudo.

En un salón, una noche amenizaba la conversación mezclando insensiblemente los escotes de las mujeres con la antropología y declaró con la seriedad más absoluta, que la carne humana era un alimento excelente.

Su interlocutora, estupefacta, preguntó

— ¿Ha comido usted hombre?

— ¡No!, respondió Maupassant cándidamente, ¡mujer!. Es un manjar tan delicado y sabroso que he repetido!

De otra de estas bromas fue objeto un médico naturalista notorio, poseedor de una importante biblioteca de libros obscenos, — « esto que, siempre entre paréntesis, es inquietante », estima Léon Daudet quién contó la primera de esta anécdotas. ¿Siempre inquietante»? Yo no lo creo. No comprendo como el vigoroso autor de los *Morticoles*, cree que estas bromas de Maupassant sean algo más que bromas y que puedan constituir actos de naturaleza patológica.

La cuestión es que Maupassant fue a pedir un día al susodicho médico que le prestara una edición ilustrada del marqués de Sade. Le explicó:

— ¡Se trata de perfeccionar la educación de una joven cocinera que tiene grandes aptitudes para el desenfreno!

Recordemos ahora las represalias mundanas.

Iba mucho más allá de las palabras.

François ha contado algunas de sus venganzas.

En primer lugar a la mujer galante.

La escena ocurrió en 1887:

Al cabo de algunos días, mi señor me dijo:

- Voy a ofrecer una cena. Seremos dieciséis. Sé que no hay lugar más que para doce pero se han de colocar igualmente. Se trata de una cena de “petición de mano”.

Esta cena no era más que una encerrona que quería jugarle a la bella H... para vengarse de una burla que ella se había permitido hacer a mi señor.

Un español, magnífico, grande, rubio, de piel rosada, llegado recientemente de Madrid, estaba buscando una mujer bonita y amable para que le hiciese compañía. Era muy rico y debía instalarse suntuosamente.

Cuatro damas, incluida la bella H..., fueron invitadas para que él escogiese. Ellas tenían puestas sus más bellas galas, estaban emperifolladas.

El apuesta español, que era marqués, fue situado en la cabecera de la mesa, expuesto a la mirada de las cuatro mujeres, que no le

quitaban los ojos de encima. El mostraba una indiferencia relativa al principio; todo el mundo miraba de hito en hito con un poco de incomodidad, pero se observaba sobre todo al riquísimo extranjero. Aunque buen mozo, era de aspecto raro; demasiado grande, no lograba introducir sus piernas bajo la mesa, tenía un traje desmesurado, un chaleco amarillo y un pantalón gris azulado muy claro.

El pescado acababa de ser servido, cuando me preguntó con toda claridad donde estaba el baño. ¡Sorpresa general!. Pero él, sin ningún asomo de pudor, ya había desabrochado sus tirantes y desaparecido. Uno de los invitados, que había viajado por España, explicó que en ese país era un hecho admisible que se abandonase la mesa...

El español, ya de regreso, solicitó información para instalarse...Quería un gran apartamento, el mejor y más hábil decorador, un marchante de caballos de primer orden (fue Ménage por el que optó). Se le hacían recomendaciones desde todos lados de la mesa, y las damas vislumbraban ya una mansión principesca.

El marqués de San Pola bebía como un cosaco champán y agua de seltz; había vaciado el sólo tres litros que debían ser suficientes para todos los invitados.

Durante el asado, se desprendió de su chaqueta y solicitó airearse un poco; le acompañé a un salón vecino y le abrí la ventana. Mientras tanto, sonó una carcajada al unísono en el comedor.

Cuando el helado fue servido, creyéndose sin duda en su apartamento, solicitó dos sillas y dos cojines, cayendo en un breve sueño.

Cuando despertó se abordó el tema de las mujeres; dijo que no necesitaba en su nuevo domicilio a una chiquilla para que lo distrajese y que le diera todo lo que él quisiera. Entonces las cuatro señoritas comenzaron con sus zalamerías a cada cual mejor, hicieron gracias, poses para realzar sus figuras, en definitiva compitiendo para ver quien se llevaba el gato al agua.

La pequeña H... con su dulce figura, era sin duda la más bella, de una frescura de rosa y graciosa a más no poder. También el español no titubeaba y finalmente la escogió.

Cuando la cena había terminado, la llevó y, simulando un estado de embriaguez exagerado, el marqués bajó los escalones hasta la puerta de cuatro en cuatro, arrastrando a la muchacha en un descenso victorioso pero desordenado.

Una vez que hubieron salido de la casa, se produjo el delirio, todo el mundo se tronchaba, unos lloraban, otros saltaban, había quién rodaba por el suelo. M. de Maupassant, asiéndose las costillas, pateaba de alegría comprobando lo bien que había resultado la broma. Sabía que al día siguiente, tras el amanecer, el marqués depositaría un luís sobre la chimenea de la joven y desaparecería a la inglesa.

Cambiamos de ambiente. — Abril de 1884. Es siempre François Tassart quién habla:

«... El viernes, a la hora de la cena, vi llegar a dos damas de una distinción extraordinaria, muy fuertes ambas, muy bellas. Después el timbre sonó de nuevo. Abrí y me encontré de frente con un colegial. Lo hice entrar al salón. Se presentó muy graciosamente, saludando en primer lugar a mi señor y después a las damas, un tanto azorado, con la cabeza gacha, como un colegial atontado.

«Pero en la mesa, el chico retomó su aplomo inicial. Fue encantador, contando historias del colegio muy divertidas, como cualquiera que conozca a fondo todos los entresijos de esos *cuarteles* para jóvenes. Era bello, tenía la boca muy fina, con un poco bello incipiente en su labio superior, la nariz aguileña y los orificios sensiblemente dilatados, unos grandes ojos negros y un cabello de niño encrespado y negro.

« Toda la cena había estado regada con champán. A los postres todo era alegría; él puso los pies estirados bajo la mesa y la escena resultaba muy cómica. Las damas atacaron frontalmente al joven que no se dejó amilanar y, en guardia, sin perder ese aspecto tímido, no vaciló en decirles que él no preguntaba, que a su entender se consideraba un hombre amable y no desprovisto de un cierto valor.

Ellas irrumpieron en fuertes carcajadas, pero el colegial reía menos, tratando de tomar su papel en serio. En cuanto a mi señor, manipulaba en los extremos de sus dedos, un marrón glacé anidado en su envoltorio de papel; no comía más, no bebía y no reía; retorció las puntas de su bigote y de vez en cuando tiraba una pequeña nuez al aire y la introducía en su boca. De repente me miró; sus ojos estaban húmedos y enrojecidos. Me dijo:

«François, se lo ruego, traiga el café.

«A las nueve y media yo fui a buscar un coche para el colegial que debía regresar a las diez. Mi señor lo acompañó hasta la puerta y, estrechándole con fuerza la mano, le dijo:

«—Adios, amigo mío.

«Estas damas querían saber quien es este encantador efebo; jamás lo sabrán.

«A la mañana siguiente, fui a servirle el té a mi señor, — me solicitó que lo ayudase a cambiar de lugar algunos muebles. Mientras tomábamos las disposiciones pertinentes, él se ríó para sí mismo.

De pronto me dijo:

« Y bien, François, ¿qué le pareció ayer el pequeño colegial?

«— Me pareció encantador.

«Entonces mi señor comenzó a reír ruidosamente.

«—¡Ah! ¡es encantador!... ¡Pero es una damisela! ¿Recuerda usted a la pequeña institutriz que vino el último año a pedirme que la recomendase al Ministro de Instrucción pública? ¡Es ella!... Habiendo obtenido el empleo que deseaba, me escribió para agradecerme. Recordé su aire travieso y le pedí si quería venir a representar ese pequeño papel que tan bien ha desempeñado. Vive con su madre: es una chica muy honrada. ¿Vio usted la cabeza de esas damas? Se la están rompiendo y se han ido convencidas de que era un colegial de Condorcet. No puedo decir cuanto me he divertido. Gastaría esta misma broma a otras. »

Otras veces era más directo y brutal en sus ataques.

En el curso de una conversación, unas damas se extasiaron la saber que escribir era a menudo tan doloroso como un parto. Y como una adorable mujer, abriendo sus grandes ojos, preguntó aturdida:

— ¿Por qué escribe usted entonces?

Maupassant, mirándola con compasión, respondió:

— ¡Dios mío, señora, mejor será eso que robar!

Para ser justo, cabe decir que protagonizó también en el mundo, unas horas intensas de sucesos encantadores.

Acordémonos de la bella escena contada en *Amitié amoureuse* (Calmann – Lévy, ed.)

«...recuerdo uno de esos almuerzos donde estaban presentes, entre otros, Jean Baundry, Guy de Maupassant y Renan. Maupassant había hecho traer, por su fiel mayordomo François, una maleta repleta de juguetes para Hélene, juguetes de trece a cuarenta y cinco centavos de las pequeñas tiendas ambulantes del bulevar.

«Después del almuerzo, dejaron el contenido de la maleta encima de la alfombra donde, deslumbrante con su vestido escotado que dejaba ver su piel rosada aún llena de leche su carne fresca y redonda de una niña de dos años, Hélena, sentada en el suelo, retozaba. Unos gritos de asombro y de alegría se producían, tanto por parte de los mayores como de la pequeña, sobre las mil combinaciones de movimientos de todos esos juguetes; rodaban, marchaban, silbaban, corrían. Una vida liliputiense bullía alrededor de mi hija que, agigantada, se tomaba de vez en cuando el placer de aplastar uno de los objetos de este pequeño mundo puesto en movimiento por unos cordelillos.

«A todo esto, ¿qué creen ustedes que hacían, ante este espectáculo, mis ilustres invitados? ¿Filosofaban? En absoluto. Todos se revolcaban en la alfombra, atrapando al paso y devolviéndose uno al otro, pequeños hombrecillos, peonzas, molinos de viento, bicicletas, girando, volando, aleteando. Y profiriendo estos gritos:

«—... ¡El cordelito!...¿Dónde está mi cordelito?... ¡Baundry me lo ha quitado y lo acapara!

«— ¡No. Fue Maupassant quién se lo comió!

«— ¡Oh!. Mirad...aquí está, amigos. Lo he encontrado.

«Y un entusiasmo, una alegría, unos besos a Hélene que, viéndose en este tumulto, no le gustaba un molino que marchaba a la

vez que hacía girar sus aspas — ¿Por qué? ¡Que misterios encierra el cerebro de los pequeños? — y le escupía valientemente encima todas las veces que éste pasaba al lado de su boca.

«Mientras tanto, unas personas muy serias, vinieron a visitarme. A cada timbrazo, se cerraba precipitadamente la puerta que separaba el gran salón del pequeño. Yo recomendaba a todos que no hiciesen mucho ruido y despachaba las visitas en el salón pequeño. Mientras mis jugadores no se ponían de golpe a aullar de alegría, todo iba bien. En caso contrario yo me disculpaba... vagamente. Pero si el recién llegado era un amigo de los grandes hombres, allá se iba, y un momento después era un vientre más arrastrado por los suelos. Y Hélena, mientras tanto, regocijada por los brincos de sus enormes amigos convertidos en peleles, mostraba sus dientecillos, dejaba besuquearse y se elevaba en el aire.

Respecto a una situación similar, veamos otra bella escena:

«... no olvidaré jamás cierta tarde de 1888 en la que Maupassant pasó por la casa en la que yo vivía en Aix-Les-Bains. Sentada en la alfombra, mi pequeña sobrina jugaba a los médicos con sus muñecas. Hablaba simulando la voz de un médico imaginario y tomaba el pulso a la muñeca. Un grito discreto sonó de golpe en el cuarto: era Maupassant quién lo había dado. Y como Hélene elevase sobre él sus bellos ojos verdes claro, dolorosamente sorprendidos, el maestro, de un brinco, se tumbó sobre la alfombra y le pidió permiso para jugar con ella. Él se encargó del rol de doctor y lo hizo hasta el final. Tuve ocasión de admirar con que cantidad de conocimientos de detalles característicos y que profusión de matices, utilizaba para representar al personaje, no omitiendo ningún detalle que pudiese deshacer la ilusión de que era un médico. El hombre que yo veía ante mi, en la alfombra, era, en efecto, otro hombre, teniendo otras preocupaciones que las que se le podían suponer a un Guy de Maupassant; era un verdadero galeno juzgando la vida a través de sus placeres y desde sus particularidades. De vez en cuando los gestos del novelista perdían su gravedad para dirigir una sonrisa hacia la chiquilla. Su mano se posaba sobre la pequeña cabecita rubia de la niña que elevaba su rostro puro y delicado hacía él, mirándole con

una alegría franca e inocente. Regresando de inmediato a retomar su rol de doctor. » (Señora X... : *Guy de Maupassant intime*)

Podrían multiplicarse las anécdotas sobre este capítulo, pero no está bien agruparlas, en cuanto son significativas tanto como otras, para tratar de hacer luz sobre la existencia física y moral de Maupassant.

De alegrías, de rencores, de triunfos y de vejaciones alternadas con arrebatos de amor y gritos de odio sofocados en el momento en el que iban a producirse, Maupassant no mantuvo, en último término (después de haber intentado liberarse por medio de sus viajes), más que un desdén, casi absoluto, por la mujer en general y la mundana en particular, y un disgusto profundo del mundo — del que él creía poder llamar la élite.

Proclamó esto veinte veces.

¿Su desdén por la mujer? Leemos en *Le Colporteur*:

«... Jamás he amado. Creo que juzgo demasiado a las mujeres para soportar su encanto. Hay en toda criatura un ser moral y un ser físico. Para amar, tendría que tratar de hallar entre estos dos seres una armonía que jamás he encontrado. Siempre uno de ellos se impone al otro, tanto en lo moral como en lo físico... La inteligencia que poseemos nos da el derecho de exigir de una mujer para amarla que no tenga nada de inteligencia viril... Las mujeres hermosas, frecuentemente, no tienen una inteligencia acorde con su persona... Para amar, hace falta ser ciego, liberarse enteramente, no razonar, no comprender...»

Véase que en este aspecto, él tiene ideas parecidas a las de su maestro Flaubert y de su paternal amigo Alexandre Dumas hijo. Esto es lo que expresaba un día en Étretat con esta broma:

— ¡ No cambiaría una buena trucha salmonada por la bella Hélena en persona !

Había buscado hacía tiempo, su *alma gemela* y cuando exponía sus teorías ante su madre, ella, dulcemente burlona, murmuraba:

— ¡Bien Guy! ¿Y yo?

A lo que él respondía muy serio:

— Tu no eres como las demás.

El amor no fue otra cosa para él que lo que tenía de sensualidad. Jamás tuvo acceso duradero a su vida moral.

¿Su profundo disgusto por el mundo? Decía de los ambientes intelectuales, de la celebridad de los salones literarios:

— ¡Esta clase de mujeres llevan sus ideas del mismo modo como a quién le cuelgan unos pendientes en las orejas, o al igual que llevarían un anillo en la nariz si eso estuviese de moda!

Y escribía:

«... Todo hombre que desea conservar la integridad de su pensamiento, la independencia de su juicio, ver la vida, la humanidad y el mundo como un observador objetivo, por encima de todo prejuicio, de toda creencia preconcebida y de toda religión, debe alejarse absolutamente de lo que se denominan las relaciones mundanas, pues la tontería universal es tan contagiosa que no podría frecuentar a sus semejantes, verles y oírles, sin estar, muy a su pesar, influido por sus convicciones, sus ideas y su moral de imbéciles.»
(*Amitie amourese*, p. 50)

Escribía todavía:

«No deseo encontrarme con un príncipe, ni uno solo, porque no me gusta permanecer de pie veladas enteras, y estos patanes no se sientan jamás, dejando no solamente a los hombres, sino también a todas las mujeres apoyadas sobre sus patas de pavas, desde las nueve hasta la medianoche, por respeto a la Realeza real. ¡Algunas comedias admirables se representan allí! Tendría un enorme placer — entiéndase *infinito* — contarlas sin no tuviese amigos, encantadores amigos, entre los fieles de estos grotescos. Pero el príncipe X..., la princesa de N..., la duquesa M..., el duque de B..., incluso, son tan gentiles con respecto a mi persona que, verdaderamente, estaría mal. No puedo, pero me tienta y tal vez me decida... » (*Amitie amourese*, p. 50. Léase también *Sur L'Eau* pp 31 y siguientes)

El eminente letrado Octave Uzanne, conocedor en profundidad de este aspecto, ha descrito recientemente la actitud de Maupassant de este modo:

«... Fue hostil al matrimonio, desdeñó las Academias, originalmente insociable, impermeable a los honores que, según decía irónicamente su maestro Flaubert, no convienen más que a los modestos, bastante humildes de espíritu para creerse honrados con alguna distinción proveniente de algún gobierno democrático o de un grupo aristocrático. Fue sin duda, por su estilo de vida, un ejemplo de un hombre de letras digno de toda admiración y respeto. También el mundo que intentaba empañar la felicidad que él no compartió y de absorber la imagen donde aíslan a los que la conciencia humana representa como una unidad entera, el mundo que no pudo comprender que no se mezclara en su vida turbulenta, pondría mala cara al gran novelista, si la actitud externa del maestro no le hubiese hecho aparecer, un momento, familiarizado con el esnobismo de su tiempo, y si el destino cruel no le hubiese reservado un lento y atroz suplicio agonizando, siendo susceptible de este modo de imponerse a todos los inconscientes rencores de las colectividades que desatendió. »

El hecho quizás, que viene a consolidar las ideas de Guy de Maupassant, en lo que respecto a todo lo anterior, es lo concerniente a la leyenda del “menosprecio” por la Legión de honor y la Academia.

Según palabras de Henri de Almeras, si él tuvo algún motivo de vanidad, no eran precisamente estas condecoraciones. En esto estaba de acuerdo con Flaubert que le escribió en 1878: «Axiomas: *Los honores deshonoran. Los títulos degradan. Lo público embrutece.* Escriba esto sobre las paredes.». Pero él no tuvo por la Legión de honor ni menosprecio ni desdén, y cuando Spuller le comunicó oficiosamente que él era un serio candidato para serle concedida el 14 de julio de 1888, rogó, oficiosamente también, al ministro que lo descartara. Se malinterpretó este hecho. Un documento lo redime. Es un borrador de carta, sobrecargado de tachaduras, que su familia encontró en sus papeles personales. Se ignora a quién iba dirigido; quién sabe, incluso, en el momento de expedirlo, Maupassant ¿decide que tal vez sea inútil?. Pero eso no importa. Lo que realmente interesa es el pensamiento del gran escritor. He aquí el documento:

« Mi querido colega:

« Espero sincera y fervientemente no ser citado entre los que han rechazado la Cruz. Su artículo me demuestra que espero tener razón en ello. Me han llegado ecos y he recibido varias cartas que me prueban que se ha hecho al respecto algún ruido. No sé por qué e ignoro quién ha difundido la noticia errónea que corre.

«En ningún momento se me ha propuesto para la Cruz; tan solo se me preguntó en el caso de que el ministro pensara en mí. Respondí que consideraba una grosería rechazar una distinción muy reconocida y muy respetable — pero he rogado que no se me ofrezca solicitando al ministro que me descarte.

«Siempre he dicho, y mis amigos son testigos, que siempre deseé quedar por debajo de todos los honores y de todas las distinciones. Me he esmerado con frecuencia en decirlo durante mucho tiempo, no sospechando que podría llegar en un momento dado.

«En cuanto a mis razones, son demasiado numerosas para ser descritas aquí.»

«Una solo mencionaré, sin embargo: No admito una jerarquía oficial en las Letras. Somos lo que somos sin necesidad de estar sometidos a una clasificación.

« Si la Legión de honor no tuviera asociado un grado yo la aceptaría sin más, pero los grados constituyen una escala de meritos verdaderamente fantásticos.

«Usted ha mencionado a Edmond de Goncourt. ¿Se puede discutir acaso su alto valor y sobre todo su influencia sobre la literatura contemporánea?. Nadie, quizás exceptuándole a él.

«Ahora bien, él se convierte en caballero de la Legión de Honor, mientras que los grados superiores están reservados sin duda a sus alumnos.¹⁷

¹⁷ Expresaba esta misma idea el 11 de septiembre de 1878. Escribía a su madre ese día: « ... ¡Es Mac-Mahon quién ha rehusado firmar el decreto nombrando oficial de la Legión de Honor a Ernest Renan, que confundía por lo demás con el señor Littré! ¡Qué profundos pozos de estupidez de estos hombres que gobiernan a los

«Cuando se está decidido a no depender de nadie, es mejor vivir sin títulos honoríficos, pues si se obtiene alguno por azar, sin intrigas, uno no tiene la certeza de que *al ir a prender la cinta se la sabría colocar*.

«Esta razón no es quizás la mejor, pero cuando nos ofrecen una cosa, la menor razón nos decide al punto solicitarla, y empeñarnos a que nos la den. *Tenía sin embargo que decirle, después de leer su artículo, que tengo por la Legión de honor, un gran respeto, y no podría entender que se crea lo contrario.*

« Reciba, señor y querido colega, mis afectuosos saludos.

«GUY DE MAUPASSANT»

En lo relativo a la Academia francesa, he encontrado una carta que me escribió últimamente el excelente y reseñado François Tassart, este pasaje que establece un pequeño punto de historia:

«Algo que le habría proporcionado mucho placer (a Maupassant) sería ver la Cruz de la Legión de honor sobre la solapa de la señora Madeleine Lemarire, y eso que rechazó para él mismo ese honor ante la insistencia del señor Spuller. Otra, sería ver a su

otros! ¡Un jefe de Estado que no distingue a Renan de Littré, que ignora lo que éstos han hecho! — Es justo decir que los apellidos Renan y Littré hicieron más ruido en la historia que el vencedor glorioso más estúpido que rige nuestros destinos. *Flaubert ha rechazado de nuevo la cruz de oficial; ha hecho bien; pero Bardoux, para engatusarlo, se obstina en concedérsela. ¿Cederá Flaubert? ¿Se rebajará? »*

La única distinción que él haya jamás ambicionado es la medalla de salvamento, que jamás tuvo. En mayo de 1889, dice a su fiel y devoto François, saliendo de un restaurante próximo a un puente de peaje, que unía Vermouillet con Triel:

—¡ Este puente suspendido y tembloroso, produce el efecto de un anciano presa del baile de San Vito... y este Sena, yo lo conozco! Él me ha dado buenos momentos y también algunos reumatismos de los que pude deshacerme. Le tengo un poco de rencor por estos últimos — quizás porque él no me ha permitido tener la medalla de salvamento. ¡Yo he retirado de sus aguas a trece ahogados, once muertos y dos vivos! Los muertos no cuentan. Mis dos vivos, desapareciendo de la sociedad, también quedan sin efecto. Entonces, habrá una nueva ocasión para tener esa medalla que tanto deseo.

amigo señor Maurice Donnay, del Chat-Noir, también bajo la cúpula, — honor que él también rechazó, — lo que contrarió a su otro amigo, Alexandre Dumas, a tal punto de tener un principio de ictericia.

«Algunos días después de haberse negado a entrar en la Institución, el señor de Maupassant me dijo:

«— Habría estado bien ser académico a los treinta y nueve años...»

Entre los honores y el mundo, el autor de *Notre Coeur* prefirió siempre a sus compañeros de juventud, los familiares de Croisset, de Médan, y algunos otros amigos selectos, en cabeza de los cuales conviene citar a: Edouard Rad, su protector en los inicios en el *Gil Blas*; Geoges de Porto-Riche, a quién está dedicado el relato *Les soeurs Rondoli*; Paul Hervieu; Léopold Lacour, que era conocido en Étretat por intermedio de la señora Lecomte du Nouy que allí poseía una villa: La Bicoque; Edmond de Goncourt con el que tendría finalmente unas relaciones difíciles; Taine, que lo iba a ver a Aix-Les-Bains, y que mientras estaba muy enfermo, le aconsejó una estancia en Champel; Alexandre Dumas y Paul Bourget sobre todo. Hay demasiada similitud entre la inspiración de Maupassant y la de Bourget para que se pueda dudar de que, en casa de la señora Cahen d'Anvers, donde ambos triunfaban juntos, o en otra parte, ellos se comunicaban sus ideas. Sería interesante determinar de que forma fue la influencia de uno sobre el otro y en que sentido se ejerció. El conde Primoli confió al señor Diego Angeli la siguiente anécdota: Hela aquí en pocas palabras:

Antes de su matrimonio, Paul Bourget estaba de paso en Roma al mismo tiempo que Maupassant; Joseph Primoli les guió a través de la Villa Eterna. Una noche, probablemente a instancias de Maupassant (que no le gustaba más que la cara oculta de las ciudades: ¡Huyó literalmente de Londres cuando, en 1886, el baron Ferdinand de Rothschild lo invitó a su castillo de Wadesden!), los tres hombres convinieron en visitar los cuchitriles de Cosmópolis. Josaeph Primoli condujo a sus amigos a una *Casa Tellier*, una «tienda de soldados», cerca del palacio Primoli, calle Tordi-Noma, enfrente al Puente Saint-Ange. Las pensionistas del establecimiento

se presentaron y, Maupassant, naturalmente seducido por las carnes de una de las muchachas, se retiró del salón en su compañía. Cuando regresó, tras un tiempo muy corto, encontró a Paul Bourget, siempre impasible, en el mismo lugar en el que lo había dejado. Entonces el remero de Chatou le gritó alegremente a través de la estancia:

— ¡Eh! Bien, querido, ahora yo la comprendo, su psicología!

Estas palabras quizás se aproximen a la idea de una de sus bromas favoritas:

— ¡ El genio es un buen estómago!

No obstante esto es una especie de crítica bastante rudimentaria e imprecisa.

Estos viajes intermitentes, estos procesos de liberación no le bastarían más adelante. Por tanto, le produjeron unas horas felices. La única vez, quizás, que François lo vió *completamente feliz* fue en Argelia. El afectuoso servidor me ha contado lo que sigue:

«En el curso de nuestro viaje a Bogar, el señor Chambige, administrador civil, tuvo la amabilidad de organizar una fantasía en honor del señor de Maupassant. Varios cientos de jinetes la componían. Demostraron sus habilidades en unas locas carreras, lanzando unos gritos y unos silbidos en el espacio y disparando los fusiles, haciendo temblar las piedras que cubrían las tumbas de un cementerio nómada próximo.»

«Allí se preparó enseguida el cordero asado al aire y, bajo la tienda bañada por el sol, fue donde el señor Maupassant vio servir las raciones al estilo árabe.

«Puedo decir que fue allí, bajo un vapor de calor dulce, cuando vi la más completa alegría en el rostro del autor de *Au Soleil*.»

Ahora bien, el mundo se lo volvió a llevar enseguida. Pronto, descorazonado, ávido de aislamiento, huyendo de la realidad, dejó definitivamente París, y también Étretat (hemos visto renunciar incluso a La Gillette en 1889). Se fue buscando sol y mar.

No era consciente de estar peligrosamente desarraigado y (Pol Neveux lo ha visto perfectamente) «Sus relaciones recientes, las nuevas direcciones de espíritu parecían atenuar la afirmación de la

antigua disposición que definía sus obras como viejos jardines.» La composición de *Mont-Oriol* es particularmente descuidada. «Abandonando sus pequeñas gentes que le habían dado la gloria, Maupassant poco a poco se aleja de la tradición francesa. En los salones, encontró el alma desconocida; escuchó a las musas septentrionales, y sus cantos velados por su misterioso simbolismo, sedujeron su curiosidad turbando su visión... Perdiendo su impasibilidad, perdió su genio. » (Pol Neveux, *Guy de Maupassant* LXXXII, LXXXIII, Conanr, 1908)

Y la enfermedad que jamás dejó de estar en guardia en él, se despertó y se exacerbó.

LA ENFERMEDAD

La enfermedad, que portaba, estaba latente ¡Se ocultaba mal! Todos lo que conocían bien al gran escritor, habían podido observar más de una vez, unas curiosas e inquietante anomalías.

No volveremos a incidir sobre lo dicho en el primer capítulo de este libro. Pero en aras al rigor, aportaré otros datos acerca del estado físico de la señora Laure de Maupassant. A primeros de noviembre de 1878, Guy escribía a Flaubert: «Mi madre empeora y no se encuentra en disposición de abandonar Étretat.» En esta época, en efecto, la admirable y desdichada madre del escritor estaba condenada a vivir en tinieblas: *la luz le hacía gritar de dolor*.

La noche del jueves del 6 de febrero de 1879, el autor de *Salambô* escribía a Guy: «Lo que me dice de su madre me tiene desolado y la compadezco.»¹⁸

Podemos también comprobar en Guy unos vagos síntomas que ya se manifestaran hacia 1880: jaquecas y trastornos visuales. En relación con los trastornos de la vista, este texto de Flaubert (6 de marzo de 1880) nos revela un argumento complementario: «... Lo de tu ojo me inquieta y me gustaría saber a que atenerse, conocer el fondo y la causa.»

Por otra parte, este párrafo de una carta de la señora Lecomte du Noury al doctor Pillet, confirmaría lo que apunto y concierne a las jaquecas «recuerdo que Maupassant siempre se quejaba de sus jaquecas— y eso que estaba habituado a abusar de los estupefacientes.»

François Tassart me escribía recientemente: «Una noche, el señor de Maupassant, entraba a asearse para ir a cenar a la ciudad y me dijo:

«— He dejado el coche en la avenida Friedland. Voy con un poco de retraso»

¹⁸ Cotejar con lo que aparece en el capítulo primero.

«En ese momento me percaté, en el espejo, de que su labio inferior hacía, en una suerte de temblores convulsos, bailar su bigote.»

Tanto en relación con las jaquecas como con los trastornos oculares, las referencias son numerosas. Elegimos algunas:

Sobre las jaquecas tenemos el testimonio de Léon Gistucci. Era en 1880 cuando la señora de Maupassant pasaba el verano en la montaña, en Bastelica, en la isla de Córcega, donde el doctor J. B. Folacci, tío materno de Gistucci, la atendía. Guy fue a Ajaccio algún tiempo después de la llegada de su madre a la isla. Después de haberlo visto nadar en sus costas «con un particular ánimo, pleno de júbilo y fuerza», Léon Gistucci, visitando algunos días más tarde al escritor, se sorprendió sobremanera al encontrarle en la cama. «Quedé embargado, dice, viendo a mi compañero de natación, acostado cuan largo era, en la cama, la cara pálida, congestionado en algunas zonas, la cabeza apoyada sobre la ropa blanca y los ojos cerrados. Abrió los ojos y me tendió la mano. Como yo me excusé, haciendo el ademán de retirarme, él me detuvo con un gesto:

«— No es nada —murmuró— Es la jaqueca.

«Y, con una sonrisa que me pareció dolorosa, me invitó a sentarme y a esperar que la crisis fuese remitiendo.

«La crisis no pasó.

«Era la jaqueca, en efecto, que le atenazaba, «el horrible mal» del que él diría más tarde (en su libro *Sur l'Eau*) «muele la cabeza», «extravía las ideas» y «dispersa la memoria como una polvareda al viento».

«Inquieto, me senté ante la mesa donde reposaban unas grandes hojas de papel recientemente escritas. — un artículo (*La Patrie de Colomba*) que él acababa de escribir para *Le Gaulois* y que debía salir por barco esa misma noche. Tomé un ejemplar de ese periódico que se encontraba sobre una silla, pero no pude leer. Mi mirada iba sin cesar, entristecida, de la mesa donde descansaban las hojas manuscritas, portadoras del lúcido pensamiento del autor, a la cama, a la prosaica cama de un hotel donde éste parecía agonizar»

¿Cómo no justificar, tras esto, que la señora de Maupassant contase algunas mentiras piadosas y crease con ello algunas leyendas?

Si queremos buscar, podemos ver las contradicciones flagrantes en las que ella misma incurrió, en relación a su célebre hijo — por ejemplo, cuando ella hablaba del fervor religioso de Guy, mientras que Guy le confiaba a su compatriota y amigo Hugues Le Roux: «... de pequeño, los ritos de la religión, la parafernalia de las ceremonias, me irritaban... Las encontraba ridículas»

Sobre las molestias oculares, Flaubert escribía a Guy, a comienzos de 1880: «Estoy harto de tantas tonterías sobre lo que me cuenta de su enfermedad. Me haría un gran favor, por mí, para mi única satisfacción, que se hiciese examinar por mi médico Fortín.» Sabemos por una carta del mismo autor (a su sobrina) que esta visita tuvo lugar poco después: «Fortín, el médico de mi padrino, examinó a Maupassant. Desconozco su diagnóstico.»

El 16 de abril del mismo año, el autor de *Un coeur simple*, vuelve sobre esta cuestión: «¿Tu ojo te sigue haciendo sufrir? Tengo concertada en 8 días la visita de Pouchet que me dará más detalles sobre tu enfermedad, de la que no comprendo gran cosa»

Se sabe que las anomalías oculares juegan un papel de primer orden en el diagnóstico de la parálisis general. Una carta del doctor Laudolt a Lumbroso viene a ampliar nuestras dudas. «Yo le diré, escribe él, que conocí hace tiempo al autor por sus obras, el cual se dirigió a mí con motivo de algunos trastornos visuales. Este mal, en apariencia insignificante, me hizo prever sin embargo, a causa de las anomalías funcionales que lo acompañaban, el lamentable final que le llegaría fatalmente (diez años más tarde) al joven y, antaño, tan vigoroso y valiente escritor.»

La enfermedad parecía dormir; en realidad progresaba lentamente, sin prisa pero sin pausa. Cinco años más tarde he aquí el estado en el que se encontraba: «Hacia 1885, momento en el que estaba en pleno auge de salud física y moral, Guy de Maupassant padecía extrañas alucinaciones. Le he visto más de una vez, detenerse en mitad de una frase, los ojos fijos en el vacío, la frente

arrugada, como si escuchase ruidos misteriosos. Este estado no duraba más que algunos segundos, pero cuando retomaba la palabra, hablaba con voz más débil y espaciaba cuidadosamente las sílabas. Esto lo padeció bastante a menudo en el transcurso de varios años. Una vez le pregunté a que se debían esas interrupciones. Me respondió, sonriendo, que eran debidas a un poco de fatiga.

« Parecía entonces no reconocer su propia voz que le resonaba en los oídos como si fuese la de un extraño.

«—Aunque el diapasón de mi voz sea normal, decía, tengo la impresión de gritar tan fuerte que espero ver a todos mis interlocutores, llevarse las manos a las orejas. Al mismo tiempo, me parece que hago muecas horribles. Y cuando me callo mis oídos están dañados por un extraño zumbido que se diría emitido por varias voces humanas hablando a la vez en el fondo de una cueva.

« Pero esto no lo inquietaba más que a mí. Yo no comencé a darme cuenta de su importancia hasta después de su enfermedad y su muerte (señora X***, *Guy de Maupassant intime, Grande Revue*, 20 octubre de 1912)

Veamos otras dos declaraciones, donde es necesario probablemente considerar los estupefacientes que consumía para combatir las jaquecas:

1º «— ¿Sabe usted que fijando mucho tiempo la mirada sobre mi propia imagen reflejada en un espejo, creo en ocasiones perder la noción de mi mismo? En estos momentos todo se confunde en mi espíritu y encuentro desagradable ver esta cabeza que no reconozco. Entonces, me parece curioso ser quién soy, es decir alguien. Y siento que si ese estado durase un minuto más, me volvería completamente loco. Mi cerebro se liberaría poco a poco de pensamientos.» (señora X***, *Guy de Maupassant intime*)

Esta última sensación se intensificó cuatro años más tarde, en 1889, cuando escribió desde Étretat a su madre: «Recién llegado a Étretat, estoy afectado de jaqueca, de debilidad y de impaciencia nerviosa.... Tras escribir diez líneas ya no sé lo que hago: *mi pensamiento huye como el agua de una cisterna.*»

2º «—¿Usted jamás ha llegado, me preguntó una y otra vez, a encontrar gracioso su nombre en su propia boca?. A mí me sucede a menudo. Pronuncio mi nombre en voz alta, varias veces seguidas, después ya no comprendo nada — al fin deletreo cada sílaba comprendiendo menos. Entonces ya no sé nada, pierdo la memoria y permanezco, como alucinado, emitiendo unos sonidos en los que no pueden penetrar los sentidos» (señora X***, *Guy de Maupassant intime*)

Obviamente su enfermedad había evolucionado suavemente. Se había desarrollado en él excepcionalmente favorecida, además, por la vida anormal que llevaba: Fatiga física, sobreesfuerzo intelectual, abuso de excitantes artificiales para combatir las jaquecas — en definitiva, remedios peores que el mal a atajar.

— No he hecho más que entrever del célebre autor de *Boule de Suif*, lo que nos ha dicho el gran poeta Henry de Réguier, pero me da la impresión de un hombre que siente llegar su propia catástrofe. Todo en él parecía ser una advertencia continua, como esos ruidos inexplicable e imaginarios que resonaban en sus oídos y le seguían por todas partes. Se quejó de esa persecución auditiva en una carta que escribió con ocasión del envío que le había hecho de un librito de versos de José María Heredia.

Guy creyó obrar con prudencia, viajando sin descanso, paseándose a bordo de su *Loisette* primero y más tarde arriesgándose en grandes recorridos con su yate *Bel-Ami*, adquirido en 1886, — este *Bel-Ami*, con la ayuda del cual se proponía hacer escalas, al azar, en cualquier pequeño puerto español o argelino », donde la tranquilidad lo retendría.¹⁹ Continuaba haciendo gala de una

¹⁹ Carta a su compatriota Carolus D'Harrans, hermano del impresor L.M. Durand, al que tengo que agradecer aquí su participación en el hecho de que yo haya escrito este libro.

Agrego afectuosamente a su apellido, los del señor Langlet, profesor, promotor del monumento de Miromesnil; V. Lelong, arquitecto de ese elegante monumento; La señorita Geneviève Duhamet, la brillante escritora de *la Vie et la Mort d'Eugenie de Guérin*; el exquisito poeta y gran amigo de la Letras, Armand Godoy; el editor letrado H. Defontaine, de Rouen; el señor Eugene Confías de La Neuville Champ d'Oisel; y más en particular todavía, al señor Jean Ossola, hombre de

deplorable higiene — y el doctor M..., de la Academia de Medicina que tenía una consulta en Theoulé, no lejos del viaducto de la Rogne, en el que los arcos enmarcan a medida el esplendor del Mediterráneo, ¿no se lo ocultaba tiempo atrás, antes de que fuese demasiado tarde! «Este hombre, escribía de este sabio, Guy de Maupassant, es encantador y me conoce como si fuese su pariente más próximo.». Enviaba a su madre, en la misma carta, esto que sigue.— Elocuentes palabras:

«Anteayer, como no había podido ir a verle a su consulta, vino a mi casa.

«Me dijo: — «Vamos a conversar. Puesto que he tenido la suerte de encontrarle, lo que deseo hace tiempo, le voy a dar unos prudentes consejos, pues usted ha llevado una vida de trabajo que tumbaría a diez hombres corrientes. Hace tiempo que quería prevenirle. Usted ha publicado 27 volúmenes en 10 años; esta loca labor ha devorado su cuerpo. El cuerpo se venga hoy y lo inmoviliza en su actividad cerebral.

Es necesario un reposo muy largo y completo, señor. Le hablo como hablaría a mi hijo. Esto que usted me ha contado de sus proyectos no me parece nada aconsejable. ¿Qué pretende hacer usted?. Es necesario, en primer lugar, abandonar París... No vaya a Nice, es una ciudad enervante como ninguna otra; en verano el puerto es un infierno, el Mont-Boron también.»

«Le hablé de mi barco. El me dijo:

«—Lo conozco. Me parece muy bonito. Es un encantador juguete para un muchacho saludable que navega paseando a sus amigos, pero no es una habitación de reposo para un hombre fatigado de cuerpo y alma como usted.

«Los días hermosos se verá obligado a estar inmóvil bajo el tórrido sol sobre un puente ardiente, al lado de una vela deslumbrante — Y durante los otros días, no se puede estar bajo la lluvia en los pequeños puertos.

Estado; el eminente pintor Jacques-Emile Blanche; el sabio y noble escritor Octave Uzanne; el señor François Tassart y Bourdel padre, de la Librería Plon.

«Si fuese dos o tres veces más grande y confortable, como una vivienda, le diría: ¡Váyase! O si usted se encontrase en un país sin casas, al borde del mar y solo, le aconsejaría: «Sírvese todos los días de ese barco, pero no viva encima sin otro domicilio». Le recomendaría que estuviese muy aislado en un país muy saludable, no pensando en nada, no haciendo nada y sobre todo no ingiriendo ningún medicamento de ninguna clase. ¡Agua fría, nada más!»

«¡Ya ves!. En cuanto a mí, no se que hacer, de hecho dudo, pero voy a optar por ir al mar. Si esto no resulta iré a los Pirineos, que me han recomendado entusiastamente. Saldremos en unos días. En todo caso he hecho construir para el barco una tienda de campaña de gruesa lona cubriendo todo el puente, lo que me asegurará un cobijo, pequeño pero fresco sea cual sea el sol en los puertos. En el mar, si tenemos días muy calurosos, quedaré en el interior como en un pequeño salón azul donde podré dormir como en casa. En los pequeños puertos que me reciban, pasará ocho horas paseándome sobre todo por los de España; después haré una larga estancia en la costa de Provençe para mantenerme informado.»

Tan obstinado se mantuvo, que no siguió los consejos del doctor. Podría preguntarse si no sería porque sabía o presentía que serían inútiles — ver si no lo hace por desesperación... o por disgusto — y sus últimos actos conscientes no sean quizás para confirmar esta hipótesis. Todos los que lo han conocido han emitido serias dudas al respecto. Paul Bourget se preguntaba en *L'Echo de Paris* del 8 de marzo de 1893: «¿Habría en este dolor oculta otra causa que la enfermedad física, oscura y confusamente percibida? ¿Ha tenido, a lo largo de su vida, alguna gran prueba imposible de olvidar nunca?». Henry Fouquier, que había conocido bien sus inicios, escribía en octubre de 1897:

«Bastante tiempo antes de que su razón se nublase, las mujeres habían turbado su vida porque, habiendo comenzado por desearlas sin ternura, no supo más tarde amarlas como es debido. Ellas se vengaron terriblemente de este hombre que las había hecho sentir un tanto despreciadas»

Jean Lorrain, más explícito, escribía en la misma época (ya visto antes):

«*En la alta sociedad judía, Maupassant debió hallar la mujer, la caprichosa y la aburrida, en la que el feroz antojo, apresuró el desequilibrio del pobre gran escritor. Es a una cualquiera a quién la literatura debe la desaparición tan temprana y tan inesperada de Maupassant.*» Por último, Lucien Descaves, en *L'Echo de Paris*, del 24 de octubre de 1897, hacía una promesa: «...¡De este lado aún (la sociedad de las mujeres del mundo) que amargas, que decepciones, que burlas!...Algún día contaré una espantosa escena, finalizada con un martillazo, quizás decisiva, que una tunanta asestó sobre esta bella inteligencia ya vacilante... ¡Es de una crueldad salvaje, inusitada!...» Esta promesa del maestro no llegó a ser cumplida. Le pregunté en julio de 1925, si quería contarme la escena prometida, pues ya no podía perjudicar a nadie. Él me respondió: «recuerdo demasiado mal (¡después de 28 años!) la historia a la cual usted alude, para poder contarla con autoridad». Yo respetaba demasiado la persona y el talento del autor de *La Colonne* como para insistir. Pero los mismos términos de la respuesta confirman un hecho realmente acaecido.

Otros dos sucesos habrían de golpear a Maupassant y operar unas profundas transformaciones en el alma de este hombre más encerrado en sí mismo que ningún otro, que sabía mejor que nadie, a pesar de su gran sensibilidad, disimular sus impresiones más violentas bajo una máscara inmóvil o sonriendo, con una risa un tanto mecánica, que sus amigos y enemigos temían un poco.

El primero, en un bonito estudio, lucido y preciso como una obra medica, *sur la Maladie et la mort de M. Maupassant* (Arthur Herbert Ld, en Bruges), Louis Thomas dice que, en una entrevista que tuvo con Lombroso en 1905, éste último le dijo conocer dos médicos, el primero muerto y el otro vivo, en julio de 1905, el primero francés y el otro suizo, que habiendo ambos tratado a Maupassant, le habían declarado, al principio del tratamiento, que había tenido la sífilis. ¡Los testimonios de Albert Lombroso!... Sin empeñarnos a profundizar excesivamente, con los especialistas en sífilis y los psiquiatras, que no son unánimes en afirmar que las dos

afecciones tienen entre ellas una relación de causa efecto, nos remitimos a la tesis de Louis Thomas, admitiendo que se debe considerar la sífilis al menos como una de las causas más comunes de la parálisis general, nosotros consideramos la sífilis — de la que se ocupa el escritor a menudo (Ver, entre otras obras, *Les Soeurs Rondoli*, Cap. II)— como una de las causas de la locura de Maupassant. Y dejémoslo así.

Concentrémonos ahora sobre el destino de Hervé. También era presa de agitación, de hazañas físicas y deportivas. No remaba, pero durante su adolescencia, se dedicaba durante los domingos, en un almacén de un tratante de ganado, a luchar por placer, con las «ratas de la calle» de Fécamp, los hercúles del «Bour Menteux» que acostumbraban a descargar el carbón de los navíos. Con veinte años, cometió algunas locuras que inquietaron mucho a Guy y a su madre. Húsar en Saint-Germain, —donde Jean Lorrain le encontró— desafiaba, en las competiciones, a los jinetes que de espaldas parecían imponentes, — y batiéndose con la espada, multiplicaba los asaltos (Guy tomó de su hermano algunos trazos para el personaje de *Bel-Ami*). A Hervé le gustaba mucho la Botánica. Había incluso realizado un herbolario bastante importante. Más, tarde, — imitando a Alphonse Karr, se hizo jardinero en Saint-Raphael, — dirigía, en Ántibes, una explotación hortícola — que su glorioso hermano financiaba. Louis Thomas, en el libro anteriormente citado, establece que Hervé era, por lo menos, «tan nervioso como su madre», con una «predisposición». Ahora bien, siendo ya marido y padre, vivía aparentemente feliz entre sus flores. Tuvo un desvanecimiento con motivo de haber estado al sol durante varias horas. A partir de este hecho, intentó estrangular a su esposa que apenas tuvo tiempo de abrir la ventana para huir hacia el campo.

Los accesos no remitieron... y la señora de Maupassant consiguió que Hervé viajase a Paris para ser aconsejado por Guy. Con seguridad su hermano le encontraría fácilmente una casa de reposo.

Ahora bien, la médicos dijeron a la familia en secreto que había necesidad de encerrar al pobre desgraciado.

Guy, prevenido, fue a buscar al inquietante viajero a la estación de Lyon y lo invitó a almorzar. Hervé estaba muy alegre. Su hermano le propuso visitar enseguida la propiedad de uno de sus amigos «para ver si la residencia y la zona le gustaban».

Fue entonces cuando se produjo un hecho espantoso que pudo acelerar la evolución del mal de Guy de Maupassant. Maurice de Waleffe la ha contado con la sobriedad común a todos los dramas que la vida misma, desgraciadamente, se encarga de poner en escena.

«—¡Aproxímate a la ventana!. ¡Mira que horizonte tan bello tendrás!—le dijo él.

«Hervé se aproximó sin desconfianza, mientras que el medico hizo una señal a Guy para que se retirase sin hacer ruido hacia la salida. Cuando el enfermo se volvió y quiso seguirles, dos fornidos enfermeros aparecieron. Pero estos no pudieron impedir que pasase los brazos fuera de la puerta y aullar:

«—¡Ah! ¡Guy!... ¡Miserable! ¡Tú me haces encerrar!... ¡Eres tú el que está loco, ya me entiendes! ¡Tú eres el loco de la familia!...»

No hay que hacer grandes esfuerzos para imaginar la impresión que estos clamores pudieron hacer a Maupassant.

Carga hereditaria, exceso de placer, exceso de trabajo, abuso de anestésicos y de estupefacientes, sífilis, conmoción tras esta escena atroz con Hervé, al que amaba profundamente. — todo esto se mezcló.

¡Por estar abandonado a la naturaleza sin control ni reservas, por no haber creído más que en una verdad: la Vida, y por haber querido conocerla y vivirla plenamente, por haber despreciado todas las convenciones y todos los principios, los individuos, los políticos — a los que denominaba *servientes* ante Georges Lecomte— y la sociedad en conjunto, por haber negado la ciencia, *por haber visto demasiado claro*, por desgracia; por haberse negado a poblar el cielo con una divinidad que le diera el derecho de maldecir, como Vigny (que ya demente, olvidando sus negaciones, maldice a pesar de todo), por haber amado demasiado las mañanas claras, los bosques sombríos, el cielo estrellado, el reflejo plateado del mar, la buena y

ruda tierra, el lugar, como Vigny aun, de mantener una indiferencia total ante la belleza universal, — Maupassant, que había disfrutado magníficamente su juventud, se encontró solo, perdido, desesperado, ante la Vida inmensa y desordenada.

El vértigo debió invadirlo fatalmente.

Las sensaciones que se describen llegaron, sin perder su agudeza, a superponerse, a mezclarse y a confundirse. Lean ustedes *Sur L'Eau, Au Soleil, la Vie errante*, libros escritos en soledad, lejos de las ciudades donde las sensaciones reiteradas le extenuaban, de modo que venía a pedir otros cielos, otros escalofríos, nuevos pero menos agotadores, y verán que excepto algunas hermosas horas, Maupassant solo consiguió poner frente a sí sus cualidades de psicólogo despiadado, examinar, describir y caracterizar el mal que padecía, hasta hundirse en la obsesión de su análisis interior — obsesión que no debía cesar más que con su propia lucidez.

En 1852, Flaubert, después de leer *Louis Lambert* de Balzac, escribía pensando en Alfred Le Poittevin: «Es la historia de un hombre que se vuelve loco a fuerza de pensar en cosas intangibles... Este Lambert, me recuerda mucho a mi pobre Alfred.» En cuanto al diagnóstico médico, habría podido, cuarenta y un años más tarde, si hubiese estado vivo, aplicar a la nueva celebridad esto que había dicho del tío, muerto en el olvido. Partiendo del mismo punto, ambos habían desembocado, pasando por las mismas etapas, en la misma región siniestra y desolada.

Maupassant lucha primero, largo y tendido, después se cansa y se libra de los médicos para arriesgar, sin gran esperanza quizás, su última suerte. Marchó a Dionea, Champel, el 1 de enero de 1892, Cannes, Passy — y se acabó.

Procedamos por orden.

Con *Sur L'Eau*, escrito en su viaje por Agay, Anthéore, Saint-Raphael, Nápoles, este paraíso de olas azules y rocas rojas, Maupassant dijo adiós a todo lo que amó. Este libro es a la vez una confesión general y su testamento.

Durante mucho tiempo, heroicamente, seguía, a espaldas de todos, o casi, los progresos de su mal. Se sentía menguar. Preveía su

caída en la inconsciencia. ¡Y este hombre que se hundía, encontraba aún energía para reír (esa risa que, desde 1886, llegaba a ser fácilmente espasmódica) y trabajar!

En 1890 dijo a Hugues Le Roux:

— Temo tan poco a la muerte, que sería capaz de matarme por gastar una broma. Pienso en el suicidio con agradecimiento. Es una puerta abierta para la huida, el día donde verdaderamente uno ya está harto.

Un año más tarde, estando todavía en posesión de su razón, preguntó al doctor Frémy que le atendía:

—¿Usted no cree que yo me encamino a la locura?...Si fuese así, tendría que advertírmelo. Entre la locura y la muerte no hay duda: mi elección está tomada.

En noviembre del mismo año, acompañando a Henry Roujon, camino de Beaulieu, le dijo tristemente:

—No me queda mucho tiempo. No me gustaría sufrir...

José María de Heredia nos informa que, pocas semanas antes, había pronunciado estas palabras:

— Adiós — hasta luego — no, *adiós*. Mi resolución está tomada. No me arrastraré más tiempo. *No quiero sobrevivirme*.

El 5 de diciembre, tomaba sus últimas resoluciones y escribía a su abogado: «Estoy muy enfermo, tanto que podría estar muerto dentro de algunos días.» El 27 de diciembre, añade: «Voy de mal en peor, no pudiendo comer, la cabeza se me va... Me estoy muriendo. Creo que estaré muerto dentro de dos días.»— y le envió su testamento, después un codicilo, — luego cambió de opinión y quiso que sus últimas disposiciones quedasen en manos del notario de Cannes que tenía en depósito todos los documentos de la familia relativos a la sucesión. Pidió a su abogado que se pusiese de acuerdo con el notario. Su carta termina de este modo: «*Esto es una despedida*. — GUY DE MAUPASSANT».

Se aproxima el drama espantoso que se preparaba entonces en el alma de este genial hombre, que había llegado casi a odiar sus dones, a maldecir *la extraña y temible facultad* y, según expresión de Gabriel Clouzet (¡muerto tan joven!) «a soñar con un retorno a la

animalidad donde se le juzgue sin sufrir». Había proclamado esto último en este formidable párrafo de *Sur L'Eau*: «... Mientras mi espíritu inquieto y atormentado, hipertrofiado por el trabajo, vuela hacia ilusiones que no corresponden a nuestra estirpe, y, después de comprobar su inanidad, vuelve a caer en el desprecio de todo, mi cuerpo de bestezuela se emborracha con todas las embriagueces de la vida. Amo el cielo como si fuese un pájaro, los bosques como un lobo que sale de merodeo, las rocas igual que una cabra montés, los grandes prados de hierba para revolcarme en ella y correr como un caballo, y el agua clara para nadar como un pez. Siento que dentro de mí se agita un algo de todas las especies animales, de todos los instintos, de todos los deseos confusos de las criaturas inferiores. Amo la tierra a la manera de ella, y no como vosotros, los hombres; la amo sin admirarla, sin poetizarla, sin exaltarme. Amo, con amor hondo y bestial, despreciable y santo, todo lo que vive, todo lo que crece, todo lo que se ve, porque todo eso, que no conmueve mi espíritu, enturbia mis ojos y conmueve mi corazón, todo: los días, las noches, los ríos, los mares, las tormentas, los bosques, las auroras, la mirada y la carne de las mujeres. (*Sur L'Eau*, Albin Michel, ed.)

Todo esto recuerda a los últimos días del tío de Guy, a la agonía de Alfred Le Poittevin contada por Gustave Flaubert, — Alfred Le Poittevin que había escrito en *Une promenade de Bérial*: «Estará el alegre pájaro, saludando, en los pinos, al sol naciente.» y que, desfalleciente en su cama de moribundo, balbucía, viendo el sol entrar por la ventana abierta en la habitación:

—¡Cerradla... Es demasiado hermoso... es demasiado hermoso!

Uno de las más brutales advertencias que Guy recibió fue un acceso de introspección donde algunos espíritus superficiales han querido ver el origen del *Horla*. Esta alucinación fue descrita por el doctor Paul Sollier.

Una tarde, «encontrándose ante su mesa de trabajo, en su despacho, donde su mayordomo tenía orden de no entrar nunca mientras escribía, le pareció oír la puerta abrirse. Se volvió y quedó mudo de sorpresa al ver entrar a su propia persona que vino a sentarse ante él, la cabeza apoyada en la mano, dictándole todo lo

que él escribía. Cuando hubo acabado se levantó y la alucinación desapareció.»

Maupassant se defendía con un coraje sobrehumano contra su mal. En 1890, publicó todavía tres volúmenes y no cesó de escribir hasta 1891, entonces, refugiado en Cannes, cerca de su madre (que vivía en Nice hacía tiempo), lo intentó todo — a veces incluso se desesperaba. Después viendo que se hundía, que no podía casi trabajar, no se dedicó a otra cosa que a su enfermedad, leyendo numerosos tratados de medicina, consultando a varios doctores y viajando a pesar de las prescripciones de éstos.

Un único viaje tuvo un motivo justificado: Fue a Rouen para asistir a la inauguración del monumento erigido en honor de su maestro Flaubert. Su deterioro físico asombró a todo el mundo. Se veía «un Maupassant delgado, tiritando, con la cara menguada.» , hasta tal punto que era difícil reconocerlo, inclusive Edmond Goncourt quedó conmocionado «por la tez enrojecida, con un aspecto muy *marcado*, que su persona había adquirido» y «de la fijación enfermiza de su mirada»

Se le vio en los Cébense, en Arles, en Luchon, donde la cura no resultaba.

Finalmente, en junio de 1891, decidió hacer una terapia en Divonneles-Bains. Tenía un acceso de optimismo tan característico como desquiciante. Realizaba excursiones e iba dos veces por día, por el camino, a tomar su ducha. Engordó un poco. Parecía encontrarse mejor.

Paseando en triciclo, visitó el castillo de Voltaire en Ferney; fue a Prégny a visitar a la baronesa de R... que no se encontraba en su domicilio. Hizo el trayecto bajo un sol radiante. Tuvo un mareo, cayó de la maquina y se dislocó dos costillas. Se trataba de una especie de insolación. Era una repetición del accidente de Hervé.

Se sobrepuso. François, que, con una devoción afectuosa presentía (¡después de haber esperado un poco, el también!) la catástrofe, recuerda que en el momento en que el estado de su señor mejoraba, de nuevo una desgracia añadida surgía. Esta «desgracia», la narra así:

«El día 15, a las nueve de la mañana, un carruaje estaba ante la verja del jardín. Descendió una dama. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Mis presentimientos hechos realidad! Ella explicó que un viaje a Suiza era a lo que debíamos el honor de su visita.

«Seis días más tarde, un coche estaba de nuevo en la puerta para llevar a la visitante, pero cual no sería mi conmoción cuando vi al caballo ¡caerse como un fardo! Este accidente podía demorar la marcha de la desconocida, y esto no era lo que, bajo ningún concepto, convenía a mi señor. Finalmente el animal se recuperó y pudo llevar a Genève a la visitante.

«Continuaba esforzándose por recuperarse, prosigue François, por devolver la paz, la tranquilidad, al escritor agotado para que pudiese darnos nuevas obras maestras.»

El 23 de agosto se produjo una distensión en el estado general de Maupassant.

Dos apuntes importantes deben ser hechos aquí. François Tassart (es la primera reseña) señala como una desgracia le llegó inopinadamente de esta viajera. Es un hecho de importancia capital — pues la lectura de sus apasionantes *Souvenir sur Guy de Maupassant*, lo muestra como un hombre discreto, ponderado, benevolente y dócil a todos los caprichos de su señor por el que tuvo siempre una admiración profunda y una abnegación ejemplar. (Un dicho popular dice asegura que no hay señor bueno para su mayordomo). El señor François Tassart es la viva refutación de este proverbio. ¡Y bien! Entre todas las amantes de su señor, François solamente mostró rechazo hacia esta bella dama. Y su habitual discreción, ante su indignación y desesperación, se verá alterada bruscamente con esta persona.

Esto no data de la época de Divonne. En los *Souvenirs* de ese excelente mayordomo, esta dama aparece claramente por primera vez, el 18 de mayo de 1890. Guy venía de instalarse en la calle Boccador, en un apartamento de cinco habitaciones donde, «dejando abiertas en fila todas las puertas, se podía hacer una caminata de veintidós metros en línea recta. «Es ideal (escribe François) para al que le gusta caminar mientras trabaja.»

El 18 de mayo pues, François anota: «Después de algunos días, ya instalados en el apartamento de mi señor, aquí, cerca, en el bajo de nuestra misma calle, y a mi pesar, recibió a una mujer. ¡He aquí por lo que las cortinas de su habitación estaban tan cerradas! ¡Esto es singular! Yo apenas conocía a esta mujer; cuando entró, pronunció solamente el nombre del señor de Maupassant y, sin mirarme, como una autómatas, entró en el salón. Ni ese día, ni a los días siguientes, el señor no me comentó palabra alguna de la visita a la casa de esta desconocida.»

A finales de junio, mientras los médicos se ocupaban ya en profundidad del autor de *Notre Coeur* (que acababa de aparecer con un gran éxito), François apuntaba todavía: «La dama desconocida ha regresado varias veces. Su actitud no ha variado; entra y sale siempre igual. No es una fulana. Aunque va demasiado perfumada, no tiene nada de las profesionales. No pertenece a esta sociedad del mundo distinguido que mi señor frecuentaba; es una burguesa de lo más elegante; es del tipo de esas grandes damas que han sido educadas bien en Oiseaux, bien en el Sacré.Coeur. Mantiene las buenas y rígidas formas. No creo equivocarme; conozco la impronta de esas casas.

«No le he hablado mucho, pero intuyo muy bien por quién ha sido modelada esta inteligencia que no quiere descubrirse pero que es de una amplitud considerable.

«Es de una belleza notable y luce con suma elegancia sus trajes de confección, siempre gris perla o gris ceniza, ajustados a la cintura por un cinturón de hilos de oro auténtico. Sus sombreros son sencillos y siempre combinados con el vestido; sobre su brazo, lleva un pequeño guante siempre que el tiempo sea dudoso o llueva...»

«La dama de gris» reaparece en noviembre. Maupassant regresó de Cannes y de Lyon. François escribe sin tapujos: «Nos hemos vuelto a instalar en la calle Boccador. La dama del vestido gris perla y de la cintura dorada, ha venido. El señor no ha dormido más que tres horas esta mañana, después de haber agotado todos los medios a nuestro alcance. Mientras los medicamentos hacían su efecto, me senté contra la pared al lado de la ventana y allí, la cabeza

apoyada sobre el gran cortinaje, conté los cuartos, las medias y las horas que sonaban tan bien en el pequeño reloj de péndulo de viaje...

»

El 15 de agosto de 1891, la dama de gris estuvo en Divonne, marchándose el 21 — para gran alivio de François.

Pero François (esta es la segunda reseña) no habla, en sus *Souvenirs*, de la presencia de su señor en Champel-les-Bains, donde, como es lógico, él lo acompañaba. Es probable que este buen servidor, acostumbrado a vivir con Maupassant y por otra parte haciendo un sobreesfuerzo para no interrumpir sus quehaceres a pesar de su gran cansancio, perfectamente comprensible, no haya visto ni oído nada. Parece algo evidente cuando se sabe que Guy, durante las tres jornadas que permaneció en esta estación termal, acompañó gran parte del tiempo a Auguste Dorchain y a su adorable esposa.

Un día, Taine había aconsejado Champel-les-Bains a Maupassant, pero fue el doctor Cazalis — alias el noble poeta Jean Lahor — quién le animó a acudir al establecimiento termal donde Auguste Dorchain iba a tomar «las aguas heladas del Arve y el aire vivificante de las alturas, para curarse de una dolencia nerviosa» de la que, una fotografía del autor del *Art des Vers*, tomada en esa época, testimoniaba la gravedad de la misma.

Jean Lahor, o más bien el doctor Cazalis, tomó aparte a Dorchain y le confesó:

— Le he recomendado este lugar para hacerle creer que no tenía, como usted, más que un poco de neurastenia y para que usted le dijese que el tratamiento le ha aliviado y fortificado mucho. ¡Por desgracia! Su mal no es el suyo y no tardará usted en percatarse.

Maupassant conocía a Dorchain desde 1881, época en la cual este último le había enviado la *Jeunesse Pensive*, tras lo que el autor *Des Vers*, se lo había agradecido con una halagadora carta. Llegando a Champel con el doctor Cazalis, llevaba una cartera llena de papeles. Abrió la cartera ante Dorchain y su esposa, y les dijo:

— Aquí están las cincuenta primeras páginas de mi novela *L'Angelus*. Después de un año, no he podido escribir ninguna otra cosa. ¡*Si dentro de tres meses el libro no está acabado, me mato!*

La entrevista, comenzada de este modo, habría de durar tres días, ¡prácticamente sin interrupciones!

Auguste Dorchain, — maestro del que tengo el honor de ser amigo desde hace veinticinco años, — ha aportado algunas luces sobre estas jornadas en un emotivo artículo que fue publicado por *Les Annales*, el 3 de junio de 1900, pero ha querido precisar para mí esos recuerdos sin las cortapisas a las que le obligaba el público de la bella revista que dirigía por entonces Adolphe Brisson.

—Fueron para mí, me dijo él, tres días terribles, pues dada la dolencia nerviosa que iba a curar allí y que me agravaba cada día un nuevo insomnio, me agotaba, tanto física como moralmente, la incesante volubilidad de Maupassant, que no se separaba de nosotros durante toda la jornada.

«Sin embargo nos dejó una vez durante algunas horas para ir a Genève y, de regreso, confidencialmente, al oído, me susurró:

«— ¡Una jovencita! ¡He estado brillante. Estoy curado!

«Desgraciadamente, otra de la que, probablemente, se jactaba, ya que su estado de alineación mental no podía ofrecer ninguna duda, como verá usted»

Yo tomé la palabra un instante para indicarle que no era imposible que Maupassant hubiese dicho la verdad. Nada prueba, pero tampoco contradice que esta ausencia de Champel no fuese debido a la presencia, en Genève, de «la dama de gris» que François nos muestra siempre como muy capaz de haber preparado esta cita, siendo esta hipótesis mejor que cualquier otra.²⁰

Escuchemos al exquisito poeta de *Conte d'Avril*:

²⁰ Es de suponer que esta cuestión jamás será dilucidada. En el momento de corregir las galeras de este libro, recibí una carta de François Tassart al respecto. Leo: «... ¿Una mujer que el señor habría visitado en Genève? No tengo conocimiento de ello. Esto me extraña, porque yo no me separé de mi señor durante los tres días que pasamos en Champe. La única persona que vimos en Genève fue al doctor Cazalis. »

— Por ejemplo, Maupassant se jactaba de haber recibido en Genève (¡durante esas horas de ausencia que habrían sido realmente bien empleadas!) una suntuosa acogida de M. de Rothschild... Mostrándonos su paraguas nos decía:

«—Esta tela extraordinaria del paraguas no se vende mas que en una tienda especializada del Faubourg-Saint-Honoré (nos dio la dirección), donde he comprado más de cincuenta *para los allegados de la Princesa Mathilde*»

«Y al día siguiente, enseñando su bastón:

«— Con este bastón, me he defendido, un día, contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás. »

«En la mesa del restaurante, interpelaba a los camareros con una voz atronadora, pedía las cosas más extravagantes e invariablemente con énfasis.

«Si para venir a Champel, decía, había dejado Divonne, es porque había sido víctima de un desbordamiento del lago, que tenía anegada su villa, justo a la altura del primer piso— y también porque el doctor que dirigía la hidroterapia de esta estación, se había negado a administrarle la *ducha de Charcot*, ésta « en la que el chorro tumbaba un buey » y que solamente podían soportar los hombres más vigorosos, entre los que él se encontraba.

«Y solicitó, en efecto, a nuestro médico de Champel—que comprendió enseguida el estado del espíritu de la enfermedad, y rehusó, un pretexto para dejar la región en la que él ¡no se encontraba mejor comprendido que otros!.

«No se trataba de retener, como usted piensa, a este extraño enfermo. — Para mí, su partida fue un alivio, un descanso, pues no podía más, le repito, soportar físicamente esto que, moralmente, me era de tan doloroso interés: esa verborrea continua y sin sentido. En una ocasión, era un viejo artículo suyo sobre un viaje en globo, que nos recitaba palabra por palabra. Otra vez estaba en su habitación, a donde nos había conducido, para mostrarnos la serie de frascos en medio de los que «se divertía con la sinfonía de los perfumes», o nos proporcionaba unas disquisiciones líricas sobre las delicias del éter:

«—El cuerpo siente aligerarse, disolverse. No es más que un alma... se sube...»

«Todo esto era difícil de soportar.

«Y en medio de todo ello, una noche, el maravilloso regreso, durante dos horas, al estado normal, al perfecto equilibrio, a la plena consciencia, mientras que nos leía el comienzo de *l'Angelus* y contándonos, con una emoción de una intensidad y de una nobleza extraordinaria, la continuación y el final, tales que yo las he resumido en el artículo de los *Annales*, solo las huellas que, pienso, quedaron.

«He aquí, mi querido amigo, todo lo que puedo recordar de Maupassant, al que no volví a ver jamás. No nos escribimos más, pero sé que habló de mí en sus cartas de esa época.

«François estaba allí. Cuando tenía alguna cosa que pagar, Maupassant tendía, sin mirar ni contar, su billetera, abarrotada, hinchada, desbordante de billetes de banco, a ese fiel sirviente, — que parecía ser el confidente de su señor.»

Tras cientos de detalles, la conversación derivó hacia la dama de gris. «El 18 de septiembre, Maupassant estaba de regreso en la calle Boccador, donde se encuentra su apartamento y sobre todo su cama, donde no puede hallar ninguna otra parecida, con verdadero placer. El 19, parece feliz. El doctor G... de la Academia de Medicina, lo encontró bien. Estaba acostado de acuerdo con lo que el tratamiento de Divonne prescribía.

«—Por lo demás, añadió, todo estaba bien. »

Es perfecto. Sí, pero el 20 hacia las dos de la tarde...

Cedo la palabra a François:

«... El timbre eléctrico, del que las pilas no habían sido reemplazadas tras varios meses, sonó de un modo quejumbroso. Fui a abrir y me encontré de cara a esta mujer que tanto daño hizo a mi señor. Como siempre, pasó, rígida, y entró en el salón sin que su rostro, que parecía de mármol, hiciese el menor movimiento... Yo me retiré a mi habitación: un sentimiento de tristeza, mezclada con un poco de cólera, me embargó» ¿No debería echarle en cara el hecho a

esta visita nefasta, *reprocharle el crimen que estaba cometiendo a conciencia*, — y ponerla en la calle sin ceremonia?...

Pero, dado que mi señor quería recibirla, yo no podía hacer otra cosa que inclinarme...Ahora puedo decir *cuanto me arrepiento de no haber tenido entonces el valor de ceder a estos impulsos de alejar a ese VAMPIRO! Mi señor viviría todavía...*

«De noche, parece agobiado y no dice palabra de esta visita.»

Las desgracias se multiplican. El 19 de octubre, François podría «casi decir que ha perdido toda la mejoría que le había procurado su terapia de Divonne.» Consultas de doctores. Entrando en el dormitorio, el fiel servidor vio el informe del análisis de orina de su señor puesto bajo la obra maestra de Rodin que adornaba la chimenea: «Esta quimera de rostro cruel, los ojos de fiera, que se llevaba al desgraciado a una veloz vertiginosa.»

Durante la cena, Guy confiesa a Tassart que no augura nada bueno para su salud en el futuro, tras la reunión de los médicos, que Paris le resulta nefasto, que hay que partir para Cannes, suprimir todos los olores «que tanto mal le han hecho» del cuarto de baño, que tiene necesidad de un largo reposo... «*y sobre todo de no ver mas a la dama de mármol que le ha hecho tanto daño* »...

Lanzado, no se detiene.

«... He aquí, escribe François, que mi pobre señor se confió a mí abiertamente. Me hizo una especie de confesión. En el primer momento, me inspiró tanta piedad, que tenía una gran pena, y el valor me faltaba para hacerla menos evidente. Debo sin embargo confesar que, durante el mes que venía desintegrándose, yo había abandonado con frecuencia, mi rol de sirviente permitiéndome dar algunos consejos también a menudo, siempre que la ocasión se presentase. En ocasiones mis alusiones iban un poco lejos. Mi señor, habiendo comprendido el sentido de las mismas, no respondía. Esa noche, allí, sin duda, su corazón estaba demasiado lleno; había dejado fluir las palabras que eran una confidencia en una contestación que parecía dar la razón a las numerosas recomendaciones que yo le hacía discretamente después de tanto tiempo. La simple sagacidad me sugería recordarle que la mejor

ciencia para vivir es saber apartar del camino todo lo que pudiese hacerle tropezar, y velar por su salud, el mas grande de todos los bienes.»

En la costa de Azur, en noviembre, Maupassant estaba mejorando aunque se quejaba de dolores generalizados. Trabajaba lenta pero obstinadamente en *L'Angelus*. Tenía un buen aspecto, el rostro sereno; había engordado. Comía —*encontrando en ocasiones la comida demasiada salada*— regular y satisfactoriamente. Al doctor Gimber que habitualmente lo atendía, se le veía raramente. El doctor Georges Darember, amigo del escritor, estaba viviendo en Cannes durante el invierno y velaba afectuosamente por su salud. Todo estaba bien, pero el sueño seguía sin llegar hasta tres horas antes del amanecer.

Dos o tres veces por semana, Guy iba a almorzar a Nice, a casa de su anciana madre. Paseaba. Vivía en paz.

François no habla, en sus *Souvenirs*, de la noche del 24 al 25 de diciembre. Tal vez fuese una manifestación de su prudencia acostumbrada — y del suceso no dice nada que se sepa. ¡Pero Laure de Maupassant (Lumbroso, *Souvenir sur Maupassant*, pag. 118-119) habla! Guy le había, con anterioridad, prometido que iría a cenar con ella el día de nochebuena en la villa de los Ravenelles.

«De pronto, dijo la señora de Maupassant, la víspera de Navidad, llegó un telegrama; cambio de programa: «*Obligado a pasar la nochebuena en las Islas Sainte-Marguerite con las señoras X..., pero iré a despedir el año y pasar el día de año nuevo contigo.*». ¿Qué sucedió? Todavía me lo estoy preguntando. Lo que hay de cierto es que después de esta maldita cena de nochebuena, al día siguiente, en el primer tren, estas mujeres del mejor de los mundos, dos hermanas, la una casada y la otra viuda, regresaron a París sin decir por qué. Aunque intenté dar con su paradero, ellas no dieron jamás señales de vida..., ni incluso una nota después de la catástrofe... La muerte misma no parece haberlas desarmado.»

Leamos a Louis Thomas, con su elocuente frialdad:

«Esta mujer era la heroína de *Notre Coeur*, la señora ***, de origen judío y que, con un cierto sentido práctico y un perfecto olvido de las conveniencias, ignora en adelante al loco: los recuerdos no existen para las personas de sentidos duros.»

Estas son dos precisiones. Se trata de un nuevo misterio. Interrogado directamente por mí, y con el mayor esmero posible a fin de intentar hacerlo salir de su loable reserva, François Tassart, del que aprecio mucho su buen carácter, me respondió claramente el 25 de octubre de 1925:

«En cuanto a la leyenda de este paseo nocturno por mar con dos damas, es absolutamente falso..., como casi todas las leyendas que circulan»

Si Lumbroso falta al orden y a la claridad, Louis Thomas tiene un espíritu preciso. ¿Con que objetivo la venerable madre del gran escritor habría creado esta nueva leyenda?

El día de Navidad, Maupassant se atreve a salir a la mar. El 26, al principio de un paseo por el camino de Gras, dio bruscamente la media vuelta, regresando, llamando con impaciencia a François para confiarle que había visto en el camino una sombra, un fantasma. El 27, tose almorzando y divaga un corto instante. Sus piernas le obedecen mal. Todo va a peor casi normalmente hasta el 31 de diciembre.

Ese día, el gran escritor reconoce haber dormido mejor que de costumbre. A las doce y media, apenas en la mesa, tiene la jaqueca y se retira a su habitación. Se encuentra mejor hacia las tres.

El 1 de enero de 1892, Maupassant se levantó a las siete. Debía tomar el tren de las nueve para ir a casa de su madre, en Nice. «Sintió que tenía dificultades para afeitarse». Le dijo a François que tenía una niebla ante los ojos y que no estaba en disposición de salir. Su devoto servidor fue en su ayuda. Le sirvió dos huevos y una taza de té. Pareció disiparse la molestia. Un claro sol iluminaba la habitación.

Llegó el correo. Maupassant leyó algunas cartas.

— Los mismos buenos deseos de siempre, dijo.

Después llegaron los marineros del *Bel-Ami*. El escritor descendió para recibirlos. Fueron saludados con absoluta sinceridad.

A las diez, Guy preguntó a François si estaba listo para partir para Nice. Añadió:

— Si no vamos, mi madre creerá que estoy enfermo.

Más tarde, en el vagón, el escritor admiraba por la ventana, el Mediterráneo, muy azul bajo el cielo puro y refrescado por un viento del Este. Indicó que ese tiempo era extraordinario para «dar un paseo por mar» Se absorbió en la contemplación del paisaje después de pedir a sus compañeros de viaje que le avisaran si leían alguna noticia que pudiera ser de su interés.

En la villa de los Ravenelles (calle de France, 140 en Nice), almorzó con Laure de Maupassant, su cuñada, su sobrina y su tía señora d'Harnois (¡Que recuerdos de Bornambuse y de la vieja Josephé!) a la que tenía un afecto particular y le había consolado de todas sus penas.

La comida se desarrolló perfectamente, si se cree a la señora de Maupassant, que solamente comentó que Guy la abrazaba «con una efusión extraordinaria».

Se charló mucho. Nada anormal se produjo. Solo, la madre, observó en su hijo «una cierta exaltación».

El doctor Balestre pretende, al contrario, que, durante esta comida, Maupassant divagaba. «Contaba que había sido advertido por *una píldora* de un suceso que le interesaba. Ante el desconcierto del auditorio, él se dominó; a partir de ese momento, estuvo triste y la comida discurrió en un preocupado silencio.»

Otra versión totalmente discordante se produce entre el relato de la señora de Maupassant (Cf. Lumbroso, pag.119) y el de François (*Souvenirs sur Guy de Maupassant*, pag. 295). Laure de Maupassant precisa:

«No fue hasta más tarde, en la mesa, *en mitad de la cena, cara a cara*, cuando me di cuenta de que divagaba. A pesar de mis suplicas, mis lágrimas, en lugar de quedarse, quería partir para Cannes enseguida... Encerrada, clavada aquí por la enfermedad:

«— ¡No te vayas, hijo mío!, le grité. ¡En vano!!

«Me abracé a él, le supliqué, aferraba en sus rodillas mi vejez impotente. Él continuaba con su obstinada visión. Y lo vi perderse en la noche, exaltado, loco, divagando, yendo no sé a donde, mi pobre hijo. »

De todo lo anterior François no dice ni una palabra. Admitamos que haya ignorado esta lamentable escena. No obstante, escribe:

«A *las cuatro*, (¿antes de cenar pues?), el coche vino a recogernos; llegando a la estación, compramos una caja de uvas blancas para proseguir con la dieta habitual. En el Chalet, el señor de Maupassant cambió de indumentaria, puso una camisa de seda para estar más cómodo, *después cenó como siempre* ... Cerca de las diez, caminó de un extremo al otro del salón y del comedor; de vez en cuando, seguía hasta la cocina donde la puerta había quedado abierta. No nos dirigía apenas la palabra, ni a Raymond (segundo marinero del *Bel-Ami*) ni a mí.»

Es perfectamente plausible que François no hubiera asistido a la escena narrada por la señora de Maupassant. Se concibe menos que afirme que su señor partió de Nice a las cuatro, mientras que la madre del escritor afirma haber cenado con él cara a cara. Me parece probable que esta circunstancia, como en cualquier otra, — la estancia en Chample, por ejemplo, — él ha querido ser discreto por respeto a la distinguida madre de su señor que añorará siempre. Pasando página, llegamos a los trágicos instantes de esta primera noche del año 1892.

« ... Cuando le llevaba una taza de camomila a su habitación, el señor se quejó de dolores en la espalda. Los tenía en la región lumbar. Le apliqué una serie de ventosas y, la cabo de una hora, el dolor remitió. A las once y media, se acostó. Sentado en mi silla, en la habitación vecina, esperaba que se durmiese. Después de haber tomado su taza de tisana, comió unas uvas y cerró los ojos. En ese estado permaneció minuto y medio. Me retiré a mi habitación dejando la puerta abierta.

« Un momento después, el timbre de la puerta de jardín, sonó. *Era un repartidor de telegramas*. Entré y eche un vistazo a la habitación de mi señor para ver si dormía y si era posible darle esta

carta — que venía de un país de Oriente, me había dicho el cartero. Pero el señor descansaba profundamente, la boca ligeramente entreabierta. Volví a acostarme.

«Eran las dos menos cuarto aproximadamente, cuando me pareció oír un ruido. Corrí hacia la pequeña habitación que linda con la escalera. Encontré al señor de Maupassant de pie, la garganta abierta. Enseguida me dijo:

«— Vea, François, lo que he hecho. Me he cortado la garganta... Esto es un caso absoluto de locura...

«Llamé rápidamente a Raymond. Echamos a mi señor sobre la cama de la habitación vecina. Hice una venda sencilla en la herida. El doctor de Valcourt, avisado urgentemente, vino en nuestra ayuda. A pesar de mi emoción, tenía una lámpara, mientras que el doctor practicaba con pericia las suturas necesarias, ayudado por Raymond que se afanaba en su tarea sin rechistar y con destreza. La operación resultó perfectamente. Mi pobre señor estaba absolutamente calmado. No pronunció ni una sola palabra en presencia del doctor.

«Cuando el médico hubo partido, nos presentó sus excusas por haber hecho «semejante cosa» y por causarnos tantas molestias. Nos dio la mano a Raymond y a mí. Quería pedirnos perdón por lo que había hecho: Era plenamente consciente de su desgracia. Sus grandes ojos abiertos se fijaban en nosotros como pidiéndonos algunas palabras de consuelo, de esperanza, si era posible.

«¿De donde nos viene, en momentos así (momentos tan penosos que parece que no podremos revivirlos de nuevo sin que nuestra razón zozobre), la desconocida fuerza que nos impulsa a luchar contra la evidencia misma?. Yo continuaba, lo mejor que podía, consolando al herido con todas las palabras más suaves que podía encontrar. Veinte veces se las repetía y ellas le hacían un bien a mi pobre señor que se aferraba desesperadamente a una imposible esperanza. Por fin, su cabeza se inclinó, sus ojos se cerraron y se durmió.

«Raymond, apoyado al pie de la cama, estaba asolado, sin aliento. Había dado todo de lo que era capaz, tenía una palidez espantosa. Le aconsejé que se tomara un poco de ron, lo cual hizo, y

entonces de su pecho de coloso salieron unos sollozos que parecía que iba a estallar.

«Ambos velamos al señor. Yo no me moví, pues él tenía una mano apoyada en uno de mis brazos. Temíamos tanto despertarlo que no hablamos absolutamente nada.»

Es imposible cuestionar la sinceridad y la exactitud perfecta de esta relación. François sabe contar, y hacer ver lo que él ha visto. Pero para constatar, una vez más, cuantas leyendas e inexactitudes nacen fácilmente, he aquí una relación del mismo suceso, en la que el autor es sin embargo un hombre de conciencia y de gran talento.

En sus recuerdos de juventud, André Maurel aporta esta versión que dice haber oído de labios de Paul Bourget (¿!), el cual a su vez, la había recogido de (¡fíjense bien!) François. Sí, sí...Hemos oído François — yo reitero que considero su relato como el único verídico, porque emana de un testigo directo, seguro, y que no ha sido transformado pasando de boca en boca. Leamos:

«Estando en Cannes, Maupassant se quejaba de ligeros dolores y no podía trabajar. Fue a consultar con su médico y éste le recetó:

«— Tome podofilia²¹.»

Algunos días después, se quejaba de que el dolor era mayor:

«— Será preciso, le dijo el médico, probar otra cosa. La podofilia no le conviene; el podofilo es su enemigo.»

«Entrando en su casa:

«—Tengo un enemigo, dijo Maupassant a su mayordomo. Se llama Podofilia. ¡Escúcheme bien! Yo no quiero ver más a Podofilia. Si Podofilia se presentara, échela fuera!...»

«Varios días seguidos, Maupassant no habla más que de su enemigo Podofilia que le persigue. Amenazaba con matarlo si lo encontraba en su camino.

«Advertido, el medico aconsejó no dejar armas de fuego a su alcance o retirar las balas de su revolver.

²¹ La podofilia hoy está indicada en el tratamiento tópico de tumores epiteliales benignos como fibrosis y papilomas. Se utiliza además para el tratamiento tópico del condiloma acuminado, verrugas genitales y perianales. (N. del T.)

«Algunos días después, François, oyendo un disparo, se precipitó al lugar de donde procedía, encontrando a Maupassant presa de la más viva exaltación:

«— ¡Soy invulnerable! ¡Acabo de pegarme un tiro en la sien y estoy indemne!. Usted no me cree. ¡Tome, mire!»

«Y Maupassant apoyó todavía sobre su sien el revolver y apretó el gatillo.

«—¿Cree usted ahora que soy invulnerable?. ¡Nadie me hará nada!. Podré cortarme la garganta que mi sangre no correrá...»

«François no había podido intervenir, Maupassant se había cortado la garganta »²²

En su interesante obra *En regardant passer la Vie*, el autor de *Amitié amoureuse* (la señora H. Lecomte du Nouy) y Henry Amic ofrecen una versión no diferente de la de François, a excepción de algunos detalles secundarios, mientras que la de André Maurel, cuyo talento no vamos a cuestionar aquí, se aleja bastante.

Volvamos a la narración de François. Maupassant se despertó a las ocho. Bernard (el primer marinero del *Bel-Ami*) llegó. «Quedó sorprendido al ver a nuestro enfermo; éste, ahora, había palidecido de una manera extraordinaria.» Guy no tenía fiebre. No hablaba. Aceptó una taza de leche... Al mediodía, estaba postrado, «indiferente a todo». Su calma era más preocupante.

Ahora bien, el comunicado llegado por la noche y «que venía de un país de Oriente», según dijo el cartero, había quedado abierto sobre una mesa. François vuelve de nuevo con insistencia. «Llevaba como firma, escribe él, el nombre de la mujer nefasta. Mi señor la había abierto y leído sin comprender nada. Pero, a mí, esa firma me había hecho estremecer. ¿Hay que creer en la fatalidad, en un juego natural de circunstancias o en una secreta acción de fuerzas hostiles? Porque los buenos deseos de *la enemiga más implacable de la*

²² Una gran publicidad fue dada a esta versión apócrifa por el erudito y curioso letrado Léon Treich en *Candide* (22 de julio de 1925)

*existencia de mi señor*²³ llegaban en el preciso momento en que su inteligencia estaba amenazada?»

Durante los dos días siguientes, Maupassant se quedó en nada. El segundo día, a las ocho de la noche, se levantó para decir con una animación febril:

—François, ¿está listo? La guerra ha sido declarada.

Tassart, habiéndole respondido que no debían partir hasta el día siguiente, lo llena de indignación:

—¡Como! ¿No querrá usted demorar nuestra marcha cuando es de máxima urgencia actuar rápido? En fin, siempre convinimos que, para la venganza, marcharíamos juntos. ¡Usted sabe bien que nosotros lo acordamos y lo haremos!

(En efecto, había sido decidido entre ambos hombres que, en caso de guerra con Alemania, irían juntos a la frontera.) Maupassant se irritaba. Consiguen calmarle.

Al día siguiente, llegó el enfermero enviado por el doctor Blanche.

El 6 de enero, instalado en un coche-cama, enganchado al rápido de París, el gran escritor, entre el enfermero y el fiel François, casi exhausto de fatiga y de tristeza (hasta el punto de que a punto estuvo de precipitarse sobre la vía, en pleno Estérel, mientras se apoyaba en una puerta mal cerrada), el gran escritor, dulce, tranquilo, somnoliento, se dirigía hacia ese hospital de Passy, de donde no saldría jamás.

²³ Esto es de mi cosecha. G.N.

EL ESCRITOR

Contar la vida de Maupassant, indica con acierto Edouard Maynial, es analizar la historia de su obra. El caso del célebre escritor es, en efecto, ejemplar y típico. Henry de Régnier lo ha resumido en esta afortunada frase:

«Maupassant fue un gran narrador en el que la vida fue un cuento trágico.»

De hecho, sería difícil ignorar los principales componentes de la obra del gran escritor haciendo totalmente abstracción de su vida y ustedes han visto que resumiendo esta vida he debido tocar varias veces esta obra.

La generación de Maupassant, sin tener en cuenta todavía la ignorancia y la brutalidad de la nuestra, no consideraba otra cosa que la cultura del espíritu como el objetivo de toda educación. Aprendía el latín y, un poco, el griego. Anhelaba el bachillerato. Quizás perdió algún tiempo en aprender cosas superfluas. — pero, a pesar de todo, recibió una disciplina tradicional saludable y adecuada. Creo que la disciplina, demasiado rutinaria de entonces, era mucho más válida que la locura y la anarquía de hoy.

Esta generación ignora las ideas humanitarias; considerando importantes las ideas sociales a las que, por una reacción inevitable, sacrifica demasiado nuestra juventud. Admite la opresión de las leyes naturales, aceptándolas con resignación, disfruta apasionadamente de la vida, donde encuentra a menudo el regusto de la muerte, y deja al instinto hablar alto.

Se ve que esta psicología global de una generación corresponde, de un modo bastante concluyente, a la psicología individual de Maupassant — todas las cuestiones hereditarias o patológicas descartadas. Con algunos matices desde luego, el autor de *Mademoiselle Fifí* puede pasar por el prototipo del hombre perfecto, en su época.

Precisamos. Bachiller, habiendo recibido no solamente la educación universitaria, sino también la influencia de Bouilhet y la

estricta dirección de Flaubert, Guy de Maupassant utilizó, hasta el fin, este método tradicional que es en parte responsable de la claridad de expresión, de la solidez de pensamiento y de la perspicacia de todos los grandes normandos. Es, seguramente, gracias a este método tradicional que Jean Lorrain, por ejemplo, exclamó en pleno centro simbolista, que jamás consentiría en escribir un verso libre, o una prosa ajena a la pureza de la lengua francesa.

Mientras estuvo en posesión de su razón, Maupassant no tuvo ninguna superstición. Lo hemos visto, desde su infancia, su familiaridad con los fantasmas que parodiaba alegremente. No tuvo incluso la superstición de las «carreras liberales», por tanto, si entró en la Administración, fue porque su familia tuvo esta superstición por él. Incluso, tuvo un odio reconocido, probado, escrito, hacia estas carreras, como tuvo horror de todo lo que atentaba contra su libertad, limitaba sus gestos, disminuía a su alrededor el aire y el espacio. Mejor aún: ignora (y por ello se distingue claramente de Flaubert, de Barbey d'Aurevilly, de Jean Lorrain, de Jean Revel, de Robert de la Villehervé) la superstición y el culto a la literatura. Escribir no fue para él más que un mal menor elegido por que se sentía capaz — haciendo bien lo que se propusiese, como buen normando, — de encontrar en la carrera literaria todas las satisfacciones espirituales y físicas que exigía de la existencia. Verdaderamente, en otros tiempos y en una situación financiera y social diferente a la original, habría desdeñado la vitela y la impronta de la vida tumultuosa de los antepasados. Los recuerdos de Hugues Le Roux son muy explícitos al respecto. «Un invierno duro, recuerda, Maupassant pasaba con Flaubert todas su veladas, la mitad de sus noches. En esas charlas, el viejo maestro le hizo comprender lo que era el *carácter*. El le enseñó a elegir el detalle típico, único, particular, momentáneamente esencial, en el que la observación y la expresión tienen toda la originalidad de una obra de arte...» Y durante seis años Guy trabajó con tenacidad sin publicar otra cosa que un libro de poemas. Este libro, lo juzgó él mismo del revelador modo que vemos aquí: «... Esto no es la obra de un inspirado, pero sí de un hombre que ha reflexionado. Tengo la certidumbre que no he nacido para escribir

más que para otro trabajo... No encuentro en el trabajo ningún placer»

Se arriesga todavía más. Escuchen:

Maupassant estaba entonces en la cumbre de su éxito... y, desgraciadamente en pleno esnobismo mundano. Un día, Octave Uzanne le reprochó el desenlace «de salón» de una de sus grandes novelas.

— Con su temperamento, mi querido Maupassant, esto debería haber acabado normalmente en plena naturaleza, con máxima fogosidad, lejos de ese «Mundo» que usted acapara y le paraliza...

— Sí, mi querido Uzanne, sí... Quizás tenga usted razón.

Y, después de un silencio, Guy de Maupassant concluyó con esta palabra tan normanda — y tan característica:

— Usted tiene razón seguramente. Sí... Pero...¿y la clientela?

Esto no le impedía tener las ideas muy claras sobre el oficio de escritor, como testifican los consejos que dio al principiante Maurice Vaucaire que realizaba entonces su voluntariado en Rouen:

— Observar y ver lo preciso. Entiendo por ello, ver con sus propios ojos y no con los de los maestros. La originalidad de un artista se advierte en primer lugar en los pequeños detalles, nunca en los grandes. Las obras maestras han sido hechas sobre insignificantes detalles, sobre objetos vulgares... Asómbreme hablando de una piedra, de un tronco de árbol, de una rata, de una vieja casa y estará, desde luego, en el camino del Arte y apto, más tarde, para afrontar los grandes temas. Se ha cantado demasiado a las auroras, los soles, las rosas, las jóvenes y el amor para que los recién llegados no imiten siempre a alguien, en uno de estos temas... Sobre todo, sobre todo, no imite, no recuerde nada de lo que usted ha leído. Olvide todo y (le diré una monstruosidad que creo absolutamente verdadera) para llegar a ser personal, no admire a nadie.

Comparado por Taine a un joven toro, al que le hierve la sangre, discurriendo, a través de la vida, hacia todos los placeres, sin ninguna otra inquietud que su propia satisfacción, Guy no se ve afectado por las ideas humanitarias ni por las cuestiones sociales que le resultan indiferentes.

La edad y la saciedad llegan, — la enfermedad creciente, — y él deja su corazón abrirse, ya tarde, a la piedad, una piedad universal, desesperada, despojada de todo artificio, que jamás fue igualada, salvo quizás, pero viendo las cosas desde abajo en lugar de considerarlas desde muy por encima, que por Charles-Louis Philippe.

Su filosofía se vuelve difusa a partir de 1890. Mientras nuevas necesidades intelectuales, unas curiosidad científicas fortalecen en Maupassant esta vieja convicción de que la palabra *instinto* está vacía de sentido por oposición a la palabra *inteligencia*. Es necesario elegir una, indiferentemente, y suprimir la otra, piensa él.

La utilidad esencial de los estudios científicos es dar al sabio la tranquilidad del pensamiento y de suprimirle el temor a la muerte. Maupassant no los conoció jamás, por descuido quizás, de haber hecho tales estudios, pero, con toda seguridad, por falta de no haber podido dominar, como consecuencia de su cansancio espiritual y físico, su extraordinaria sensibilidad que, literalmente, le devoraba vivo.

Muy próximo a la naturaleza, sufrió más que nadie la opresión de sus leyes y se resignó, después de haber comprobado que toda resistencia era vana, no llegando a ese «estoicismo liberador», del que habla Abel Hermant. Por el contrario, quiere llegar a los límites de su sensibilidad y de su inteligencia, hasta el extremo de recurrir al éter y a otros excitantes permitiendo a su intelecto progresar todavía un poco más a pesar de la enfermedad. Se afina así, voluntariamente, hasta presentir, hasta interrogar, hasta imaginar un más allá. El vértigo le coloca, entre el perpetuo flujo de las cosas, sobre las cumbres del Conocimiento — y la Nada le obedece al instante mientras la llama enloquecido.

Esa creciente sensibilidad de última hora, nos la ha contado él. Desde 1886, unos síntomas inquietantes van tomando cuerpo. En *Mont-Oriol*, el único de sus libros que está mal construido, Paul Brétigny declara:

«A mí, señora, me da la impresión de que me han abierto y de que todo entra en mí, todo me atraviesa, me hace llorar o crujiir los dientes. Fíjese, cuando miro esa pendiente que tenemos delante, esa

gran hondonada verde, esa aglomeración de árboles que sube montaña arriba, se me mete todo el bosque por los ojos, me llega hasta dentro, me invade, me corre por las venas. Y también me da la impresión de que me lo como, de que me llena el vientre. ¡Me vuelvo bosque!...» «...Cuando oigo una obra que me gusta, al principio, me parece que los primeros sonidos me despellejan, me fúndenla piel, me la disuelven, y me dejan como en carne viva, a merced del primer tañido de cada instrumento. Porque es con mis nervios con lo que toca la orquesta, con mis nervios al desnudo, estremecidos, que se sobresaltan a cada nota. Yo la música no la oigo sólo con los oídos, sino con toda la sensibilidad del cuerpo, vibrando de pies a cabeza.» (*Mont-Oriol*, Albin Michel, ed.)

La locura no está lejos. Pero la obra está hecha.

¿Cuáles fueron las razones del fulgurante éxito de Maupassant en plena efervescencia del simbolismo? ¿Por qué ese éxito dura y durará siempre? Brunetiére resume estas razones en algunas palabras mientras habla de « la sinceridad totalmente desnuda » de las descripciones de Maupassant, de sus « procesos nuevos e impersonales », de su « capacidad para contar sin expresar la moral a los sucesos y el de no inventar nada que no suceda de ordinario. » Emile Faguet, en una de sus síntesis en las que prevalece este secreto, lo resume mejor aún escribiendo que el alma de Maupassant fue una magnífica «maquina de recortar la realidad».

Es cierto. Maupassant sabe que no es necesario intentar decirlo todo. Al contrario, el artista debe desprenderse de lo superfluo, buscar entre cien incidentes insignificantes los únicos que tengan una importancia y un sentido. Se es un gran artista, cuando se puede caracterizar claramente no empleando más que un mínimo de indicaciones. Nada de digresiones. Nada de largas peroratas. Una composición bien equilibrada. Una frase que se extienda rara vez y «pise siempre segura sobre sus pies». Claridad, sencillez, vigor, — ¡y que todo esto marche prudentemente! Maupassant no engaña. Es sobrio, lógico, claro y fiel como un espejo sin azogue.

Es francés. Es clásico en la concepción, en la ejecución, en la lengua. Aunque se muestre mediocre en la teoría, es inigualable en la ejecución, haciendo esta declaración magistral: «... Sea cual sea lo que queramos decir, existe una sola palabra para expresarlo, un verbo para animarlo y un adjetivo para calificarlo. Por lo tanto, es preciso buscar, hasta descubrirlos, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo, y no contentarse nunca con algo aproximado, no recurrir jamás a supercherías, aunque sean afortunadas, a equilibrios lingüísticos para evitar la dificultad. No es en absoluto necesario recurrir al vocabulario extravagante, complicado, numeroso e ininteligible que se nos impone hoy día (1888), bajo el nombre de escritura artística... Utilicemos menos nombres, verbos y adjetivos de un sentido casi incomprensible y más frases diferentes, diversamente construidas, ingeniosamente cortadas, repletas de sonoridades y ritmos sabios. Esforcémonos en ser unos excelentes estilistas en lugar de coleccionistas de palabras raras.»

Goncourt no perdonó jamás estas líneas a Maupassant.

Es evidente hoy en día que el autor de *Boule de Suif*, tuvo razón en esta crítica al autor de *Germinie Lacerteux*. Goncourt, es un escultor policromo, exquisito, pero compuesto, en el que el encanto se desvanece.

Maupassant, como Flaubert y quizás más que él, es la perfección, es la eternidad del mármol puro, libre de todo artificio y de toda combinación.

La obra de los Goncourt, a pesar de su valor, ya ha caducado. La obra de Guy de Maupassant no está sujeta a los tiempos. No envejecerá

LA LOCURA Y LA MUERTE

Guy de Mapassant llegó al hospital psiquiátrico del doctor Blanche, en la calle Bretón, en Passy (muy cerca de la calle Raynouar, llena de recuerdos literarios y artísticos, donde, siete años antes, había disfrutado de deliciosas horas de amor), el 17 de enero de 1892.²⁴

Había dormido durante casi todo el viaje y parecía, por tanto, que estaba bien.

Descansó durante toda esta primera jornada. François estaba a su lado.

El día 10, a las once de la mañana, mientras el enfermo comenzaba a almorzar, el doctor Blanche fue a verlo. Lo acompañó mientras comía, hablándole de diversos asuntos y le hizo algunas unas preguntas subrepticamente. Maupassant, que conocía y estimaba mucho al célebre psiquiatra, respondía oportunamente. Saliendo, el doctor dijo a Tassart:

— Hace todo lo que usted le pide; eso es una buena señal. Ha respondido a mis preguntas, una a una. Toda esperanza quizás no esté perdida. Esperemos.

Todo iba bien hasta el 20 de abril. El estado físico y psíquico mejoraba — con algunas breves alucinaciones. Guy se complacía contando, con su palabrería acostumbrada, una historias muy divertidas a su guardián y a su mayordomo, quién estaba feliz de verlo reír.

Una noche, bruscamente, todo cambió. Mientras François estaba a punto de escribir a la señora de Maupassant, Guy le

²⁴ Este hospital psiquiátrico era la antigua propiedad de la señora de Lamballe, que allí vivía cuando fue masacrada por el populacho. Maupassant estaba confinado a la izquierda, en una ala de una esquina. Se paseaba a menudo con su celador alrededor del césped que se extendía ante la escalinata en la que su rampa era una obra maestra de hierro forjado. Adquirida la propiedad por una dama americana, esta encantadora y trágica residencia está en proceso de reconstrucción.

reprochó violentamente haberle sustituido en el *Figaro* y de hablar mal de él en el cielo. Concluyó:

—Le ruego que se retire. No quiero volver a verlo.

Baron, el guardián, conociendo su oficio, dijo a Tassart, desconcertado, que se retirase para no contrariar al enfermo.

Al día siguiente, Maupassant recibió a François tan amablemente como de ordinario y le preguntó cuando volverían al apartamento de la calle Boccador.

El doctor Blanche, informado de la escena de la víspera, frunció el ceño:

— ¡Mal asunto!, murmuró. Esto es lo que me temía.

Entonces, la señora de Maupassant, la señora d'Harnois, pensaron, al igual que François, que sería mejor llevar al novelista al campo, organizarle una existencia más agradable. (Él preguntaba a todas horas cuando volvería a la calle Boccador.) Esto no fue posible: habría sido peligroso. Era absolutamente necesario que quedase internado.

El mismo día en que François fue informado de esto, tuvo la dolorosa experiencia de oír a su señor, aparentemente en posesión de sus facultades, preguntarle todavía:

— François, ¿cuándo nos iremos, a la calle Boccador, donde tengo todo lo que necesito para mi aseo?. Y después, en fin, ¡mis manuscritos están allí, así como mis libros! ¡Las comidas que usted prepara tan bien me harán mejorar, mientras que aquí jamás curaré!

Desde septiembre ya no volvió a hablar de regresar a la calle Boccador.

En octubre, los días son cortos, el tiempo es malo. Unas nieblas malsanas emanan del Sena. Guy de Maupassant no sale. Pasa su tiempo en el salón. Juega también al billar.

Un día, según el doctor Raymond Meunier, tiene un acceso de locura furiosa, y golpea, con una bola de billar, a uno de los enfermos del hospital.

François no hace ninguna alusión a este incidente que él bien pudo ignorar, o quizás ha querido ignorar, con su discreción y su

delicadeza habituales — y que nosotros consideraríamos como una leyenda (todavía), si nouviésemos la mayor consideración por la figura del doctor Raymond Meunier. (Cf. *Candide*, 23 de julio 1925, artículo de Léon Treich.) Se encuentra algún comentario al respecto, además, en el trabajo (sin conclusión, curioso, pero tan completo como podía ser en 1905) de Albert Lumbroso.

No es a François a quién hay que pedir una información precisa sobre el avance de la enfermedad de Maupassant en Passy. En su compasión por este gran personaje, no nos proporciona más que algunas indicaciones breves concernientes sobre todo a las horas en las que el enfermo estaba lúcido. Ejemplo:

« El lunes de Pascua, 3 de abril de 1893, estuve en el jardín con mi señor y su enfermero. Tuvo muchas jaquecas durante este largo invierno y su marcha era poco probable. Nos sentamos en un banco, bajo un castaño, en el que las jóvenes hojas dejaban filtraban los rayos del sol. A pesar de todo, el enfermo manifestó su satisfacción al ver el renacer de la naturaleza; admiró ese bonito césped que se extendía antes nosotros y relajaba nuestra vista. Yo le indiqué la belleza de un pequeño arbusto que ya se coronaba de abigarradas hojas, casi blancas. Él me respondió:

«— Sí, ese arbolito está bien, pero no es comparable a mis álamos blancos de Étretat, sobre todo cuando son mecidos por el viento del Oeste... »

Y este recuerdo de la felicidad pasada, resulta particularmente emocionante surgiendo de esa inteligencia moribunda.

Que melancolía aún — y que materia de reflexión — en estos trances de dolor sinceros del buen servidor: «En este jardín, rodeado de muros gruesos, pienso en los numerosos paseos que hemos hecho juntos por las montañas, al aire... Nos subimos a lo alto del monte Revard, cuando mi señor, con la extremo de su bastón, me indicaba donde se encontraban Chamonix, Zermatt y el monte Rose. Recuerdo también que me dijo, *con un acento emocionado que dejaba traslucir añoranza, que ese viaje a Suiza había contribuido a romper un matrimonio proyectado.*²⁵

²⁵ Esto es de mi cosecha. G.N.

«...Si estuviese casado, ¡habría tenido un destino completamente distinto! Esa mujer con la que él debía casarse, yo la conocía: era de una inteligencia superior. Sin ninguna duda, habría sabido retener a su marido, ahorrarle sus fatigas... Mi señor no estaría parálítico...»

No es imposible, pero no es seguro.

Los doctores Franklin-Grout y Meuriot (este último sucedería al doctor Blanche), que cuidaron de Maupassant en Passy, habían redactado un cuaderno de observaciones. Este cuaderno acabó en manos del conde Primoli. Diego Angeli, periodista italiano, extrajo de ese cuaderno una información que publicó en el *Giornale d'Italia*, en julio de 1902. Edmond de Goncourt anota en su *Journal* (con esa leve hostilidad de la que hizo gala siempre, sin un motivo claro, contra Maupassant) esto que se decía de su estado en los medios literarios. Algunas otras personalidades del mundo y de la literatura conocieron y publicaron unos detalles, a veces inexactos, sobre el mismo penoso tema.

Sabemos así que en febrero de 1892, Guy de Maupassant creía «estar salado», —pasaba alternativamente del abatimiento a la irritación, temía a los médicos que le atendían en el pasillo «para inyectarle morfina» cuyas gotitas «le hacían unos agujeros en el cerebro», — que creía que se le robaba, que se le habían sustraído 6000 francos, — los que un poco más tarde, se habían convertido en 60000 francos; que en agosto, se entretenía con unos banqueros, unos curtidores, unos hombres de dinero y no reconocía al doctor Blanche; que la señora Lecomte du Nouy, habiéndole, un día, enviado unas uvas, él las rechazó riendo y repitiendo varias veces: «¡Son de cobre!»; que, paseándose en el parque del hospital, plantó una rama en un parterre diciendo a su enfermero:

— Plantemos esto aquí: ¡encontraremos, el año que viene, dos pequeños Maupassant!

Observaba las plantas durante mucho tiempo, visiblemente preocupado por las manifestaciones de la vida vegetal y deploraba los estragos hechos en las raíces y en los brotes por unos seres imaginarios — ¿o por los insectos, quizás?

— He aquí, decía él (según Cahen d'Anvers), los ingenieros que excavan la tierra, los ingenieros que ahondan...

Se paseaba por el patio donde, en ocasiones, perseguía a un enemigo invisible contra el que quería batirse, gritando: *¡uno, dos, tres!* como en un duelo, — y « por la noche, hablaba de millones y de pederastia ». El 13 de enero de 1893, cuando Pol Arnault fue a visitarle, el desdichado escritor, que tenía la camisa de fuerza, no lo reconoció. Acabó, lamentable detalle recordado por Maurice de Waleffe, por lamer los muros de su celda...

Pero no nos recreemos en estos lúgubres detalles.

La muerte de Maupassant llegó lentamente.

Catorce meses antes de expirar, no era más que la sombra de un hombre, « envejecido, debilitado », marchito, los ojos « enrojecidos y apagados », los músculos distendidos de sus mandíbulas le provocaban una especie de lacios carrillos, seis semanas antes de su agonía ».

El 6 de julio de 1893²⁶, se estaba apagando muy lentamente, escribe Maynial, no « como una lámpara a la que le falta aceite », según palabras de Lumbroso, atribuidas a uno de sus guardianes, sino, al contrario, y según la norma, en unas convulsiones epilépticas en las que la primera había tenido lugar el 25 de marzo y la última el 28 de junio. Tras esto, cae en coma el 2 de julio. Las inyecciones de ergotina y las cataplasmas no impidieron el regreso de las convulsiones que persistieron. El único y horrible consuelo que podemos tener es el saber que, después de mayo de 1892, estaba ido, alucinado y que su atroz agonía fue inconsciente.

Tal es la oscura verdad, en detrimento de las fantasías o imaginaciones de algunos biógrafos, de primer orden de los cuales

²⁶ El acta de defunción fue diligenciada de forma irregular en la alcaldía del XVI distrito:

« Siete de julio del año mil ochocientos noventa y tres, acta de defunción de Henri-René-Albert-Guy de Maupassant, de cuarenta y tres años de edad, nacido en Sotteville, cerca de Yvetot (Sena-Inferior), domiciliado en París, calle Boccador, n° 24, fallecido el seis de julio de los corrientes a las nueve de la mañana, hijo de..., etc. ». — Ver el capítulo 2.

tengo el triste deber de nombrar a Albert Lumbroso — que suele confundirse a menudo, sin razón, con su célebre compatriota, el criminalista Cesare Lombroso. El baron Albert Lumbroso mezcla desordenadamente documentos y fábulas. Se debe elegir, en su curioso documento, con una extrema prudencia. Únicamente Louis Thomas, *por instinto*, desconfió del libro del baron Lumbroso.

A partir del día en que su ilustre hijo fue internado, la admirable madre de Guy de Maupassant encuentra todavía, entre sus almohadas de enferma sexagenaria, la energía para velar por sus intereses. Había tratado de ocultar la verdad — pero es necesario decirlo todo, ciertas disposiciones necesitan de su indispensable intervención.

El escritor muerto, su mobiliario y su biblioteca fueron vendidas al hotel Drouot, el 20 y 21 de diciembre de 1893.

Un bronce de Rodin, esa quimera atrozmente simbólica que François describió, fue comprada por el baron Cahen d'Anvers, — y el Buda que adornaba el despacho dibujado por Fraipon «hizo» 205 francos... Una dama pujó hasta 185 francos por un minúsculo porta minas de oro; otra obtuvo un sacacorchos mediante una puja de 40 francos...

La villa de Cannes fue subarrendada.

El yate *Bel-Ami*, que Maupassant tanto amaba, — el *Bel-Ami* que le hizo volver la cabeza varias veces, cuando, demente, lo iban a llevar a París, — el *Bel-Ami*, que había continuado balanceando suavemente, sobre las olas claras, sus elegantes líneas, fue vendido en agosto de 1893, por intermediación de una agencia, a Frédéric de Neufville. Este último lo revendió, en julio de 1895, al conde de Barhélemy... Más tarde, en 1900, François Tassart lo encontró en

Saint-Nazaire: el bello yate, agotado, no era más que un simple barco de pesca.

Laure-Marie-Geneviève de Maupassant murió en Nice, el 8 de diciembre de 1904.

Gustave-François-Albert de Maupassant, después de haber pasado los últimos años de su vida, en Sainte-Máxime-sur-Mer (Var), murió el 24 de enero de 1899.

La tumba de Guy de Maupassant está en el cementerio Montparnasse, no lejos de la de César Franck, en la 26ª sección, bajo un espeso macizo de boneteros y de crisantemos. Dos columnas corintias soportan un modesto capitel sobre el que se lee este nombre:

GUY DE MAUPASSANT

Nada más. Es bastante.

Según su voluntad, — pues no quería retardar «su reunión al Gran Todo, a Nuestra Madre la Tierra», — no fue inhumado en un ataúd de plomo.

Nosotros lo admiramos.

Le amamos. El amó. Triunfó. Lloró. Creó.

Desde las cumbres deslumbrantes del sol, él ha sido, como los héroes de Esquilo, lanzado por la eterna Némesis a las tinieblas del Abismo.

Leamos su obra. Pongamos, de vez en cuando, sobre la modesta y sagrada sepultura de este hombre de genio, algunos ramos de esos juncos marinos y esas flores que engalanaban los acantilados de nuestro Fécamp y de su Étretat.

FIN

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra (España), el 23 de enero de 2005